

ULTIMO REINO

REVISTA DE POESIA



AÑO IV - Nº 10

OCTUBRE/DICIEMBRE 1982 - BUENOS AIRES

SCHUGOBENSKY. 82.

ULTIMO REINO es una publicación trimestral. Año IV, N° 10, octubre-diciembre 1982. Registro de Propiedad Intelectual N° 93995 Segunda Serie. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Suscripción y correspondencia a Metán 3692, 2do. 4; 1240 - Buenos Aires, Argentina.

Los artículos firmados reflejan la opinión de sus autores, y no necesariamente la de la Dirección de esta publicación.

Se autoriza la reproducción de textos e ilustraciones citando el nombre de la revista y del autor del artículo, y enviándose tres ejemplares de la publicación correspondiente a la redacción de ULTIMO REINO.

Directores

Gustavo M. Margulies
Víctor F. A. Redondo

Consejo de Redacción

Horacio Zabaljauregui
Jorge O. Zunino
Mario Morales
Mónica Tracey
María Julia De Ruschi
Susana Villalba
Tamayo Riveros
María del Rosario Sola
Guillermo Roig
Roberto Scrugli

Colaboradores

Eduardo Alvarez Tuñón
Luis Benítez
Mónica Giráldez
Héctor Infantino
Pablo Narral

Representante en España

René Palacios More

Ilustraciones

Pablo Schugurensky

(Ilustr. de tapa: *Autorretrato*)

Realizamos intercambios con revistas similares de todo el mundo.

Próximo número: Abril 1983

“Hay una edad en la que se enseña lo que se sabe; pero inmediatamente viene otra en la que se enseña lo que no se sabe: eso se llama *investigar*. Quizás ahora arriba la edad de otra experiencia: la de *desaprender*, de dejar trabajar a la recomposición imprevisible que el olvido impone a la sedimentación de los saberes, de las culturas, de las creencias que uno ha atravesado. Esta experiencia creo que tiene un nombre ilustre y pasado de moda, que osaré tomar aquí sin complejos, en la encrucijada misma de su etimología: *sapientia*: ningún poder, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor.”

Roland Barthes

INDICE

Claire Bibby	
Plegaria de la sombra	2
Porque hay otro mundo	5
Guillermo Lombardía	
Museo de Cera	9
Horacio Zabaljauregui	
Una fiesta inmotivada	12
Georges Bataille	
Prólogo a <i>Madame Edwarda</i>	15
Sylvia Plath	
Poema para un cumpleaños	19
Mónica Tracey	
Ascensión al Etna	26
Laure	
Lo sagrado	29
Separata central	
Blanca Varela y Rosario Castellanos	
La Puerta	
Poemas de Enrique Blanchard, Dolores Etchecopar, Horacio Castillo, Diana Bellessi, Claudia Schneider, María del Carmen Suárez, Daniel Chirom, Eduardo Mileo, Eduardo D'Anna, Rodolfo Valeri, Ricardo Herrera, Celia Gourinski, Ricardo Mosquera, Arturo Carrera, Néstor Mux, Francisco Gandolfo, Roberto Labandeira y Fernando García. Cinco poetas chilenos jóvenes.	
<i>El Cofre de Sándalo 2: Miguel Angel Gómez</i>	
Textos de Bataille, Blanchot, Elytis, Sanguinetti y Porta	33 a 64

Con este número se adjunta el sexto título de la colección “El Sonido y la Furia”: *Oficiante de Sombras*, de Susana Villalba.

PRECIO DE VENTA: \$ 50.000

CLAIRE BIBBY

PLEGARIA DE LA SOMBRA

a Vera Sienna

Aquí se prepara el tormento de las almas

Un lugar de profundas corrientes
donde la sangre es el Nombre Vivo
que espera ser hallado

A ese lugar he descendido

Un lugar como entre dos mares
como entre dos abismos
donde cae la sombra
donde cae la piedra como una sombra
donde muere la sombra como una piedra que ha quedado vacía

Un lugar vacío
donde el corazón no resuena
donde no resuenan las plegarias
donde el manantial de la memoria es una lluvia cálida

que sabe todo lo que ignora

Un lugar vacío
donde el corazón huye de su ritmo
donde el aliento es el único vestigio de la vida

A ese lugar he descendido

Andar y andar
Andar hacia la noche
Desde la noche hacia la noche
con el "peso del primer sueño"
que en silencio prepara la suave ceremonia de la muerte

Andar y andar
Andar hacia la muerte
Desde la muerte hacia la muerte
con el "primer recuerdo"
que nos socava levemente hasta encontrar el mal

Ese es el sagrado desprecio
Esa es la causa del espanto
Esa fue la fe de unos dioses perdidos
y nadapoderosos

que danzaban como astros
como estrellas inútiles
como flores enloquecidas
en los jardines demasiado azules
demasiado inmensos y vacíos

Quién creerá lo que digo?
Quién creerá lo que dice esta solitaria que desconoce la palabra
que vive embriagada de lenguajes muertos
de historias que nunca han sucedido

Quién creerá lo que dice esta dolorida a quien los piadosos llaman impura y demente

Ay si ya no tengo esperanza

Todo un día ha durado este milagro
Toda una noche ha durado esta condena de las sombras
Toda una vida de arena y de ceniza
Toda una muerte muy tierna
Todo el vacío
Todo el sueño
Toda una mentira que se prolonga en el poema
y el poema sangra
como sangró la piedra que guardaba el corazón del Profeta

Pero es mío
irremediablemente mío este silencio
las presencias que he hallado en el vacío
las luces de la muerte
los fragmentos de un cielo que no sobrevivió a la profanación y al engaño

Irremediablemente mío es este ojo que todo lo destruye
la soledad del océano que ha devorado a los navíos
que ha silenciado a las sirenas
La crueldad de las manos que conducen a los vivos
hacia lo oscuro del tiempo
hacia lo oscuro del tiempo que deshace toda oración posible
todo canto de arrepentimiento
toda sombra que muere
como una piedra que ha quedado vacía

Pero quién creerá lo que digo?
Aquel que destruya todo lo que en vano pensó que lo rescataría del recuerdo

Aquel que destruya todo recuerdo
todo pensamiento

Aquel que crea que lo que nos arrastra es una profunda corriente
un Nombre Vivo sumergido en el lugar de la muerte

Ay si ya no tengo esperanza

Soy la que detrás del viento guarda el sonido que jamás se detiene
la luz de los mares que invadirán los cuerpos
Un estruendo de piedras a través de la sangre
El sol que cae y se lamenta
que cae hasta abandonar el horizonte
que se lamenta porque se aleja de lo eterno

Soy la que corre en el desierto
en las tormentas
en los cementerios blancos

Soy vuestra enemiga
porque han despreciado mis palabras
porque han hecho de mí una sombra que tiembla bajo las cenizas
de un isla ignorada
una piedra que cae como una sombra en el abismo donde muere la sombra
como una piedra que ha quedado vacía

He aquí el lugar donde se encuentra el Nombre Vivo y el corazón del Profeta
Porque descendí sola con un poema que era mi raíz

mi palabra destruida
Porque lo que fui se hunde definitivamente quién sabe dónde
Porque mis posesiones son estas imágenes que ya no regresan
Y mi falta de amor fue la cruz que abrió el camino del mal

El poema sangra
El poema ha muerto

PORQUE HAY OTRO MUNDO

a María Julia De Ruschi Crespo

A
M
G
D

Noche
aquí está también mi corazón
Astros
prolongad las sombras para que pueda saciarme
de soledad infinita
para que pueda colmarme de vuestro fuego perpetuo
— criaturas oscuras que nacen de cenizas celestes
y se nutren de la sal del viento —

* * *

Apenas es la historia de una rara costumbre

* * *

Nos separamos como el día se separa de la noche
como el hijo se separa de la madre
como Dios se separa de los hombres
— con el mismo horror y la misma tristeza

“Sálvate
No mires atrás y no te detengas en parte alguna
si no quieres perecer”
El obedeció
Yo quedé en el jardín para unirme al silencio
única manera de alcanzar la redención

* * *

Recuerdo su temblor ante el loco ritmo de mi carne
que lo incitaba a romper los sellos de la nada
a descender a las prisiones subterráneas
Recuerdo su temblor ante el sacrílego rito de mis manos
y su asombro cuando negué tres veces haber nacido
El no quiso blasfemar
sólo quiso conservar su corazón vacío

* * *

Pero todo recuerdo de amor es cruel y es falso

* * *

Porque hay otro mundo en mitad de la noche
un mundo de furiosa mansedumbre en mitad de la lluvia que no cesa
y no hay amor humano posible que me rescate de las brumas
Porque hay otro mundo en mitad de la noche
un mundo creado para los desposeídos de toda realidad
Esto lo saben ya los muertos
y yo
nada sé del amor

Porque hay otro mundo en mitad de la noche

* * *

Lo que ayer sucedió
hoy sigue intacto
Una serie de sucesos escritos y sellados hace ya tanto tiempo
Todo sucederá
La prueba está enterrada en aquel bosque que he visitado en sueños
La prueba
Mi propio cadáver enterrado por las manos del amado
Amado?
El
que temió caer de rodillas ante el altar en sangre?
El
que se negó a adorar a la bestia muerta para el sacrificio?
Amado?
El
que no quiso recibir al ángel
que venía a anunciarnos el nacimiento de nuestro niño ciego?
Amado
El?

Caminó
sobre un manto de hojas negras
sin saber que presagiaban su muerte dentro de mi corazón
Quién sabe dónde estará
intentando olvidar lo que la memoria no olvida
Quién sabe donde estará

“Flor carnívora” fue el nombre que me dio
cuando devoré a nuestro niño ciego
Y lloró buscando el sitio de la ausencia
y no encontró nada porque nunca hubo nada
pero él no lo entendía
su obsesión era la esperanza y un corazón vacío
para no enloquecer
Quién sabe dónde estará sin su locura

Ay el loco amor!

Noche
aquí está también mi corazón

Me rodean las serpientes
y un reloj de arena anuncia que queda poco tiempo
Somos el pueblo elegido
Debemos dar a luz un salvador
Por eso es necesaria tanta soledad
Por eso es necesario abrir los ojos a la noche

* * *

Todo recuerdo doloroso carece de palabras
de mágicas palabras
y cantos de alabanza

* * *

Debajo de esta piedra estoy yo
única sobreviviente del derrumbe
Esta piedra blanca fue marcada con tu nombre
Volverás cuando seas heroico como la noche

He creado una liturgia nueva
para el sacrificio de las flores
Uno de sus salmos exalta tu belleza
recordando cuando paseabas como un monje con tu hábito blanco
sobre las aguas sombrías
He creado una liturgia nueva
para unir día y noche
madre e hijo
Dios y hombre
He creado una liturgia nueva

Pero habrá que esperar que los ángeles cuenten su historia
Los tambores todavía anuncian el lamento
No es la hora de tu muerte
y pronto será necesario tu regreso
Pero falta
Falta que yo recobre mi inocencia
Falta conocer el último recinto de la noche
Falta mi última risa de terror
Falta reflejar el último rostro en las aguas del cielo
Falta que estas plumas se despeguen de mi cuerpo
Falta que yo pierda mis ojos
Falta la última maldición

* * *

Astros
no me restituyan al amado todavía
sus manos traen perfumes que me espantan

Astros
no dejéis que yo caiga nuevamente
Libradme de su mal
Que no desee yo su corazón vacío

Astros
prolongad las sombras para que pueda saciarme de soledad infinita
y alejad el resplandor del paraíso perdido

* * *

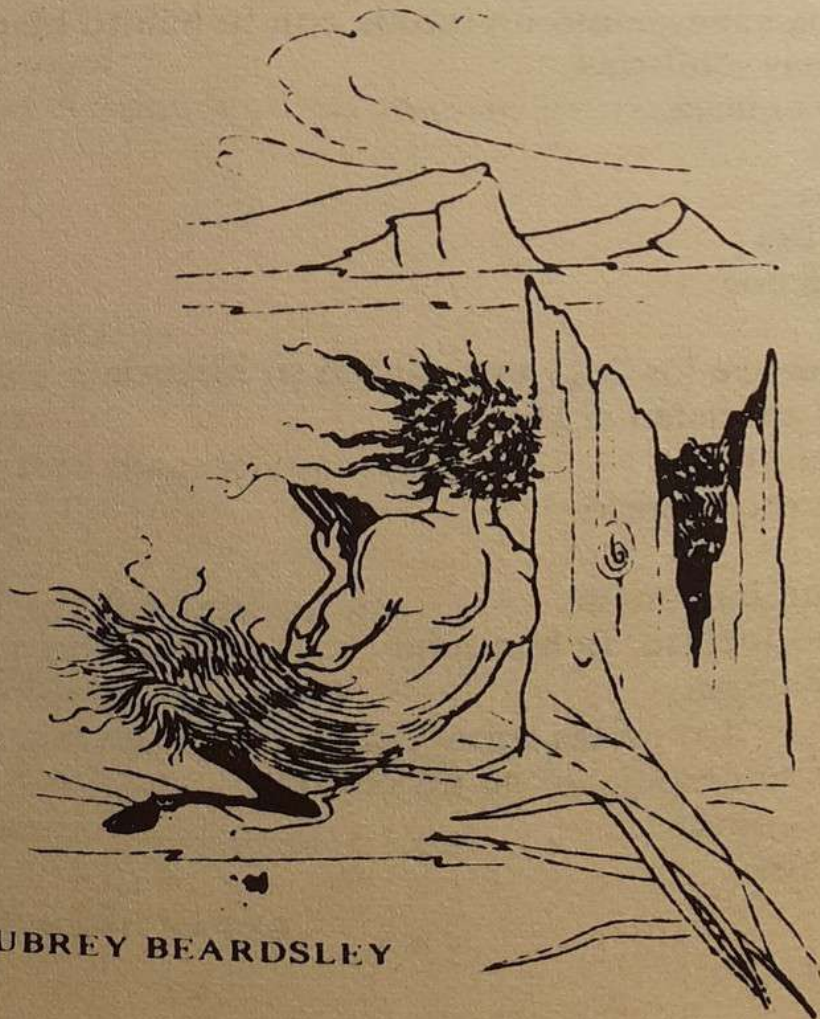
Lo que ayer sucedió
que hoy sea destruido
Lo que vendrá
no me toca a mí saberlo

* * *

Abro otra vez los ojos a la noche
Noche
aquí está también mi corazón

* * *

Todo recuerdo de amor es cruel y es falso



AUBREY BEARDSLEY

MUSEO DE CERA

No quiero hablar de cosas tristes.

J. L. Borges

Recuerdo por ejemplo una calle de fuego que paría los tesoros de Morgan
la astucia arrabalera del ángel de ojos tristes que robaba ciruelas para todos
los valsecitos criollos de mi madre
el camuflaje de inocencia que ocultaba el antro de los ritos
los malos pensamientos que ardían en la hoguera de San Pedro y San Pablo
(después, purificados, comíamos batatas a las brasas)

*¿Escribe poesía? Remita
sus trabajos a "Producciones Bon-Amor"
para su libro-cassette del arte y la poesía argentina.*

Les decía que abríamos el alma de la noche con un cuchillo azul
con la palanca de las maravillas movíamos el elefante blanco de las buenas costumbres
y por punto de apoyo nos bastaba una luna de Júpiter
un reloj descompuesto
o dos o tres palabras milagrosas que guardábamos en un cofre secreto.
¡Si hubieran visto los jardines colgantes que ondulaban más allá de las vías!
Nabucodonosor no vió más gloria en Babilonia.
¡Y esos juegos macabros que aterrorizarían al monstruo de Loch Ness!

*Sin aparatos, sin gimnasia, sin píldoras
Elimine en sólo 23 días
todos sus excesos*

¿Pero a quién le interesa mutilarse?
¿De qué excesos me hablan?
¿Acaso se refieren a esa mujer sin nombre
esa mujer más pura que un ánfora de Persia flotando en el petróleo del Riachuelo
diosa de los deleites que apura su ambrosía en un burdel del Docke?
Ella me abrió las puertas de la virtud del mundo
me instruyó en las delicias de los jugos sublimes bebidos a dos bocas
en lenguajes obscenos
en canciones remotas que despiertan el hambre y la sed por la vida.

*No os dejéis arrastrar por la exasperación
del sexo
que destruye la autenticidad de la vida humana
y conduce a la ruptura de la familia*

Pero yo no quisiera hablar de cosas tristes.

Una mañana

abandoné la arena movediza de la infancia
y con idéntica insolencia a la del primer hombre de la tierra
fui a buscar la Verdad.

Presa tantálica que juega con nosotros hasta el límite mismo del verano
y allí se desintegra como una visión de los infiernos.

Tuve miedo.

Lloré por los andenes abismales donde siempre se está solo
y cuando abrí los ojos

aún estaban allí los rostros arrasados las manos temblorosas

las puertas que hemos dejado atrás las que aún nos esperan

la miseria del mundo la belleza del mundo la tragedia del mundo

He estado en Siking, Futang, Asang.

Ahora sé que el hombre es amor, la mujer es amor. Amor.

La muerte amigo mío es nuestra liberadora.

Ella nos salvará de la podredumbre terrenal.

La pobreza de espíritu confunde amor con cobardía.

Es el Horror de las Tinieblas (salud viejo Conrad) son los jinetes del Apocalipsis

el estrépito furioso del Acero las nubes radiactivas

y optamos por la nada:

el nirvana patético de los encantadores de serpientes

el nirvana servil de los renunciamientos

el podrido nirvana de la carne que se niega al incendio

el nirvana aguachento del misterio convertido en un tótem

nirvana del escepticismo nirvana de la mediocridad

nirvana LSD nirvanas de la técnica del dogma del onanismo exasperante

Un nirvana exclusivo para usted

en comodísimas cuotas casi no quedan plazas

En una sencilla ceremonia quedó inaugurado

el Museo Penitenciario Nacional

Sus colecciones reúnen material de los distintos regímenes

penitenciarios

desde 1810 (Cabildo-Cárcel) hasta la actualidad (alta tecnificación y modernos establecimientos).

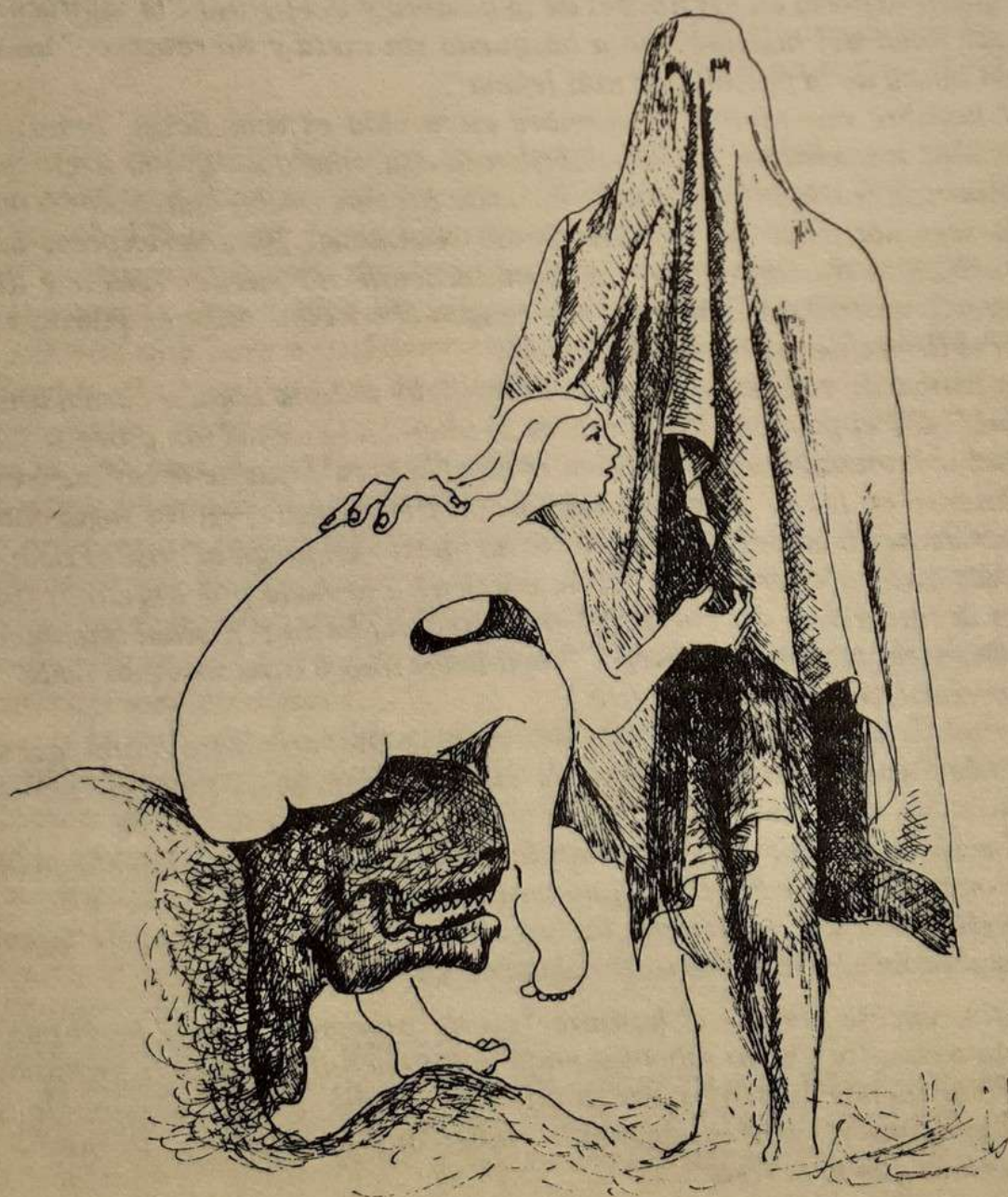
Pero la loba de los ojos de azufre no descansa su leucémica estrella persevera sobre
un mar sin orillas sus banquetes de sangre paralizan la rueda de los días abre la
boca enorme su lengua de dos puntas amarillas danza frenética y salvaje en el
centro de un círculo purpúreo y calcina la noche con su aullido:

aquí el viento que soplaba en el presidio de Usuahia más allá la sonrisa de un carce-
lero sádico a su derecha un látigo que dice haber cruzado catorcemil espaldas la
oreja derecha de Lavallo un ojo de Dorrego millares de cabezas de salvajes el
olor de los negros que se negaron a morir en Paraguay un cigarro negado a un
condenado a muerte el agua en que se ahogaron los gritos de clemencia

y en esta otra sala las maravillas de la modernidad:
un águila electrónica que observa todos los movimientos del recluso un pez multicolor que se desliza en su cerebro y lo protege de angustias o delirios el pentotal con su correspondiente a qué taladros refinados parafinas suntuosas murciélagos de azogue para hacer compañía a los penados y un formulario tipo para solicitar permiso de suicidio.

*Canción, yo he dicho más que me mandaron,
y menos que pensé;
no me pregunten más, que lo diré.*

Garcilaso de la Vega



PABLO SCHUGURENSKY

UNA FIESTA INMOTIVADA

Sin duda, la experiencia de Georges Bataille es una de las más fascinantes de este siglo. A través del erotismo, la revolución, la mística, la filosofía, la literatura, pasó su "exigencia sin miramientos". El intento de "buscar la cohesión del espíritu humano, cuyas posibilidades se extienden desde la santa al voluptuoso".

Exigencia ésta que lo hace polemizar con Sartre y Breton (con éste último coincidirá más tarde en la militancia política) y lo acerca, en una profunda camaradería espiritual, a otros solitarios: Klossowski, Leiris, Blanchot.

Pero como él mismo lo expresa, su pensamiento aparece profundamente unido al de Nietzsche. Se abandona al mismo extravío, se pierde en los laberintos fulgurantes de quien expresa en los límites de la palabra y del pensar "la aspiración extrema, incondicional del hombre", una búsqueda sin meta y sin retorno, "un inexorable viaje en busca de la posibilidad más lejana".

Es el hombre completo, "el hombre cuya vida es una fiesta 'inmotivada', y fiesta en todos los sentidos de la palabra, una risa, una danza, una orgía que no se subordina nunca, un sacrificio que se burla de los fines, sean materiales o morales".

En la segunda parte de su libro Sobre Nietzsche, Bataille expresa lo que él llama un principio fundamental: "la 'comunicación' no puede realizarse de un ser pleno e intacto a otro, necesita seres que tengan el ser ellos mismos puesto en juego, situado en el límite de la muerte, de la nada".

"Esta forma de ver las cosas da del sacrificio y de la cópula carnal una misma explicación." En el primero los hombres se unen en la expiación entre sí y a la víctima animal o humana que personifica al dios; la herida que se le infiere a éste "pone parcialmente en juego al ser del hombre; así le permite, en un fugaz momento, unirse al ser de su divinidad que la muerte ha puesto en juego al mismo tiempo".

Mientras que en el erotismo "el deseo tiene a la nada por objeto" ("punto de ruptura en la integridad del cuerpo... orificio de la basura"), señal que llama, lugar en el que dos seres se ponen en juego, "inclinados uno y otro sobre su nada".

(Amor constante sobre la muerte.)

Voluntad de suerte (subtítulo de Sobre Nietzsche) como fin moral, porque después de todo "una moral es válida en la medida en que nos propone ponernos en juego".

Si (el ser) no se comunica, se aniquila — en ese vacío que es la vida que se aísla. Si quiere comunicarse, se arriesga igualmente a perderse.

"Ecce Homo... ¡y todo esto fue creído como moral! Ecrasez l'infâme! ¿Se me ha comprendido? Dioniso contra el Crucificado..."

Y al fin, en ese vértigo el hombre "puede superar lo que le horroriza, puede mirarlo cara a cara" y "si no sabemos nada y nos encontramos en la profundidad de la noche... al menos podemos ver lo que nos engaña, lo que nos impide conocer nuestro desamparo y, más exactamente, saber que la alegría es lo mismo que el dolor, lo mismo que la muerte".

Y luego E
"La mue
ner lo muerto
al entendimie
pero la vida
pura de la d
sólo conquis
desgarramien
negativo, con
pasamos sin
a lo negativo
hace que lo

La mu
gozar. Esce
de amar da
Aquí
furores ex
misma, un
bles. "Cua
nada en el
no ve nad
lengua con
"Se p
bre queda
goce del q
Esa a
la altura v
(Lo c
"La c
comunica
desnudar
de vivir s
Deve
sepa adv
luto desg
Avid
Así,
vivir: Al
desorder

Y luego Bataille citando a Hegel:

“La muerte, si así queremos llamar a esa irrealidad, es lo más espantoso, y retener lo muerto lo que requiere una mayor fuerza. La belleza carente de fuerza odia al entendimiento porque éste exige de ella lo que no está en condiciones de dar, pero la vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento. El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo, como cuando decimos de algo que no es nada o que es falso y, hecho esto, pasamos sin más a otra cosa, sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello. Esta permanencia es la fuerza mágica que hace que lo negativo vuelva al ser.”

La santa, la madre, el aleluya

Finalmente tengo más de un rostro
y no sé cuál se ríe del otro.

La muerte desposee, busca en las palabras su raíz de silencio, es la avidez de gozar. Escena lunar. Máscara trágica, espíritu de la fiesta de los bosques cuyo furor de amar da sobre la muerte como una ventana sobre el patio.

Aquí prospera la imagen del deseo bacante, vacío (nada hay a la medida de tus furoros excepto la inmensidad silenciosa de la noche). Escucharás viniendo de ti misma, una voz que lleva a tu destino: es la voz del deseo y no la de los seres deseables. “Cuando Dios aparece en la tiniebla, ni risa, ni ardor, ni devoción, ni amor, nada en el rostro, nada en el corazón, ni un temblor, ni un movimiento. El cuerpo no ve nada, los ojos del alma están abiertos. El cuerpo reposa y duerme, con la lengua cortada e inmóvil” [Angela de Foligno]

“Se produce un encuentro que es intolerable a causa del goce y a veces el hombre queda reducido en él a nada; es lo que llamo el transporte. El transporte es el goce del que no se puede hablar” [Ruysbroeck].

Esa desmesura, esa puesta en juego en el límite de la muerte, de la nada, busca la altura vertiginosa del aleluya...

(Lo que se da como deseable está enmascarado.)

“La obra poética es sagrada en cuanto es creación de un acontecimiento tópico, comunicación experimentada como la desnudez... Es violación de sí misma, un desnudarse, comunicación a otros de lo que es razón de vivir, ahora bien, esa razón de vivir se desplaza.”

Develar, desocultar (ya es hora de que en cada cosa que conozcas, tu locura sepa advertir el reverso), como el espíritu que se encuentra a sí mismo en el absoluto desgarramiento.

Avidez, vacío de la vida. Unica cumbre.

Así, la madre, ménade de los bosques comunica a su hijo lo que es razón de vivir: Ahora todo lo que está atado nos separa. Ya no podríamos encontrarnos sin desorden y, en el desorden, ya no debemos encontrarnos. Lo que te ata a mí y lo

que me ata a ti está ya atado hasta lo intolerable, y estamos separados por la profundidad de lo que nos ata.

...Lo desconocido que es lo imprevisible en la risa: jamás sabrás hasta el último instante si me reía de ti.

(Ir hasta el límite de lo posible en esas páginas en el balbuceo, la risa soberana, el horror de la soledad de la comunicación en la desnudez exigen la puesta en juego en la lectura. Como tentación, como desgarramiento.)

La madre iniciadora escribe:

Viviré a la espera de ese otro mundo en el que me encuentro en el paroxismo del placer. Pertenezco por entero a ese otro mundo, y tú también le perteneces.

Mundo que es la dimensión perturbadora, zona ambigua y tenebrosa, donde lo sagrado y lo impuro se confunden. Matrimonio del Cielo y del Infierno. Ascensión al Etna. La horrible inestabilidad de las cosas, su límite que la palabra poética restituye, en su desviación soberana sagrada, separados por la profundidad de lo que nos ata al corazón salvaje de la vida (el mismo del que hablaba Joyce). Hombre completo. Soberanía del sacrificio. "En el lenguaje sensual todos los espíritus conversan entre ellos; no tienen necesidad de ningún otro lenguaje puesto que es el lenguaje de la naturaleza" (Böhme).

Lengua cortada e inmóvil es la "contemplación del ser en la cumbre del ser".

Es necesario entonces que estas palabras busquen el horizonte de aquellas en las que se han alumbrado. Que apunten a la vastedad de lo apenas rozado, que como el dedo del Bautista señalen el silencio pleno que exige la comunicación de una experiencia que ha resplandecido en los límites de lo posible.



GEORGES BATAILLE

Prólogo a *Madame Edwarda*

La muerte es lo más terrible, y mantener la obra de la muerte es lo que requiere la mayor fuerza.

HEGEL

El autor de *Madame Edwarda* llamó él mismo la atención sobre la gravedad de su libro¹. Sin embargo, me parece conveniente insistir debido a la ligereza con la que se acostumbra a tratar los escritos que tienen por tema la vida sexual. No porque tenga la esperanza —o la intención— de cambiar algo en él. Pero ruego al lector de mi prólogo que reflexione un instante sobre la actitud tradicional respecto al placer (que en el juego de los sexos alcanza la mayor intensidad) y al dolor (que la muerte calma, es cierto, pero que primero conduce a lo peor). Un conjunto de condiciones nos induce a formarnos del hombre (de la humanidad) una imagen igualmente alejada del extremo placer y del extremo dolor: los interdictos suelen imponerse, unos a la vida sexual y otros a la muerte, de tal modo que una y otra han formado un terreno sagrado, que corresponde a la religión. Lo más penoso empezó cuando sólo los interdictos que afectan a las circunstancias de la desaparición del ser asumieron un aspecto grave y cuando los que afectaban a las circunstancias de la aparición —toda la actividad genética— fueron tomados a la ligera. No se trata de protestar contra la tendencia del gran número: es la expresión del destino, que quiso que el hombre se riera de sus órganos reproductores. Pero esta risa, que acusa la oposición del placer y del dolor (el dolor y la muerte son dignos de respeto, mientras que el placer es irrisorio, condenado al desprecio), determina también su parentesco fundamental. La risa ya no es respetuosa, sino que es el signo del horror. La vida es la actitud de compromiso que adopta el hombre en presencia de un aspecto que repugna, cuando este aspecto no parece grave. Asimismo, el erotismo, considerado en su aspecto grave, trágico, es un trastorno.

Insisto ante todo en precisar hasta qué punto son vanas las triviales afirmaciones según las cuales el interdicto sexual es un prejuicio, del que ha llegado el momento de deshacerse. Hasta la vergüenza y el pudor, que acompañan al sentimiento fuerte del placer, no serían más que pruebas de inteligencia. Tanto como decir que debiéramos hacer tabla rasa y volver a los tiempos de la animalidad, de la libre devoración y de la indiferencia por las inmundicias. Como si la humanidad entera no resultase de movimientos de horror seguidos de fascinación, a los que se vinculan la sensibilidad y la inteligencia. Pero, sin querer oponer nada a la risa, cuya causa es la indecencia, creemos conveniente volver —en parte— sobre un punto de vista que sólo la risa aporta.

La risa, en efecto, justifica una forma de condena deshonorosa. La risa nos conduce hacia el inicio de una interdicción, de decencias necesarias, inevitables, que se convierten en hipocresía cerrada, en incompreensión de lo que está en juego. La

extrema licencia acompañada de guasa supone rechazar el tomar en serio — me refiero a lo *trágico* — la verdad del erotismo.

Aprovecho la ocasión que me brinda el prólogo a este librito, en el que el erotismo está representado sin rodeos, abriendo a la conciencia de un desgarró, para lanzar un llamamiento que deseo sea patético. No es que me sorprenda de que el espíritu se aparte de sí mismo y de que, por decirlo así, al volverse la espalda a sí mismo, se convierta, en su obstinación, en la caricatura de su verdad. Si el hombre necesita la mentira, después de todo, ¡allá él! El hombre que, quizás, tiene su orgullo, se ve ahogado por la masa humana. Pero, en fin. No olvidaré jamás todo lo *violento y maravilloso* que es querer abrir los ojos, enfrentarse con *lo que sucede, con lo que es*. Y no sabría *lo que sucede*, si no supiese nada del placer extremo, si no supiese nada del extremo dolor.

Entendámonos. Pierre Angélique lo dice muy claro: No sabemos nada y nos encontramos en la profundidad de la noche. Pero al menos podemos ver lo que nos engaña, lo que nos impide conocer nuestro desamparo y, más exactamente, saber que la alegría es lo mismo que el dolor, lo mismo que la muerte.

Aquello de lo que esa gran risa nos aleja, que suscita la broma licenciosa, es la identidad del placer extremo y del extremo dolor: la identidad del ser y de la muerte, del saber que se acaba en esa deslumbrante perspectiva y de la oscuridad definitiva. De esta verdad, podremos sin duda, reír al fin, pero esta vez con una risa entera, que no se detiene en el desprecio de lo que puede ser repugnante, pero cuyo asco nos paraliza.

Para llegar al final del éxtasis en el que nos perdemos en el goce, debemos siempre establecer su inmediato límite: el horror. No sólo el dolor de los demás o el mío propio, que me aproxima al momento en el que el horror me enfervorizará, puede hacerme alcanzar el estado de alegría que conduce al delirio, sino que ya no queda repugnancia cuya afinidad con el deseo no sea clara para mí. No es que el horror jamás se confunda con la fascinación; más bien, de no poder inhibirlo, destruirlo, *el horror refuerza la fascinación*. El peligro paraliza, pero, menos fuerte, puede excitar el deseo. No llegamos al éxtasis más que en la perspectiva de la muerte, y en la perspectiva de lo que nos aniquila.

Un hombre difiere de un animal en que ciertas sensaciones lo hieren y lo liquidan en lo más íntimo. Estas sensaciones varían según el individuo y según las maneras de vivir. Pero la vista de la sangre y el olor a vómito, que suscitan en nosotros el horror de la muerte, nos dan a veces a conocer un estado de náusea que nos alcanza aún con mayor crueldad que el dolor. No soportamos estas sensaciones vinculadas al vértigo supremo. Algunos prefieren la muerte al contacto con una serpiente, aunque fuese inofensiva. Hay un terreno en el que la muerte ya no significa sólo la desaparición, sino el movimiento intolerable en el que desaparecemos *pese a nosotros mismos*, mientras, *a cualquier precio*, no habría que desaparecer. Este *a cualquier precio*, este *pese a nosotros mismos* es precisamente lo que determina el momento de la extrema alegría y del éxtasis inenarrable pero maravilloso. Si nada nos supera, o sea si nada nos supera pese a nosotros mismos, al tener *a cualquier precio* que no ser, no alcanzamos el momento *insensato* al que tendemos y que a la vez rechazamos con todas nuestras fuerzas.

El placer sería despreciable de no ser esta aberrante superación, que no sólo es propia del éxtasis sexual, y que los místicos de diferentes religiones, y ante todos

los místicos cristianos, conocieron de la misma manera. El ser nos es dado en una *intolerable* superación del ser, no menos intolerable que la muerte. Y puesto que, en la muerte, a la vez que nos lo es dado, nos lo es retirado, debemos buscarlo en el *sentimiento* de la muerte, en esos intolerables momentos en los que nos parece que nos estamos muriendo, porque el ser en nosotros ya no está ahí más que por exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la alegría.

Hasta el pensamiento (la reflexión) no se acaba en nosotros más que en el exceso. ¿Qué significa la verdad, más allá de la representación del exceso, si no vemos más que lo que excede a la posibilidad de ver lo que es intolerable ver, como, en el éxtasis, es intorelable disfrutar?, ¿si pensamos lo que excede a la posibilidad de pensar?²

Al final de esta reflexión patética, que, en un grito, se aniquila a sí misma, en tanto que zozobra en la intolerancia de sí misma, volvemos a encontrar a Dios. Es el sentido, es la enormidad, de ese librito *insensato*: este relato pone en juego, en la plenitud de sus atributos, al mismo Dios; y ese Dios es, no obstante, una mujer pública, semejante en todo a las demás. Pero lo que el misticismo no pudo decir (en el momento de decirlo, desfallecía), el erotismo lo dijo: Dios no es nada si no es superación de Dios en todos los sentidos; en el sentido del ser vulgar, en el del horror y de la impureza; finalmente, en el sentido de nada... No podemos añadir impunemente al lenguaje la palabra que supera a las palabras, la palabra *Dios*; a partir del momento en que lo hacemos, esta palabra, superándose a sí misma, destruye vertiginosamente sus límites. Lo que él es no retrocede ante nada. Está en todas partes donde es imposible alcanzarlo: él mismo es una *enormidad*. Cualquiera que tenga la más pequeña sospecha se calla en seguida. O, buscando la salida, y sabiendo que se ensarta siempre más en el anzuelo, busca en lo que, pudiendo aniquilarlo, lo hace semejante a Dios, semejante a nada³.

En ese inenarrable camino por el que nos conduce el más incongruente de los libros, puede sin embargo que aún nos quede algo por descubrir.

Por ejemplo, el azar, la felicidad...

La alegría se encuentra precisamente en la perspectiva de la muerte (así pues lleva la máscara de su contrario, la tristeza).

No soy en absoluto propenso a pensar que lo esencial en este mundo es la voluptuosidad. El hombre no está limitado al órgano del goce. Pero este inconfesable órgano le enseña un secreto⁴.

Puesto que el goce depende de la perspectiva deletérea abierta al espíritu, es probable que hagamos trampas y que procuremos acceder a la alegría acercándonos lo menos posible al horror. Las imágenes que excitan el deseo o provocan el espasmo final suelen ser turbias, equívocas: si entrevén el horror o la muerte, acostumbran hacerlo subrepticamente. Hasta en la perspectiva de Sade, la muerte se desvía sobre el otro, y el otro es ante todo una expresión deliciosa de la vida. El terreno del erotismo está abocado sin excepción a la astucia. El objeto que provoca el movimiento de Eros se presenta como otro del que es. Tanto es así que, en materia de erotismo, son los ascetas los que tienen razón. Los ascetas dicen que la belleza es la trampa del diablo: sólo la belleza, en efecto, hace tolerable la necesidad de desorden, de violencia y de indignidad que es el origen del amor. No puedo examinar aquí detalladamente los delirios cuyas formas se multiplican y de las que el amor puro nos da a conocer sibilamente el más violento, el que conduce a los límites de la muerte el

exceso ciego de la vida. No cabe duda de que la condena ascética es burda, cobarde, cruel, pero es coherente con el temblor sin el cual nos alejamos de la verdad de la noche. No hay razón para dar al amor sexual una eminencia que por sí sola posee la vida entera, pero, si no arrojáramos luz hasta el instante mismo en que cae la noche, ¿cómo sabríamos que estamos hechos, como lo estamos, de la proyección del ser en el horror? Porque el ser se pierde, se hunde en el vacío nauseabundo que, a cualquier precio, debería evitar...

Nada, sin duda alguna, es más temible. ¡Hasta qué punto las imágenes del infierno en los pórticos de las iglesias deberíamos parecernos irrisorias! El infierno es la idea atenuada que Dios nos da involuntariamente de sí mismo. Pero en la escala de la pérdida ilimitada, volvemos a encontrar el triunfo del *ser* —al que no le faltó más que amoldarse al movimiento que exige que sea precedido. El ser se convida a sí mismo a la terrible danza cuya síncopa es el ritmo del baile, y que debemos tomar como es, conociendo no obstante el horror al que se amolda. Si nos falla el valor, no hay nada más atormentador. Y jamás fallará el momento atormentador: ¿cómo, si nos fallase, superarlo? Pero el *ser abierto* —a la muerte, al suplicio, a la alegría sin reservas, el ser abierto y muriente, doloroso y feliz, aparece ya en su luz velada: esa luz es divina. Y el grito que, con la boca torcida, este ser, ¿en vano?, quiere dejar oír es un inmenso *alleluia*, perdido en el silencio sin fin.

NOTAS:

¹ Pierre Angélique, *Madame Edwarda*, 3ra. ed., J.-J. Pauvert, 1956, in-8. (Pierre Angélique era el seudónimo de Georges Bataille. Este debió escribir este ensayo cuando aún no había asumido la paternidad de esta narración. *N. de Tusquets*.)

² Pido perdón por añadir aquí que esta definición del ser y del exceso no puede fundamentarse en términos filosóficos, puesto que el exceso excede al fundamento: el exceso es aquello por lo cual el ser está ante todo fuera de todos los límites: estos límites nos permiten hablar (hablo también, pero, al hablar, no olvido que la palabra, no sólo se me escapará, sino que se me escapa). Estas frases metódicamente colocadas son posibles (lo son en una amplia medida, puesto que el exceso es la excepción, lo maravilloso, el milagro...; y el exceso determina la fascinación —la fascinación si no el horror de todo lo que es *más que lo que es*), pero su imposibilidad ya va implícita en ella: de tal modo que jamás me vinculo, jamás me someto, sino que conservo mi soberanía, que sólo mi muerte, que probará la imposibilidad en la que estaba de limitarme al ser sin exceso, separa de mí. No niego el conocimiento sin el cual no escribiría, pero esta mano que escribe está *muriendo* y, gra-

cias a esta muerte que le ha sido prometida, escapa a los límites aceptados al escribir (aceptados por la mano que escribe, pero negados por la que muere).

³ He aquí pues la primera teología propuesta por un hombre al que ilumina la risa y que se digna a no limitar *lo que no sabe lo que es el límite*. ¡Recordad el día en el que leáis en la piedra de fuego, vosotros que palidecéis ante los textos de los filósofos! Cómo puede expresarse el que los hace callar, si no de tal manera que no puedan concebirla.

⁴ Podría hacer observar, además, que el exceso es el principio mismo de la reproducción sexual: en efecto, ¡la *divina providencia* quiso que, en su obra, su secreto permaneciese legible! ¿No se le podía ahorrar nada al hombre? El mismo día en que se peca de que pierda pie, se le dice que lo ha perdido providencialmente. Pero aunque exajase al niño de su blasfemia, es blasfemando, escupiendo sobre su límite, cómo goza el más miserable, es blasfemando cómo es Dios. Tan cierto es que la *creación* es inextricable, irreductible a otro movimiento del espíritu que no sea el de la certeza, siendo excedido, de exceder.

POEMA PARA UN CUMPLEAÑOS

I - QUIEN

El mes de las flores ya pasó. La fruta está adentro,
Podrida o devorada. No soy más que boca.
Octubre: tiempo de almacenar.

El cobertizo está mohoso como el estómago de una momia:
Herramientas viejas, mangos y dientes oxidados.
Me siento como en mi casa aquí, entre las cabezas muertas.

Déjenme sentar en una maceta,
Las arañas no lo notarán.
Mi corazón es un geranio detenido.

Si al menos el viento abandonase mis pulmones.
Un perro husmea los pétalos. Florecen hacia abajo,
Tiemblan como matas de hortensias.

Me consuelan cabezas convirtiéndose en polvo,
Clavadas a las vigas ayer:
Huéspedes que no hibernan.

Repollos: púrpura vermicular, azogue,
Atavío de orejas de burro, piel de polilla, pero un corazón verde
Y venas blancas como grasa de cerdo.

¡Oh, la belleza de lo útil!
Los zapallos anaranjados no tienen ojos.
Estas salas están llenas de mujeres que se creen pájaros.

Qué aprendizaje monótono.
Soy una raíz, una piedra, una lechuza,
Sin ningún sueño.

Sería lengua únicamente de tu boca,
Madre. Trágame,
Madre de la otredad. Fauces del basurero, sombra de umbrales.

Yo dije: debo recordar ésto, ser pequeña.
Había flores tan grandes,
Bocas púrpuras y rojas, increíblemente hermosas.

Los zarcillos de la zarzamora me hacían llorar.
Ahora me encienden como una lámpara eléctrica.
Durante semanas nada puedo recordar.

2 - CASA OSCURA

Esta es una casa muy grande, oscura.
La hice yo misma,
Celda a celda desde un rincón tranquilo,
Masticando papel gris,
Virtiéndole gotas de cola,
Silbando, moviendo mis orejas,
Pensando en otra cosa.

¡Tiene tantos sótanos,
Tantas excavaciones tortuosas!
Estoy redonda como una lechuza,
Vejo por mi propia luz.
En cualquier momento puedo parir cachorros,
Criar un caballo. Mi vientre se mueve.
Debo seguir trazando mapas.

¡Estos túneles medulares!
Manos de topo, devoro mi camino.
Todoboca lame los arbustos
Y las ollas con carne.
Vive en un viejo pozo,
Un agujero de piedra. El es el culpable.
Es un tipo pesado.

Olor a guijarros, cámaras como nabos.
Los pequeños hocicos están respirando.
¡Oh humildes amorcitos!
Criaturitas, sin hueso como narices,
Es tibio, tolerable,
El vientre de la raíz.
Hay aquí una madre que protege.

3 – MENADE

Una vez fui como todos:
Me senté junto a la planta de habas de mi padre
Comiendo los dedos de la sabiduría.
Los pájaros daban leche.
Cuando tronaba me escondía bajo una piedra plana.

La madre de las bocas no me amaba.
El cuco se convirtió en una muñeca.
Oh, soy demasiado grande para regresar:
La leche de pájaros es plumas,
Las hojas de la planta de habas son manos mudas.

Este mes es poco propicio.
Los muertos maduran en las hojas de parra.
Hay una lengua roja entre nosotros.
Madre, manténte fuera del patio de mi granja,
Me estoy transformando en otra.

Cabeza de perro, devorador:
Aliméntame con las bayas de lo oscuro.
Los párpados no se cerrarán. El tiempo
Devana el gran ombligo del sol
Su brillo sin fin.

Y yo debo tragarlo todo.

Señora, ¿quiénes son esas otras en la cuba de la luna
Cuerpos confundidos, ebrias de sueño?
Bajo esta luz la sangre es negra.
Dime mi nombre.

4 – LA BESTIA

Antes él era como un rey,
El primero en todo, mi animal afortunado.
Respirar era fácil en su atmósfera alegre.
El sol se sentaba en su axila.
Nada se enmohecía. Fantasmas diminutos
Lo esperaban con ansias.

Las hermanas azules me enviaron a otro colegio.
Mono vivía con bonete de burro.
Se la pasaba tirándome besos.

Apenas lo conocía.
No podía librarme de él:
Zarpas-pedigüeñas torpe y afligido,
Fido Pocacosa, fiel a sus tripas,
Un tacho de basura es suficiente para él.
Su hueso es lo oscuro.
Llámenlo por cualquier nombre, responderá a él.

Sumidero, feliz cara de chanco.
Me casé con un montón de desperdicios.
Me acuesto en un lodazal.
Aquí el cielo está siempre cayéndose.
Hay cerdos revolcándose frente a la ventana.
Las chinches de las estrellas no me salvarán este mes.
Yo cuido mi casa en el muerto callejón del Tiempo,
Entre hormigas y moluscos,
Duquesa de nada,
Novia de una horquilla para los cabellos.

5 – SONIDOS DE FLAUTA DESDE UN ESTANQUE CON JUNCOS

Ahora descende el frío, capa tras capa,
Hasta nuestra morada en la raíz de las lilas.
Encima de nosotros las viejas umbelas del verano
Se marchitan como manos sin vida. No hay suficiente protección.

Hora tras hora el ojo del sol acrecienta su dominio
En blanco. Las estrellas se alejan.
Boca-de-rana y boca-de-pep beben
El licor de la indolencia, y todas las cosas se hunden
En la fina red del olvido.
Los colores fugitivos mueren.
Las larvas dormitan en sus capullos de seda,
Las luminosas crisálidas cabecean hasta dormirse como estatuas.

Los títeres, libres de los hilos del titiritero,
Llevan máscaras de cuerno para irse a la cama.
Esto no es la muerte, es algo más seguro.
Los mitos alados ya no nos perturbarán:

Las larvas son seres sin lengua que cantaron sobre las aguas
El gólgota en la punta de un junco
Y a un dios que caprichoso como el dedo de un recién nacido
Dejando atrás su envoltura surcará los aires.

6 – QUEMA DE BRUJAS

En la plaza del mercado están apilando leña seca.
Un matorral de sombras es poco abrigo. Habito
La imagen de cera de mí misma, un cuerpo de muñeca.
Aquí comienza la enfermedad: soy un blanco para las brujas.
Sólo el diablo puede devorar al diablo.
En el mes de las hojas rojas subo a un lecho de fuego.

Es fácil culpar a lo oscuro: la boca de una puerta,
El vientre de un sótano. Han apagado mi luz.
Una dama con élitros negros me tiene encerrada en una jaula para loros.
¡Qué ojos grandes tienen los muertos!
Intimo con un espíritu peludo.
Sale humo de la boca de este frasco vacío.

Si soy un ser pequeño, no puedo hacer ningún daño.
Si no me muevo, no volcaré nada. Así dije,
Sentada bajo la tapa de una cacerola, diminuta e inerte como un grano de arroz.
Encienden las hornallas, una tras otra.
Estamos llenos de almidón, pequeños compañeros blancos. Creemos.
Al principio duele. Las lenguas rojas nos dirán la verdad.

Madre de los escarabajos, abre tu puño:
Como una polilla volaré intacta a través de las fauces de una vela.
Devuélveme mi forma. Estoy preparada para construir los días
Que apareé al polvo bajo la sombra de una piedra.
Mis tobillos se iluminan. La claridad asciende por mis caderas.
Estoy perdida, estoy perdida, vestida con toda esta luz.

7 – LAS PIEDRAS

Esta es la ciudad donde se remienda a los hombres.
Yazgo sobre un gran yunque.
Chato y azul el círculo del cielo

Se voló como el sombrero de una muñeca
Cuando me caí de la luz. Entré
En el estómago de la indiferencia, el armario sin palabras.

La madre de la piedra de amolar me redujo.
Me convertí en un guijarro inmóvil.
Las piedras del vientre estaban en paz,

La lápida tranquila, imperturbadas.
Sólo el agujero de la boca se agitaba.
Grillo importuno

En una cantera de silencios.
La gente de la ciudad lo escuchó.
Taciturnos y aislados registraron las piedras.

El agujero de la boca gritaba sus posiciones.
Ebria como un feto
Yo succionaba los pezones de la oscuridad.

Las sondas que me alimentan me abrazan. Hay esponjas quitándome mis líquenes
con sus besos.
El maestro joyero clava su cincel
Para abrir un ojo en la piedra.

Esto es lo que viene después del infierno: veo la luz.
Un viento abre los pabellones
Del oído, viejo atormentado.

El agua ablanda el pedernal del labio.
Y la luz del día extiende su invariabilidad sobre el muro.
Los injertadores están alegres,

Calentando las tenazas, levantando delicados martillos.
La corriente agita los alambres.
Voltio tras voltio. El hilo surge mis grietas.

Un obrero pasa cargando un torso rosado.
Las despensas están llenas de corazones.
Esta es la ciudad de los pedazos sobrantes.

Mis brazos y mis piernas vendadas tienen un olor dulce como la goma.
Aquí enlatan cabezas de doctores, o cualquier otro miembro.
Los viernes vienen los niños pequeños

Para trocar sus garfios por manos.
Los hombres muertos dejan sus ojos para otros.
El amor es el uniforme de mi enfermera calva.

El amor es hueso y nervio de mi maldición
El vaso, reconstruido, acoge
A la rosa elusiva.

Diez dedos dan forma a un cuenco para las sombras.
Mis remiendos me arden No hay nada que hacer
Quedaré como nueva.

(Versión de Maria Julia De Ruschi Crespo)



AUBREY BEARDSLEY

ASCENSION AL ETNA

"Quiero hablar de 'amar la muerte' porque eso significa amar la vida sin restricciones, amarla hasta allí, la muerte comprendida. No estar más aterrorizada por la muerte que por la vida. Con esa condición, me siento otra vez noble."

Laure no deja una obra literaria. Deja un movimiento de cortinados a través de los cuales la noche se percibe por estallidos de relámpagos y la esperanza del alba es rápidamente envuelta en la más oscura de las tormentas. Todos sus fragmentos son reformulaciones, recurrencias, correcciones. Es el ir y venir de una fiera enjaulada, despreocupada ya de la libertad y cada vez más concentrada en ese ir y venir.

Laure deja sus textos escritos en atmósferas de ensueño o pesadilla y en un lenguaje que se atropella por momentos con gran violencia, por momentos con gran belleza.

Allí quedan los textos de Laure, Colette Laporte, nacida en París el 6 de octubre de 1903. Murió en Saint Germain, en la casa que habitaba con Georges Bataille, el 7 de noviembre de 1938.

Dice Marcel Moré en Georges Bataille y la muerte de Laure: "En la habitación donde Laure agonizaba, su madre y su hermana mayor estaban sentadas a un lado del lecho, Bataille y dos o tres amigos del otro lado. Laure ya no podía hablar y los dos bandos, evidentemente opuestos, esperaban si, por un gesto cualquiera, una señal de la cruz por ejemplo, ella haría comprender que ante la cercanía de la muerte había reencontrado su fe. Murió sin haber dado la prueba esperada por su madre y su hermana".

Una vez que Laure murió, los bandos comenzaron a disputarse su cuerpo, sin intercambiar palabra. La madre pretendía recuperar a su hija acercando su cuerpo a los servicios religiosos. Bataille no lo permitió. Se limitó a poner junto a Laure El matrimonio del Cielo y del Infierno. Ese libro de William Blake había sido el último que Laure pidiera leer.

Georges Bataille y Michel Leiris publicaron en 1942, en ediciones limitadas, dos libros con textos de Laure: Histoire d'une petite fille y Le Sacré. En el primero, Laure escribe su infancia y adolescencia en el marco de una familia burguesa y religiosa.

"El terror se eleva entre cuatro paredes como el viento sobre el mar. Una vieja mujer rota en dos me amenaza con su bastón, un hombre vuelto invisible por la famosa alianza me acecha en todo instante, Dios 'quien todo lo ve y conoce todos los pensamientos', me mira, severo. El cortinado blanco se aparta de la ventana, planea entre las tinieblas, se acerca y me lleva: atravieso suavemente el cristal y subo al cielo. [...] Y los días de esas noches era una infancia sórdida y timorata, obsesionada por el pecado mortal, el Viernes Santo y el Miércoles de Ceniza. Infancia agobiada bajo los pesados velos de duelo, infancia raptora de niños."

Laure pasará su vida buscando, con su vida en juego, una fe que suplante a aqué-

lla perdida irremisiblemente. Buscará en la militancia política, en el erotismo, en la escritura. Regresará agotada y enferma de cada uno de esos febriles recorridos.

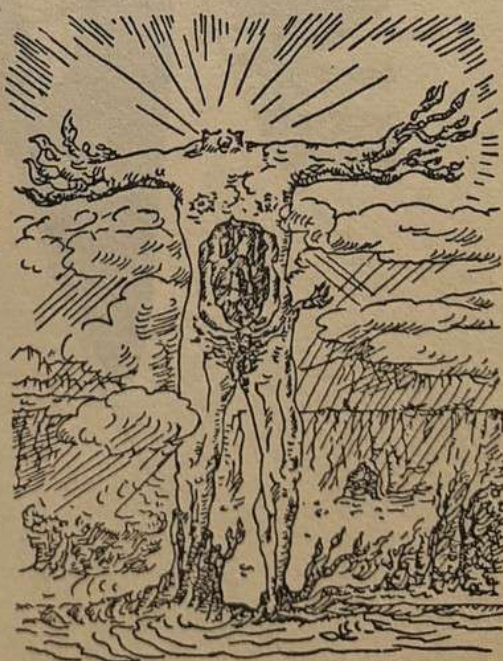
Viajó a Rusia. Quería entrar en la vida de ese país cuya tierra se movía violentamente. A su regreso a París, adonde fue llevada enferma luego de estar hospitalizada en Moscú, recorría las calles buscando hombres vulgares con quienes hacía el amor en los baños de algún tren. Luego vivió con Leon Bourenine [uno de los fundadores del Partido Comunista Francés]. En ese entonces la conoció Georges Bataille:

"El ser arde de ser en ser a través de la noche y arde tanto más cuanto el amor ha sabido derribar los muros carcelarios que encierran a cada persona: pero qué puede haber de mayor que la brecha a través de la cual dos seres se reconocen el uno al otro, escapando a la vulgaridad y la irrelevancia que introduce lo infinito. Quien al menos ama más allá de la tumba, ha escapado así a la vulgaridad de las relaciones cotidianas, pero nunca los lazos demasiado estrechos han sido rotos tanto como por Laure: el dolor, el espanto, las lágrimas, el delirio, la orgía, la fiebre y después la muerte son el pan cotidiano que Laure ha compartido conmigo, y ese pan me deja el recuerdo de una dulzura temible, pero inmensa; era la forma que tomaba un amor ávido de exceder los límites de las cosas y, sin embargo, cuántas veces juntos hemos alcanzado instantes de dicha irrealizable, noches estrelladas, arroyos que fluyen: en el bosque de X, tras la caída de la noche, ella marchaba a mi lado en silencio, yo la miraba sin que me viese, ¿acaso he estado alguna vez más seguro de lo que la vida aporta en respuesta a los más insondables movimientos del corazón? Miraba mi destino avanzar en la oscuridad a mi lado y es imposible que una frase exprese hasta qué punto yo lo reconocía: no puedo expresar tampoco hasta qué punto era Laure hermosa, su belleza imperfecta era la móvil imagen de un destino incierto y ardiente. (La transparencia fulgurante de semejantes noches es igualmente indecible.) Por lo menos, quien ama más allá de la tumba tiene el derecho de liberar en él el amor de sus límites humanos y de no dudar en darle tanto sentido como a nada de los demás que le parezca concebible."

Hasta su muerte, Laure viviría con él.

A su lado, cruzándolos, pasa un profundo movimiento del pensamiento político, poético y teórico. El que une a Georges Bataille a Raymond Queneau mediante el Cercle Communiste Democratique; a André Breton, a Paul Eluard y al grupo surrealista en Contre-Attaque; a Michel Leiris y Roger Caillois en el College de Sociologie; a Pierre Klossowski y André Masson, por Acéphale. El pensamiento y la escritura de Laure van junto a Georges Bataille, espejándolo, respondiéndole y a veces, precediéndolo.

ANDRÉ MASSON





AUBREY BEARDSLEY

LO SAGRADO

... Yo no habitaba la vida sino la muerte.
Tan lejos como recuerdo
los cadáveres se erguían delante de mí:
"Por más que te ocultes, te apartes, reniegues...
eres bien de la familia y serás de los nuestros esta noche".
Discurrían tiernos e irónicos,
o bien,
a imagen de ese Cristo, el eterno humillado,
el verdugo demente,
me tendían los brazos.
De Occidente a Oriente
de país en país
de ciudad en ciudad
marchaba entre las tumbas.
Pronto el suelo me faltó.
Fuese de hierba o pavimento,
yo flotaba,
suspendida entre cielo y tierra,
entre techo y suelo.
Mis ojos, doloridos y dados vuelta,
presentaban al mundo sus lóbulos fibrosos.
mis manos, ganchos de mutilados,
transportaban una herencia insensata.
Yo cabalgaba las nubes
con aires de loca desmelenada
o de mendiga de amistad.
Sintiéndome un poco monstruo,
ya no reconocía a los seres
que no obstante amaba.
Me vieron aterrizar
en el cielo de Diorama
donde helada hasta los huesos
me petrificaba lentamente
hasta convertirme
en un perfecto accesorio de decoración.

¿Qué color tiene para mí la noción misma de lo sagrado?

Lo sagrado es ese momento infinitamente raro en que la "parte eterna" que cada ser lleva en sí entra en la vida, es arrastrada en el movimiento universal, integrada a ese movimiento, realizada.

Es lo que yo he sentido como puesto en la balanza con la muerte, sellado por la muerte.

Esa permanencia de la amenaza de muerte es lo absoluto embriagador que arrebató la vida, la saca fuera de sí misma, proyecta afuera el fondo de mí misma como una erupción de volcán, una caída de meteoro.

He dado siempre los "pasos" más decisivos de mi vida en un estado de trance que sólo me permitía obrar hacia y contra toda traba (lucidez, debilidad física, etc. etc.)

Es por lo que yo hubiera dado mi vida.

Si un hombre no puede, si ya no puede experimentar ese sentimiento, su vida está privada de sentido, privada de lo sagrado.

Los calificativos a los que atribuyes un sentido sagrado como "prestigioso", "insólito", "peligroso", "prohibido", se me presentan terriblemente cargados de sentido y de seducción por sí mismos, seducción que alcanza para conferirles ese hechizo en el que uno se siente atrapado, fuera de lo cotidiano, ese desplazamiento, ese sentimiento de que algo pasa.

Pero, para mí, allí no está lo sagrado.

Cuando llamas "sagrado" al hecho de defender a un amigo contra las imposturas, o bien al hecho de tomar partido con violencia por aquello que se ama, no estoy de acuerdo. Ese momento en que la palabra es tan intensa como el sentimiento experimentado, es lo que yo llamo muy simplemente: los únicos momentos valederos de "la vida con los demás".

(Me apresuro a decirlo, no hay jamás ningún momento valedero en "mi vida con los demás", pero es un paréntesis superfluo que me llevaría demasiado lejos.)

En otro tiempo, sólo admitía esos "momentos valederos" y me encerraba en un mutismo total cuando no tenía la posibilidad de expresar aquello que contaba completamente para mí o al menos lo que encerraba un sentido hondo de consecuencias, cargado de expresiones. No soportaba más la banalidad en los otros que en mí misma (los discursos "para no decir nada").

¡Era una actitud poco humana!

Vuelvo a encontrarla en este hecho:

Alegrarse infinitamente de ver a los amigos... Después... depresión profunda al darse cuenta de que nada verdadero se ha intercambiado, que hemos estado afuera de nosotros mismos por no tener otra posibilidad o por triste cobardía.

La corrida pertenece a lo Sagrado porque hay amenaza de muerte y muerte real, pero sentida, experimentada por otros, con otros.

Imagina una corrida para ti solo.

(a explicar largamente)

Todo lo que surge de la razón de ser es sagrado para mí, razón de ser aún, razón de vida, de muerte.

Lo que priva a la existencia de toda posibilidad de sentir lo sagrado: conservación

de formas, mantenimiento de circunstancias exteriores que ya no corresponden a la *verdad* del ser.

Algunos preferirán siempre que el suelo falte bajo sus pies – a todo riesgo: muerte o locura – pero que la vida siga.

Lo contrario.

O si no se llega:

Lastimosa *comedia*,
infantilismo senil,
ceceos,

tartamudeos, falsa puerilidad, regresión, impotencia y a un grado más bajo aún: Cínismo, vulgaridad, escepticismo, perversión total del ser moral.

Alteración, como el agua de la fuente más pura se altera en los pantanos.

Contra aquellos que hacen de la vida ese pantano, jamás suficiente crueldad, intransigencia: alejarse de ellos como de la peste.

¿“Toda emoción poética es sagrada”?

De acuerdo, considerando (por ejemplo, y para abreviar) el suicidio de Nerval. Sí, pero ¿la destrucción de Rimbaud?

El momento sagrado, estado de gracia infinitamente raro.

Hay estados “pre-sagrados” a los que les falta solamente un elemento para completar lo sagrado.

Pre-sagrado en mi infancia,
por ejemplo, a los ocho-nueve años.

Estoy tendida en un jardín, sobre el césped. El césped presenta en un determinado sitio una sobreelevación marcada en forma cónica. Me instalo de manera que mi nuca quede exactamente en la cima, así mi cabeza está “volcada” y puedo “ver mejor el cielo”.

La primera vez, mi hermana está cerca mío – aquella a quien hago las grandes preguntas, aquella en quien confío –, le digo: “...pero detrás de ese cielo, ¿hay otro?”

Ella ríe y me dice que hay muchos otros. Yo río también y digo que “por supuesto ya que está el séptimo cielo”. Ella se pone seria y me explica que estamos rodeados de cielo, que la tierra gira, que el cielo no tiene fin.

Se va.

Permanezco allí largo tiempo, inmóvil, soñando interminablemente, tratando de representarme físicamente el infinito. Una terrible angustia se apodera de mí pero no me muevo y pronto llego a “sentir” la tierra que gira. Mi cabeza puesta en esa posición “giraba de verdad y con violencia”.

Cada noche, cuando los ruidos se aplacaban, yo volvía allí para encontrar esa sensación de tierra que gira y sentirme en ella, arrastrada en ese vértigo.

En el mismo orden:

En el toilette de mi madre, dos grandes espejos se enfrentaban.

Yo me situaba de manera de interponer solamente mi cabeza entre los dos grandes espejos y veía innumerables cabezas.

Intentaba contarlas.

Era imposible.

Eso me irritaba y no me cansaba de intentarlo con una fatiga extraordinaria y una gran angustia.

Otras veces interponía objetos y los movía.

Era verdaderamente un juego mágico.

Pienso simplemente que, al igual que en el jardín, ese primer contacto con la idea de infinito (con que *juega* un niño un juego en medio del cual no desearía ser sorprendido por *nada del mundo*) tiene algo de sagrado, en cuanto ese juego es seguido de angustia, no se produce sino a ciertas horas, en el momento en que se sabe "que no hay nadie", y tiene la apariencia de una especie de meditación viviente. Estado resurgido como recuerdo en algunos momentos muy agudos de mi vida. La permanencia de esa sensación hace pensar en ese choque de una parte eterna de uno mismo con el universo, pero allí falta: 1) la noción de muerte, no obstante presente por sensación física; 2) el compartirlo "con otros".

Un recuerdo que me parece resumir completamente mi noción de lo Sagrado. Surge de la fe por la que nos sentimos preparados para morir. Tiene que ver con la partida de mi padre para el frente —partida particularmente trágica por circunstancias extrañas (a explicar) y que provocó en mí un estado de exaltación total, hecha de presentimiento cierto, de sacrificio aceptado de antemano y delante del rostro mismo del sacrificado. Esto, a los once años, mezclado con los cantos de la multitud en delirio — cantos a los que yo uno mi voz que por momentos se apaga bruscamente, conmoción física total.

Incapacidad de retomar la vida física por muchos días.

Canto a los gritos *La Marsellesa* y la *Canción de la Partida* durante días enteros.

Una compañera de curso que encuentro en el subte, vestida de luto por la muerte de su padre, me avergüenza.

Me uno a la idea de los sociólogos, lo Sagrado mezclado con lo social para que sea *sagrado*.

Para que eso *sea*, es preciso a mi parecer que sea sentido por los demás, en comunión con otros.

Imagina una corrida para ti solo.

Me hace falta público.

La obra poética es sagrada en cuanto es creación de un hecho tópico, "comunicación" experimentada como la *desnudez*. Es violación de sí misma, un desnudarse, comunicación a los otros de lo que es razón de vivir, ahora bien esa razón de vivir se "desplaza".

Lo que me afirma con bastante fuerza para negar a los demás.

BLANCA VARELA
ROSARIO CASTELLANOS



BLANCA VARELA

VALSES

No sé si te amo o te aborrezco
como si hubieras muerto antes de tiempo
o estuvieras naciendo poco a poco
penosamente de la nada siempre.

Porque es terrible comenzar nombrándote
desde el principio ciego de las cosas
con colores con letras y con aire.

Violeta rojo azul amarillo naranja
melancólicamente
esperanzadamente
absurdamente
eternamente.

Una mujer joven y su hija muy pequeña (las recuerdo perfectamente, la niña tenía un abrigo rojo sucio y pesadas botas de goma) me empujaron para ser las primeras en presenciar el espectáculo.

Yo estaba en Bleeker Street, con un pan italiano bajo el brazo. Primero escuché sirenas, luego cerraron la calle que dejé atrás. Alguien se había arrojado por una ventana. Seguí caminando. No pude evitarlo. Iba cantando.

“Mi noche ya no es noche por lo oscura”

A unos cuantos pasos de esa esquina, de esa casa, bajo esa misma ventana alta y negra, la noche anterior había comprado salchichas y cebollas. Era una noche muy fría, tres muchachos tocaban jazz en la acera y un escocés con barba, un escocés auténtico, llevaba por el talle a una menuda japonesa. Parecían verdaderamente enamorados.

Esta mañana también era muy fría. Había nieve sucia, irreconocible. Un ebrio dormía profundamente, como un ángel, en la escalera de un sótano. Al lado, en la vitrina de una tienda de modas, un formidable sol de cartón sonreía.

Vienes entonces desde mis entrañas
como un negro dulcísimo resplandor
así de golpe.

Un río de colores entre sombras
sombras que me deslumbran
colores que me ciegan
criaturas del alma.

Naces como una mancha voraz en mi pecho
como un trino en el cielo
como un camino desconocido.

Mas luego retrocedes te agazapas
y saltas al vacío
y me dejas al filo del océano
sin sirenas en torno
nada más que el inmundo el bellissimo azul
el inclemente azul
el deseo.

“Juguete del destino”

El negro me dio alcance.

– Give me a quarter.

– No hablo inglés, no tengo plata.

La palma de su mano extendida era rosada y la línea de la vida parecía un corte, una cicatriz que se perdía bajo el puño deshilachado.

– No entiendo.

– Give me money... Son of a bitch.

Me alejé. Se quedó parado, con las piernas abiertas, hundidas entre la nieve sucia, maldiciéndome.

Al voltear la esquina encontré la plaza desierta.

“Tu débil hermosura”

Hedores y tristeza
devorando paraísos de arena
sólo este subterráneo perfume
de lamento y guitarras
y el gran dios roedor
y el gran vientre vacío.

(¿Cuál de tus rostros amo
cuál aborrezco?)

¿Dónde nací
en qué calle aprendí a dudar
de qué balcón hinchado de miseria
se arrojó la dicha una mañana
dónde aprendí a mentir
a llevar mi nombre de seis letras negras
como un golpe ajeno?)

*Había un sol débil sobre Washington Square, muy débil.
Los árboles parecían alambres retorcidos y luego estirados
a la fuerza; como si los hubieran puesto entre dos vidrios
amarillos. Desde lejos me hacían pensar en delicadas colum-
nas vertebrales de insectos. Bonita cosa: huesos de insectos.
El bar que había frente a casa estaba cerrado con un inmen-
so candado negro. Me di cuenta de que era domingo.*

Siempre amé lo confieso
tus paredes aladas transparentes
con enredaderas de campanillas
como en Barranco cuando niña
miraba a una pareja besarse bajo un árbol.

Tras la ventana adoraba mi fiebre
mi enfermedad llena de espejos
dónde yo era todo a un tiempo
el árbol la caricia
la sombra que ocultaba el rostro de los amantes
y la tarde abriéndose como una fruta otoñal
sobre el acantilado a la izquierda
como para enseñarme que el crepúsculo
llega primero al lado del corazón.

Hogueras en un huerto
donde las horas danzaban sin prisa.
El minuto era eterno.

¡Qué misteriosas voces!
¿Por qué cantaban entonces?

*Esperé que cambiara la luz. Ningún auto venía. Sólo un
ciclista pasó cantando muy fuerte, con voz de tenor. Tenía
anteojos, una bufanda roja que flotaba, y la voz salía como
humo de su boca. La escuché hasta que se perdió, cada vez
más delgada y clara, en la larga y estrecha calle de depósitos
clausurados.*

La última palabra que escuché fue corazón. Era una canción de Frank Sinatra.

La plaza continuaba desierta. Miento. Muy lejos, casi junto al arco, exactamente entre la fuente y el arco, caminaba un ciego. Me di cuenta de que era ciego porque llevaba un bastón blanco y tenía el aire de no ir a ninguna parte. Me puse los anteojos para ver bien al ciego. No me había equivocado, estaba dando vueltas alrededor de la fuente.

“En tu recuerdo vivo”

Desde lejos bajo el cielo del alma
donde nacen palabras que el amor ilumina
desde allí acostumbraba a cubrirte de joyas
hiriendo tu invisible descolorido seno
con mis nardos de fuego.
Con qué dulzura apartaba
ese velo de lágrimas ausentes
y descubría tu apretada boca
imaginando tu risa
el alba frente al puerto
las gaviotas tu bienvenida
el sol recién nacido
y los viejos perfumes del mar.

Todo era tuyo en ese cielo
maderas roja sal y un abrazo
de negras cuerdas que el viento rasga sin prisa.
Y peces y estrellas y medusas
y alguna barca con un nombre de niña
y la isla nacida tras el salto del bufeo.

Crucé la calle y sentí que el cielo era más oscuro a mi derecha. A ese lado las torres más altas de Wall Street parecían dibujadas con carbón, en un solo plano gris lavado con delicadas manchas amarillas y rosas. Cuestión de óptica, parecían un decorado de teatro.

Sabía que estaban muy lejos y, sin embargo, me parecía también que se inclinaban peligrosamente sobre mi cabeza. Las puertas de vidrio giraron y reflejaron todo: la plaza, el sol débil, las torres, el bar cerrado, el semáforo.

– Good morning Mrs. Szyszlo.

– Buenos días Joe.

– ¡Nice weather!

– Sí, Joe. Es un lindo día.

Hoy prisionera en tu vértigo gris
dentro de ti
no sé si te amo o si aborrezco
el rosa exangüe de tu carne
tu degollado resplandor
el río de ojos muertos que jamás te posee
su polvorienta melodía de guijarros
el verano de frutas corrompidas
tus llagas sin cubrir
el negro milagro de tu frente
hinchada de vacío
mendiga que me acosas con el corazón en los dientes
acusándome del crimen cometido en sueños.
No sé si te amo o te aborrezco
porque vuelvo
sólo para nombrarte desde adentro
desde este mar sin olas
para llamarte madre sin lágrimas
impúdica
amada a la distancia
remordimiento y caricia
leprosa desdentada
mía.

DEL ORDEN DE LAS COSAS

a Octavio Paz

Hasta la desesperación requiere un cierto orden. Si pongo un número contra un muro y lo ametrallo soy un individuo responsable. Le he quitado un elemento peligroso a la realidad. No me queda entonces sino asumir lo que queda: el mundo con un número menos.

El orden en materia de creación no es diferente. Hay diversas posturas para encarar este problema, pero todas a la larga se equivalen. Me acuesto en una cama o en el campo, al aire libre. Miro hacia arriba y ya está la máquina funcionando. Un gran ideal o una pequeña intuición van pendiente abajo. Su única misión es conseguir llenar el cielo natural o el falso.

Primero se verán sombras y, con suerte, uno que otro destello; presentimiento de luz, para llamarlo con mayor propiedad. El color es ya asunto de perseverancia y de conocimiento del oficio.

Poner en marcha una nebulosa no es difícil, lo hace hasta un niño. El problema está en que no se escape, en que entre nuevamente en el campo al primer pitazo.

Hay quienes logran en un momento dado ponerlo todo allí arriba o aquí abajo, pero ¿pueden conservarlo todo allí? Ese es el problema.

Hay que saber perder con orden. Ese es el primer paso. El abc. Se habrá logrado una postura sólida. Piernas arriba o piernas abajo, lo importante, repito, es que sea sólida, permanente.

Volviendo a la desesperación: una desesperación auténtica no se consigue de la noche a la mañana. Hay quienes necesitan toda una vida para obtenerla. No hablemos de esa pequeña desesperación que se enciende y apaga como una luciérnaga. Basta una luz más fuerte, un ruido, un golpe de viento, para que retroceda y se desvanezca.

Y ya con esto hemos avanzado algo. Hemos aprendido a perder conservando una postura sólida y creemos en la eficacia de una desesperación permanente.

Recomencemos: estamos acostados bocarriba (en realidad la posición perfecta para crear es la de un ahogado semienterrado en la arena). Llamemos cielo a la nada, esa nada que ya hemos conseguido situar. Pongamos allí la primera mancha. Contemplémosla fijamente. Un pestañeo puede ser fatal. Este es un acto intencional y directo, no cabe la duda. Si logramos hacer girar la mancha convirtiéndola en un punto móvil el contacto estará hecho. Repetimos: desesperación, asunción del fracaso y fe. Este último elemento es nuevo y definitivo.

Llaman a la puerta. No importa. No perdamos las esperanzas. Es cierto que se borró el primer grumo, se apagó la luz de arriba. Pero se debe contestar, desesperadamente, conservando la posición correcta (bocarriba, etc.) y llenos de fe: ¿quién es?

Con seguridad el intruso se habrá marchado sin esperar nuestra voz. Así es siempre. No nos queda sino volver a empezar en el orden señalado.

CAMINO A BABEL

Un alma sí un alma que anduvo por las ciudades
vestida de perro y de hombre

un alma de gaznápiro (pájaro errante que acostumbra anidar
a la intemperie a la hora precisa de
las catástrofes y de las grandes migraciones)

pájaro de la urbe

pájaro de la cocina

escoria azul de la mañana que interrumpe nuestras meditaciones nocturnas

un súbito un impensado un imperioso carareo

de pajarraco solar encaramado en el árbol mañanero

que destila café instantáneo

y angustia

(hiel áurea amarga conciencia ausencia
automática de dios inminencia de la mirada
extraña y delimitadora orfandad amorosa)

“si yo encontrara un alma como la mía”

Eso no existe

pero sí la musiquilla dulzona y apocalíptica

anunciadora del contoneo atávico
sobre el hueco y el tembladeral
y la carne dormida sobresaltada
mar perseguido mar aprisionado mar calzado
con botas de 7 leguas
7 colores 7 colores 7
cuerpo arcoiris
cuerpo de 7 días y 7 noches
que son uno
camaleón blanco consumido en el fuego de 7 leguas capitales

mar settimana
cuerpo orilla de otro cuerpo
pentagrama de 7 notas exactas
repetidas constantes invariables
hasta la consumación del propio tiempo
ergo

- 1 detén la barca florida
- 2 hunde tu mano en la corriente
- 3 pregúntate a ti mismo
- 4 responde por los otros
- 5 muestra tu pecho
- 6 da de tu mar al sediento
- 7 olvida

amén

Pero sucede que llegó la primavera y decidimos echar abajo techos y paredes. Sitio, sitio para el cielo, para sus designios.

Dormimos con los animales, a campo raso. Juntos, el uno sobre el otro, el uno en el otro.

Soledad infinita del amor bajo toda luz.

Y desperté a la mañana siguiente con su cabeza sobre mis hombros, ciega por sus ojos. Bianca, alucinatta tutta.

A César lo que le pertenece y al cielo la espalda sacudida por el amor y el temor y el tedio y la esperanza, etc.

Pasó a toda máquina la primavera. Pitando.

La casa estaba intacta ordenada por sus fantasmas habituales.

El padre en el sitio del padre, la madre en el sitio de la madre y el caos bullendo en la blanca y rajada sopera familiar hasta nuevo mandato.

Y sucedió también que
fatigados los comediantes
se retiraron hasta la muerte.

Y las carpas del circo se abatieron ante el viento
implacable
de la realidad cotidiana.

Y si me preguntan diré que he olvidado todo
que jamás estuve allí
que no tengo patria ni recuerdos
ni tiempo disponible para el tiempo
que a veces
me despierta una mirada
que ávidamente se traga la oscuridad
y que esos ojos azules son restos de alguna luz
restos de algún naufragio
signos del deseo
y de la agonía del deseo
y que nosotros
los poetas los amnésicos los tristes
los sobrevivientes de la vida
no caemos tan fácilmente en la trampa
y que
pasado presente y futuro
son nuestro cuerpo
una cruz sin el éxtasis gratificante del calvario
y que no hay otra salida
sino la puerta de escape que nos entrega
a la enloquecedora jauría de nuestros sueños
nosotros o ellos
acertijo joker moneda perdida en el aire.
Tibios temblorosos nonatos
sin estirpe ni prole
dispuestos siempre.

(aquí un alto en la jornada, al escoger; una marcha militar, un sorbo de cualquier
bebida gaseosa (de preferencia cerveza), cualquier necesidad física al aire libre, ciga-
rillos, abandono y goma de mascar.)

Y cuando ya en el piso del vértigo
como una tórtola de ojos dulces y rojos empollas
meciéndote en el andamio que cruje
¿qué puede importarte?
Nada te toca
ni la nube cargada de eléctrica primavera
que envidiabas no hace mucho
ni el recuerdo satinado obsesivo
del pecho que te hechizaba desde lejos
ni los pregones callejeros
de la putañera fortuna que te invitaba a bailar
algunas noches de ronda

Harta de timo y de milagros
de ensayar el trapecio hasta la parálisis
de la iniciación de cada día
de haberte tragado el sapo con la sopa
el sapo de la náusea pura y de la náusea práctica
et alors?

Ya no te queda nada
de los dones de las hadas
sino tu hipo melancólico
y tu ombligo pequeño y negro
que todavía no se borra
centro del mundo centro del caos y de la eternidad
como las líneas de tu mano
por donde corren ríos inmemoriales
y cataratas de tus ojos al firmamento
como única urdimbre de la realidad
oro de lágrimas y grima del oro
y tu lengua de mil traiciones
peaje para el paraíso de la boca ajena
cerrada y dulcísima
como un dátil o una aceituna.

Como en las coplas de los ciegos
hay un relente obcecado de eternidad y miseria.
Ayúdame mantra purísima
divinidad del esófago y el píloro.
Si golpeas infinitas veces tu cabeza contra lo imposible
eres el imposible
el otro lado
el que llega
el que parte
el que entiende lo indecible
el santo del desierto que se traga la lengua
el que vuelve a nacer forzando a la madre de su madre
el nadador contra la corriente
el que asciende de mar a río
de río a cielo
de cielo a luz
de luz a nada.

VALS DEL ANGELUS

Ve lo que has hecho de mí, la santa más pobre del museo, la de la última sala, junto
a las letrinas, la de la herida negra como un ojo bajo el seno izquierdo.
Ve lo que has hecho de mí, la madre que devora a sus crías, la que se traga sus lágrimas
y engorda, la que debe abortar en cada luna, la que sangra todos los días del año.
Así te he visto, virtiendo plomo derretido en las orejas inocentes, castrando bueyes.

arrastrando tu azucena, tu inmaculado miembro, en la sangre de los mataderos. Disfrazado de mago o proxeneta en la plaza de la Bastilla — Jules te llamabas ese día y tus besos hedían a fósforo y cebolla. De general en Bolivia, de tanquista en Vietnam, de eunuco en la puerta de los burdeles de la plaza México.

Formidable pelele frente al tablero de control; gran chef de la desgracia revolviendo catástrofes en la inmensa marmita celeste.

Ve lo que has hecho de mí.

Aquí estoy por tu mano en esta ineludible cámara de tortura, guiándome con sangre y con gemidos, ciega por obra y gracia de tu divina baba.

Mira mi piel de santa envejecida al paso de tu aliento, mira el tambor estéril de mi vientre que sólo conoce el ritmo de la angustia, el golpe sordo de tu vientre que hace silbar al prisionero, al feto, a la mentira.

Escucha las trompetas de tu reino. Noé naufraga cada mañana, todo mar es terrible, todo sol es de hielo, todo cielo es de piedra.

¿Qué más quieres de mí?

Quieres que ciega, irremediabilmente a oscuras deje de ser el alacrán en su nido, la tortuga desollada, el árbol bajo el hacha, la serpiente sin piel, el que vende a su madre con el primer vagido, el que sólo es espalda y jamás frente, el que siempre tropieza, el que nace de rodillas, el viperino, el potroso, el que enterró sus piernas y está vivo, el dueño de la otra mejilla, el que no sabe amar como a sí mismo porque siempre está solo. Ve lo que has hecho de mí. Predestinado estiércol, ciego de ojos vaciados.

Tu imagen en el espejo de la feria me habla de una terrible semejanza.

AUVERS - SUR - OISE

Nadie te va a abrir la puerta.

Sigue golpeando. Insiste.

Al otro lado se oye música. No. Es la campanilla del teléfono.

Te equivocas.

Es un ruido de máquinas, un jadeo eléctrico, chirridos, latigazos.

No. Es música.

No. Alguien llora muy despacio.

No. Es un alarido agudo, una enorme altísima lengua que lame el cielo pálido y vacío.

No. Es un incendio.

Todas las riquezas, todas las miserias, todos los hombres, todas las cosas desaparecen en esa melodía ardiente.

Tú estás solo, al otro lado.

No te quieren dejar entrar.

Busca, rebusca, trepa, chilla. Es inútil.

Sé el gusanito transparente, enroscado, insignificante.

Con tus ojillos mortales dale la vuelta a la manzana, mide con tu vientre turbio y caliente su inexpugnable redondez.

Tú, gusanito, gusaboca, gusaoído, dueño de la muerte y de la vida. No puedes entrar. Dicen.

Tal vez en primavera.
Deja que pase esta sucia estación de hollín y lágrimas hipócritas.
Hazte fuerte. Guarda miga sobre miga. Haz una fortaleza
de toda la corrupción y el dolor.
Llegado el tiempo tendrás alas y un rabo fuerte de toro
o de elefante para liquidar todas las dudas, todas las
moscas, todas las desgracias.

Baja del árbol.

Mírate en el agua. Aprende a odiarte como a tí mismo.
Eres tú. Rudo, pelado, primero en cuatro patas, luego
en dos, después en ninguna.

Arrástrate hasta el muro, escucha la música entre las
piedrecitas. Llámalas siglos, huesos, cebollas.

Da lo mismo. Las palabras, los nombres, no tienen importancia. Escucha la música.
Sólo la música.

A lo mejor eres tú mismo el tren que pita y se mete
bajo la tierra rumbo al infierno o

la estrella de chatarra que te lleva frente a otro muro lleno de espejos y de gestos,
endiablados gestos

sin dueño y

tú tras ellos, solo, feliz propietario de una boca escarlata que muge.

Pega el oído a la tierra que insiste en levantarse y respirar. Acaríciala como si fuera
carne, piel humana

capaz de conmoverte, capaz de rechazarte.

Acepta la espera que no siempre hay lugar en el caos.

Acepta la puerta cerrada, el muro cada vez más alto, el
saltito, la imagen que te saca la lengua.

No te trepes sobre los hombros de los
fantasmas que es ridículo caerse de trasero
with music in your soul.

Porque ya no eres un ángel

sino un hombre solo sobre dos pies cansados
sobre esta tierra que gira

y es

terriblemente joven todas las mañanas.

Porque sólo tú sabes que hay música, jadeos, incendios, máquinas que escupen
verdades y mentiras a los cuatro vientos,

vientos que te empujan al otro lado, a tu hueco
en el vacío, a la informe felicidad del ojo ciego, del oído sordo,
de la lengua, del muñón angélico.

Porque tú gusano, ave, simio, viajero, lo único que no sabes es morir ni creer en la
muerte, ni aceptar que eres tú mismo tu vientre turbio y caliente, tu lengua colo-
rada, tus lágrimas y esa música loca que se escapa de tu oreja desgarrada.

ROSARIO CASTELLANOS

LAMENTACION DE DIDO

Guardiana de las tumbas; botín para mi hermano, el de la corva garra de gavián;
nave de airosas velas, nave graciosa, sacrificada al rayo de las tempestades;
mujer que asienta por primera vez la planta del pie en tierras desoladas
y es más tarde nodriza de naciones, nodriza que amamanta con leche de sabiduría
y de consejo;
mujer siempre, y hasta el fin, que con el mismo pie de la sagrada peregrinación
sube —arrastrando la oscura cauda de su memoria—
hasta la pira alzada del suicidio.

Tal es el relato de mis hechos. Dido mi nombre. Destinos
como el mío se han pronunciado desde la antigüedad con palabras hermosas y nobi-
lísticas.

Mi cifra se grabó en la corteza del árbol enorme de las tradiciones.
Y cada primavera, cuando el árbol retoña,
es mi espíritu, no el viento sin historia, es mi espíritu el que estremece y el que hace
cantar su follaje.

Y para renacer, año con año,
escojo entre los apóstrofes que me coronan, para que resplandezca con un resplan-
dor único,
éste, que me da cierto parentesco con las playas:
Dido, la abandonada, la que puso su corazón bajo el hachazo de un adiós tremendo.

Yo era lo que fui: mujer de investidura desproporcionada con la flaqueza de su
ánimo.

Y, sentada a la sombra de un solio inmerecido,
temblé bajo la púrpura igual que el agua tiembla bajo el légamo.
Y para obedecer mandatos cuya incomprensibilidad me sobrepasaba recorrí las bal-
dosas de los pórticos con la balanza de la justicia entre mis manos
y pesé las acciones y declaré mi consentimiento para algunas —las más graves—.

Esto era en el día. Durante la noche no la copa del festín, no la alegría de la serenata,
no el sueño deleitoso.

Sino los ojos acechando en la oscuridad, la inteligencia batiendo la selva intrincada
de los textos

para cobrar la presa que huye entre las páginas.

Y mis oídos, habituados a la ardua polémica de los mentores,
llegaron a ser hábiles para distinguir el robusto sonido del oro
del estrépito estéril con que entrechocan los guijarros.

De mi madre, que no desdeñó mis manos y que me las ungió desde el amanecer con
la destreza,
heredé oficios varios; cardadora de lana, escogedora del fruto que ilustra la estación
y su clima,
despabiladora de lámparas.

Así pues tomé la rienda de mis días: potros: potros domados, conocedores del camino, reconocedores de la querencia.

Así pues ocupé mi sitio en la asamblea de los mayores.
Y a la hora de la partición comí apaciblemente el pan que habían amasado mis
deudos.

Y con frecuencia sentí deshacerse entre mi boca el grano de sal de un acontecimiento
dichoso.

Pero no dilapidé mi lealtad. La atesoraba para el tiempo de las lamentaciones,
para cuando los cuervos aletean encima de los tejados y mancillan la transparencia
del cielo con su graznido fúnebre;
para cuando la desgracia entra por la puerta principal de las mansiones
y se la recibe con el mismo respeto que a una reina.

De este modo transcurrió mi mocedad: en el cumplimiento de las menudas tareas
domésticas: en la celebración de los ritos cotidianos; en la asistencia a
los solemnes acontecimientos civiles.

Y yo dormía, reclinando mi cabeza sobre una almohada de confianza.
Así la llanura, dilatándose, puede creer en la benevolencia de su sino,
porque ignora que la extensión no es más que la pista donde corre, como un atleta
vencedor,

enrojecido por el heroísmo supremo de su esfuerzo, la llama del incendio.
Y el incendio vino a mí, la predación, la ruina, el exterminio
¡y no he dicho el amor!, en figura de náufrago.

Esto que el mar rechaza, dije, es mío.

Y ante él me adorné de la misericordia como del brazalete de más precio.

Yo te conjuro, si oyes, a que respondas: ¿quién esquivó la adversidad alguna vez?
¿Y quién tuvo a desdoro llamarle huésped suya y preparar la sala del
convite?

Quien lo hizo no es mi igual. Mi lenguaje se entronca con el de los inmoladores de
sí mismos.

El cuchillo bajo el que se quebró mi cerviz era un hombre llamado Eneas.

Aquel Eneas, aquel, piadoso con los suyos solamente;

acogido a la fortaleza de muros extranjeros; astuto, con astucias de bestia perseguida;
invocador de númenes favorables; hermoso narrador de infortunios y hombre de
paso; hombre

con el corazón puesto en el futuro.

—La mujer es la que permanece; rama de sauce que llora en las orillas de los ríos.

Y yo amé a aquel Eneas, a aquel hombre de promesa jurada ante otros dioses.

Lo amé con mi ceguera de raíz, con mi soterramiento de raíz, con mi lenta fidelidad de raíz.

No, no era la juventud. Era su mirada lo que así me cubría de florecimientos repentinos. Entonces yo fui capaz de poner la palma de mi mano, en signo de alianza, sobre la frente de la tierra. Y vi acercarse a mí, amistadas, las especies hostiles. Y vi también reducirse a número los astros. Y oí que el mundo tocaba su flauta de pastor.

Pero esto no era suficiente. Y yo cubrí mi rostro con la máscara nocturna del amante. Ah, los que aman apuran tósigos mortales. Y el veneno enardeciendo su sangre, nublando sus ojos, trastornando su juicio, los conduce a cometer actos desatentados; a menospreciar aquello que tuvieron en más estima; a hacer escarnio de su túnica y a arrojar su fama como pasto para que hocen los cerdos.

Así, aconsejada de mis enemigos, di pábulo al deseo y maqué satisfacciones ilícitas y tejí un espeso manto de hipocresía para cubrirlas.

Pero nada permanece oculto a la venganza. La tempestad presidió nuestro ayuntamiento; la reprobación fue el eco de nuestras decisiones.

Mirad, aquí y allá, esparcidos, los instrumentos de la labor. Mirad el ceño del deber defraudado. Porque la molicie nos había reblandecido los tuétanos.

Y convertida en antorcha yo no supe iluminar más que el desastre.

Pero el hombre está sujeto durante un plazo menor a la embriaguez. Lúcido nuevamente, apenas salpicado por la sangre de la víctima, Eneas partió.

Nada detiene al viento. ¡Cómo iba a detenerlo la rama de sauce que llora en las orillas de los ríos!

En vano, en vano fue correr, destrenzada y frenética, sobre las arenas humeantes de la playa.

Rasgué mi corazón y echó a volar una bandada de palomas negras. Y hasta el anochecer permanecí, incólume como un acantilado, bajo el brutal abalanzamiento de las olas.

He aquí que al volver ya no me reconozco. Llego a mi casa y la encuentro arrasada por las furias. Ando por los caminos sin más vestidura para cubrirme que el velo arrebatado a la vergüenza; sin otro cingulo que el de la desesperación para apretar mis sienes. Y, monótona zumbadora, la demencia me persigue con su aguijón de tábano.

Mis amigos me miran al través de sus lágrimas; mis deudos vuelven el rostro hacia otra parte. Porque la desgracia es espectáculo que algunos no deben contemplar.

Ah, sería preferible morir. Pero yo sé que para mí no hay muerte. Porque el dolor — ¿y qué otra cosa soy más que dolor? — me ha hecho eterna.

VALIUM 10

A veces (y no trates
de restarle importancia
diciendo que no ocurre con frecuencia)
se te quiebra la vara con que mides,
se te extravía la brújula
y ya no entiendes nada.

El día se convierte en una sucesión
de hechos incoherentes, de funciones
que vas desempeñando por inercia y por hábito.

Y lo vives. Y dictas el oficio
a quienes corresponde. Y das la clase
lo mismo a los alumnos inscritos que al oyente.
Y en la noche redactas el texto que la imprenta
devorará mañana.
Y vigilas (oh, sólo por encima)
la marcha de la casa, la perfecta
coordinación de múltiples programas
—porque el hijo mayor ya viste de etiqueta
para ir de chambelán a un baile de quince años
y el menor quiere ser futbolista y el de en medio
tiene un póster del Che junto a su tocadiscos—.

Y repasas las cuentas del gasto y reflexionas,
junto a la cocinera, sobre el costo
de la vida y el ars magna combinatoria
del que surge el menú posible y cotidiano.

Y aún tienes voluntad para desmaquillarte
y ponerte la crema nutritiva y aún leer
algunas líneas antes de consumir la lámpara.

Y ya en la oscuridad, en el umbral del sueño,
echas de menos lo que se ha perdido:
el diamante de más precio, la carta

de marear, el libro
con cien preguntas básicas (y sus correspondientes
respuestas) para un diálogo
elemental siquiera con la Esfinge.

Y tienes la penosa sensación
de que en el crucigrama se deslizó una errata
que lo hace irresoluble.

Y deletreas el nombre del Caos. Y no puedes
dormir si no destapas
el frasco de pastillas y si no tragas una
en la que se condensa,
químicamente pura, la ordenación del mundo.

DESTINO

Matamos lo que amamos. Lo demás
no ha estado vivo nunca.
Ninguno está tan cerca. A ningún otro hiere
un olvido, una ausencia, a veces menos.
Matamos lo que amamos. ¡Que cese ya esta asfixia
de respirar con un pulmón ajeno ¡
El aire no es bastante
para los dos. Y no basta la tierra
para los cuerpos juntos
y la ración de la esperanza es poca
y el dolor no se puede compartir.

El hombre es animal de soledades,
ciervo con una flecha en el ijar
que huye y se desangra.

Ah, pero el odio, su fijeza insomne
de pupilas de vidrio; su actitud
que es a la vez reposo y amenaza.

El ciervo va a beber y en el agua aparece
el reflejo de un tigre.

El ciervo bebe el agua y la imagen. Se vuelve
—antes que lo devoren— (cómplice, fascinado)
igual a su enemigo.

Damos la vida sólo a lo que odiamos.

PROPOSICION DE LA BOA

(A las puertas de la Tour d'Argent)

No comas nunca nada
que no seas capaz de digerir,
que no seas capaz de vomitar.

PRIVILEGIO DEL SUICIDA

El que se mata mata al que lo amaba.
Detiene el tiempo —el tiempo que es de todos
y no era sólo suyo—
en un instante: aquel en que alzó el vaso
colmado de veneno;
en que segó la yugular; en que
hendió con largos gritos el vacío.

Ah, la memoria atónita, sin nada más que un huésped;
la atención que regresa como un tábano
siempre hasta el mismo punto intraspasable
y la esperanza que amputó sus pies
para ya no tener que ir más allá.

Ay, el sobreviviente,
el que se pudre a plena luz, sepulcro
de par en par abierto,
paseante de hediondecas y gusanos,
presencia inerme ante los ojos fijos
del juez ¿y quién entonces
nos osa empuñar la vara del castigo?

¡Condenación a vida!

(Mientras el otro, sin amarraduras,
alcanza la inocencia del agua, las esencias
simplísimas del aire
y, materia fundida en la materia
como el amante en brazos del amor,
se reconcilia con el universo.)

AJEDREZ

Porque éramos amigos y, a ratos, nos amábamos;
quizá para añadir otro interés
a los muchos que ya nos obligaban
decidimos jugar juegos de inteligencia.

Pusimos un tablero enfrente de nosotros:
equitativo en piezas, en valores,
en posibilidad de movimientos.
Aprendimos las reglas, les juramos respeto
y empezó la partida.

Hémos aquí, hace un siglo, sentados, meditando
encarnizadamente
cómo dar el zarpazo último que aniquile
de modo inapelable y, para siempre, al otro.

MEMORIAL DE TLATELOLCO

La oscuridad engendra la violencia
y la violencia pide oscuridad
para cuajar en crimen.

Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche
para que nadie viera la mano que empuñaba
el arma, sino sólo su efecto de relámpago.

Y a esa luz, breve y lívida, ¿quién? ¿Quién es el que mata?
¿Quiénes los que agonizan, los que mueren?
¿Los que huyen sin zapatos?
¿Los que van a caer al pozo de una cárcel?
¿Los que se pudren en el hospital?
¿Los que se quedan mudos, para siempre, de espanto?
¿Quién? ¿Quiénes? Nadie. Al día siguiente, nadie.

La plaza amaneció barrida; los periódicos
dieron como noticia principal
el estado del tiempo.
Y en la televisión, en la radio, en el cine
no hubo ningún cambio de programa,
ningún anuncio intercalado ni un
minuto de silencio en el banquete
(Pues prosiguió el banquete.)

No busques lo que no hay: huellas, cadáveres,
que todo se le ha dado como ofrenda a una diosa:
a la Devoradora de Excrementos.

No hurgues en los archivos pues nada consta en actas.
Ay, la violencia pide oscuridad
porque la oscuridad engendra el sueño
y podemos dormir soñando que soñamos.

Mas he aquí que toco una llaga: es mi memoria.
Duele, luego es verdad. Sangra con sangre.
Y si la llamo mía traiciono a todos.

Recuerdo, recordamos.

Esta es nuestra manera de ayudar que amanezca
sobre tantas conciencias mancilladas,
sobre un texto iracundo, sobre una reja abierta,
sobre el rostro amparado tras la máscara.

Recuerdo, recordemos
hasta que la justicia se siente entre nosotros.

PEQUEÑA CRONICA

Entre nosotros hubo
lo que hay entre dos cuando se aman:
sangre del himen roto. (¿Te das cuenta?
Virgen a los treinta años ¡y poetisa! Lagarto.)

La hemorragia mensual o esa en la que un niño
dice que sí, dice que no a la vida.

Y la vena

—mía o de otra ¿qué más da?— en que el tajo
suicida se hundió un poco o lo bastante
como para volverse una esquila mortuoria.

Hubo, quizá, también otros humores:
el sudor del trabajo, el del placer,
la secreción verdosa de la cólera,
semen, saliva, lágrimas.

Nada, en fin, que un buen baño no borre. Y me pregunto
con qué voy a escribir, entonces, nuestra historia.
¿Con tinta? ¡Ay! Si la tinta
viene de tan ajenos manantiales.

NINFOMANIA

Te tuve entre mis manos:
la humanidad entera en una nuez.

¡Qué cáscara tan dura y tan rugosa!

Y, adentro, el simulacro
de los dos hemisferios cerebrales
que, obviamente, no aspiran a operar
sino a ser devorados, alabados
por ese sabor neutro, tan insatisfactorio
que exige, al infinito,
una vez y otra y otra, que se vuelva a probar.

LA NOSTALGIA

Si te digo que fui feliz, no es cierto.

No creas lo que yo creo cuando me engaño.
El recuerdo embellece lo que toca:
te quita la jaqueca que tuviste,
el sopor de la siesta lo transfigura en éxtasis
y, en cuanto a ese zapato que apretaba
tanto que te impidió bailar el primer baile,
no hubo zapato. Mira: estás descalza, danzas
eternamente ingrávida en el círculo
cerrado de un abrazo.

Danzas sin esa doble barbilla de tu gula,
sin esa arruga artera
que está acechando alrededor de tu ojo.

ENTREVISTA DE PRENSA

Pregunta el reportero, con la sagacidad que le da la destreza de su oficio:
—¿Por qué y para qué escribe?

—Pero, señor, es obvio. Porque alguien (cuando yo era pequeña) dijo que gente como yo, no existe. Porque su cuerpo no proyecta sombra, porque no arroja peso en la balanza, porque su nombre es de los que se olvidan. Y entonces... Pero no, no es tan sencillo

Escribo porque yo, un día, adolescente, me incliné ante un espejo y no había nadie.
¿Se da cuenta? El vacío. Y junto a mí los otros chorreaban importancia.

No, no era envidia. Era algo más grave. Era otra cosa.
¿Comprende usted? Las únicas pasiones lícitas a esa edad son metafísicas.
No me malinterprete.

Y luego, ya madura, descubrí que la palabra tiene una virtud: si es exacta es letal como lo es un guante envenenado.

¿Quiere pasar a ver mi mausoleo?
¿Le gusta ese cadáver? Pero si es nada más una amistad inocua.
Y ésta una simpatía que no cuajó y aquél no es más que un feto. Un feto.

No me pregunte más. ¿Su clasificación?

En la tarjeta dice amor, felicidad, lo que sea. No importa.
Nunca fue viable. Un feto en su frasco de alcohol.
Es decir, un poema del libro del que usted hará el elogio.

POST-SCRIPTUM

Mi antagonista (que soy siempre yo) me dice:
Muy sencillo. Has resuelto tu problema
como Spinoza, "more geometricum":
un lugar, una forma para permanecer
y una función, quizá, para cumplir.

Pero se te ha olvidado decir quién supervisa
la coincidencia exacta
entre el tornillo y lo demás; quién firma
el visto bueno de los hechos. Quién...
y, en todo caso, para qué. O por qué.

Pues, evidentemente, nunca has pensado en esto
sino en salir del paso y ponerte a vivir
como si fuera necesario. En fin, muy femenino.

Pero, por Dios ¿no tienes vergüenza del mendrugo
que masticas, día a día, tan trabajosamente?
¿No te sublevas contra esta tarea circular
de mula en torno de la noria? Al menos
exige que te pongas anteojeras
para no ver que estás siempre en el mismo sitio.

¿Sabes? La metafísica dora todas las píldoras,
sirve de colagogo, lo mismo que la ética.
No la desprecies tanto, pues ya no eres tan joven.
Y las precisarás, como a la religión,
o cualquier otra droga cuando venga
el verdadero tiempo de agonía.

POESIA NO ERES TU

Porque si tú existieras
tendría que existir yo también. Y eso es mentira.

Nada hay más que nosotros: la pareja,
los sexos conciliados en un hijo,
las dos cabezas juntas, pero no contemplándose
(para no convertir a nadie en un espejo)
sino mirando frente a sí, hacia el otro

El otro: mediador, juez, equilibrio
entre opuestos, testigo,
nudo en el que se anuda lo que se había roto.

El otro, la mudez que pide voz
al que tiene la voz
y reclama el oído del que escucha.

El otro. Con el otro
la humanidad, el diálogo, la poesía, comienzan.

CONSEJO DE CELESTINA

Desconfía del que ama: tiene hambre,
no quiere más que devorar.
Busca la compañía de los hartos.
Esos son los que dan.

BLANCA VARELA nació en Lima y ha vivido en París y en Nueva York. Alejada en su soledad, ha publicado cuatro libros: *Ese Puerto Existe* (1959), *Luz de Día* (1963), *Valses y otras confesiones* (1972) y *Canto Villano* (que aún no hemos leído, en 1981). La ha prologado críticamente Octavio Paz. No tenemos más datos sobre su vida; sólo, quizás, agregar que compartió en París el espíritu de los surrealistas.

ROSARIO CASTELLANOS nació en la ciudad de México en 1925. Fue profesora de filosofía en la Universidad Nacional Autónoma, y embajadora de su país en Israel, donde falleció accidentalmente en 1974. Sus libros de poesía (recordemos que además fue una excelente novelista y ensayista) son: *Apuntes para una declaración de fe* (1948), *Trayectoria del polvo* (1948), *De la vigilia estéril* (1950), *El rescate del mundo* (1952), *Poemas* (1953-1955) (1957), *Salomé y Judith* (1959), *Al pie de la letra* (1959), *Lívica luz* (1960), *Materia memorable* (1969), *En la tierra de en medio*, *Diálogos con los hombres más honrados*, *Otros poemas* y *Viaje Redondo*, éstos últimos cuatro incluidos en la edición *Poesía no eres tú*, que contiene su obra poética completa (México: Fondo de Cultura Económica, primera edición, 1972).

Casi desconocidas en nuestro país, Blanca Varela y Rosario Castellanos forman parte de ese cuarteto magistral que completan Olga Orozco y la costarricense Eunice Odio.

LA ↓ PUERTA

J'ai perdu mes amours. Où sont-elles allées ?
Sont-ce elles dont j'entends les plaintes désolées ?
O tête trop lourde, front en feu, mes yeux tristes
O pourpres avenir comme des améthystes
Trajectoires de vie que mon cœur va suivant
Comme un obus lancé qui traverse le vent.
La nuit est temps propice à celui qui soupire.
J'ai goûté le meilleur je vais goûter le pire,
Mais je t'aime ma Lou, comme on n'a pas aimé
Et quand tu seras vieille, enfant, mon âme
Souviens-toi quelquefois de moi

de t'embrasser
viens
me
by
LOU M'À
PERCE
SAIGNANTE
CHÈRE
de
est
su

Adieu mon Lou chéri, je t'aime infiniment
Si je pars avant de t'avoir revue
Je t'enverrai mon adresse
Et tu m'écriras si tu veux
Adieu mon Lou, je baise tes cheveux
Adieu, mon Lou, Adieu

Guy

Manuscrito de Guillaume Apollinaire

De *Lettres à Lou*: J'ai perdu mes amours Où sont-elles allées / Sont-ce elles dont j'entends les plaintes désolées / O tête trop lourde front en feu mes yeux tristes / O pourpres avenir comme des améthystes / Trajectoires de vie que mon cœur va suivant / Comme un obus lancé qui traverse le vent / La nuit est temps propice à celui qui soupire / J'ai goûté le meilleur je vais goûter le pire / Mais je t'aime ma Lou comme on n'a pas aimé / Et quand tu seras vieille enfant mon cœur mon âme / Souviens-toi quelquefois de moi / ... / Adieu mon Lou chéri je t'aime infiniment / Si je pars avant de t'avoir revue / Je t'enverrai mon adresse / Et tu m'écriras si tu veux / Adieu mon Lou je baise tes cheveux / Adieu mon Lou Adieu

ENRIQUE BLANCHARD

(de su libro *El disfraz del cuerpo*,
Ed. R. Alonso, Buenos Aires, 1982)

DEL LENGUAJE

Cuando se dice: 'un cuerpo fue hallado', ¿qué es lo que se está diciendo?

Escribo al antiguo: Nos dimos las caras sin perfilar un rostro, una misma máscara que careciera de uñas. Y empujar la rueda, ciegos insensatos, empujar la rueda que lo empuja. Un disipar de yugos entre correntadas y hablas.

El horóscopo negro de figuras blancas sobre el torso, pero sin poder echar las cartas de otro cuerpo: bien sabías lo inútil siendo al cabo es ocultar las relaciones culpables.

Empujar la rueda: ya se sabe.

Se excita. Me callo. Lo entiendo.

Me dice que el Emperador era la Diosa de pechos sustitutos. Pero de noche, trastornada, su erecto sexo desdecía.

Sacrificio y escándalo en el Imperio. Empujar la rueda.

Traduzco tu alarde y tu cuerpo ataviado de misterios.

Como el padre que advirtió a su hijo no mirando a las mujeres y lo asedió con los hombres: tampoco a éstos miraba. Lo azotó donde invisible duele y las apariencias engañan. Su cólera le dio muerte. Y murió por ser el monstruo que a sí mismo se bastaba.

Empujar la rueda: lo que está del otro lado nos atrae como atraídos somos de la sombra sus espaldas.

Una mascarada de horror sirva para esconder la endeble blancura de tu cuerpo. ¿Tanto importaba ese mancebo? Y esa llave puesta tras las huellas hable por acasos y silencios.

Empujar la rueda, ciegos insensatos, empujar la rueda que lo empuja.

Te has hecho los bucles y te quieren igual. Cul

pa y sosiego de profilácticos enanos que barren la torre de lilas y sorteos. Y desfila una comparsa de muslos entre ondas corridas del deseo.

Empujar la rueda, pero sin cegarla.

Tu cuerpo con el hechizo de un bajorrelieve intacto, hallado entre reliquias de la ciudad en ruinas, inmolaba su amante anual al acostarse cada invierno.

Empujar la rueda: un solo ojo de cráter podrá más que mi mirada, la de muy lejano alcance. ¡Siempre perdías todo vos que todo bien lo ganabas!

Corría su sangre entre bocas y rebaños para su resurgimiento. Corría tu cuerpo entre máscaras y lenguas que otro azar devolvía a la tierra. Empujar la rueda que lo empuja: gigante al lado del enano, enano al lado del gigante. Igual al desigual es la linde.

Y había calzado altas botas en las musculosas piernas de pies ligeros. Se me cayeron fajas dejando el vello al desnudo. De mi entronque mansos leones se hacían acariciar la melena para obtener sosiego. Hambrientos leones que rugen desde siempre acompañando el desatino.

Y es así que quien como yo necesite cerrar las puertas para su placer, también exigirá algún esclavo depilado para su regocijo.

Empujar la rueda que lo empuja. Y un pie afuera.

DOLORES ETCHECOPAR

(de su libro *Su voz en la mía*,
Corregidor, Buenos Aires, 1982)



¿QUIEN DIRIA QUE HABRIAS DE VOLVER A LOS MERCADOS?

¿Quién diría que habrías de volver a los mercados
sin edad y descalzo
como aquellos niños del planeta de las moscas?
Eran plazas mudas después de un incendio.
Arboles de sogas por donde trepaba el tiempo
hacia el silencioso astro de piedra.
—¿Y la otra estrella,
la que quemaba las redes de los niños que jugaban al cielo?—
Las mujeres casadas exprimían grandes hojas de tabaco
y las viudas ordeñaban animales eternos.
Un hombre apostaba sobre la mesa la llama de su corazón.
Ese mismo día la anciana iba a empeñar su llanto
en las oficinas de un niño músico.
¡Quedaba tan lejos la iglesia!
Bastaba apoyar el oído,
bastaba ser huérfano en una casa de puertas azules,
bastaba existir al medio día.
Nadie salía a juntar las vertientes del crepúsculo.
Un hombre enfermo, parado en una esquina,
medía lo inevitable con largas aristas de viento.
Pero nadie salía a juntar las vertientes del crepúsculo.
Yo fumaba de espaldas
mientras tú escondías la noche y levantabas el velo de las calles.
¿Eras tú el que llegaba?
No, no eras tú aún,
ni era yo, aún, el que te oía entrar.

LAS MUJERES VESTIDAS DE LONA

Las mujeres vestidas de lona
caminan por la playa
y se perfuman largamente con una hoja de eucaliptus.
El medio día las esconde
en la claridad del lavadero.
Mujeres de altas pestañas
ventilan sus casas efímeras.
Nadie sabe a qué hora cubren con un bálsamo piadoso
los ojos ciegos del día
que se acurruca en las puertas
y le piden que siga de largo
y se lleve el griterío y los perros.
En la profundidad del sol se recuestan
— como en el surco de su edad —
y sus dedos extraen, compasivos,
la espina del invierno.
En las casas suspenden
un olor a crin y a azúcar.
Vigilan el pétalo sinuoso de la noche
para que su borde no se pudra
en la quietud de las salas.

Aún pulen su efigie de otra época
con el vuelo de sus grandes trajes dormidos.

DOS BAILARINAS GIGANTES SE DISPUTAN

Dos bailarinas gigantes se disputan el lomo negro de un caballo
en fuga por mis ojos.
Los dos cuerpos se doblan y exultan
en los arcos de las puertas,
sobre el suelo azul y liso de mis párpados.
Las dos gigantes se deslizan
con sus pies en punta, cada una toca la lámina para más alta;
se ejercitan para ser invisibles en el alba.

HORACIO CASTILLO

(de su libro *Tuerto Rey*,
Carmina, Buenos Aires, 1982)

PARA SER RECITADO EN LA BARCA DE CARONTE

El paisaje es más hermoso de lo que habíamos
imaginado:

estas murallas que caen a pico sobre nosotros,
aquel sol negro descendiendo sobre la laguna,
allá, a estribor, un arco iris que refracta la
niebla.

Pero esta moneda de hierro entre los dientes,
este óbolo que debemos morder hasta el tér-
mino del viaje,

cierra la boca que desea cantar.

Cantar para estas almas tristes sentadas en el
banco,

mientras el cómitre marca con el látigo el
compás,

mientras ordena remar sin interrupción,
cada vez más fuerte, cada vez más rápido, más
lejos de la luz.

TUERTO REY

Esta mosca que desova en el pantano
y vuela de mejilla en mejilla, de párpado en
párpado,

ha traído la peste a nuestros ojos: ya no vemos
las nubes sobre los techos de la aldea,
la sombra de la garza remontando la corriente.

Pero al atardecer, cuando bajamos a la orilla
del río

y el tuerto coronado de oro repite su relato,
descubrimos a través de su boca grandes
señales en el cielo,

sangre de su ojo que sueña por la tribu.

INSTRUCCIONES

Primero, mirar la sombra: ese rinoceronte
que se levanta sobre los restos de los edificios,
de los árboles, de los planetas,

tocar su cuero calloso, impenetrable,
sentir su olor a muerto de ocho días.

Después, estudiar su alimento,

—ojos intactos, miembros todavía en tensión
y la forma cómo se reproduce:

su llamado nupcial que resuena en la lejanía,
la sustancia que segrega su cuerpo en celo,

su éxtasis sobre las hojas secas del amanecer

Entonces nace de la tierra una fuerza nueva,
cede el miedo, cesa la degradación,

y el alma se yergue sobre los escombros de la
noche,

deja sus pisadas en el fuego, en las tumbas,
en el corazón inmune de los amantes

AMANECER JUNTO AL ARBOL DE LA CARROÑA

Toda la noche velamos junto al árbol de la
carroña,

el ojo en vilo, la boca en llamas,
los miembros animados por un desconocido
temblor.

Toda la noche velamos bajo sus ramas,
la nariz dilatada, el oído al acecho,
frotándonos los cuerpos unos contra otros
para evitar el frío que viene del espacio.

Toda la noche velamos, toda la noche,
inmóviles junto al árbol de la carroña,
como blancos cuervos espantando la nada,
soplando la trompeta de la descomposición.

*à ne pas d'arrêter, même de la droite à gauche, mais tout d'un coup
Presser les par le flanc
Rauter plus lire lire*

DIANA BELLESSI

(de su libro *Tributo del Mudo*,
Ediciones Sirirí, Buenos Aires, 1982)

NADIE ENTRA AQUI CON LAS PALABRAS

*Señora de los Vientos
cabellera de serpientes
oro y fuego amalgamados*

*roce caliente de los bóreas
océano, oeste
y del sur el zarzo*

*Señora de los Vientos
dueña de los cuerpos
que bogan en un cielo
salvaje y corsario*

*En bodegas de proa
de vino y deseo
repletos los cántaros*

*Señora de los Vientos,
tierra de nadie,
vellocino de oro y naufragio*

*—Bajé el escudo, las armas, la máscara de jade
y casi desnuda le fui al encuentro.*

Como arlequín danzó en palacio.
Maderas y terciopelo
cuerdas campanas de plata.
Vino oscuro de las fuentes y carne
sabrosa de las bestias
en suntuosas cacerías atrapadas.
Muslos y oro
senos y garganta de animal en la pelea.
Agua de miel bebida
en un lago donde queman
y enceguecen los ojos y los labios.
Nadie entra aquí con las palabras.
El cuerpo
heraldo
que cruza las edades
y corre veloz entre ciénagas
y bestias de presa.
Cabellera entretejida de plumas
latir de pies y corazón
que unen este reino a otro reino a otro reino.
Gallardo portador de las pinturas
dispersadas en el viento
narrando gloria y desgracia
de amores y de guerras.

*—¿Me sentís?
—¿Me estás tocando?*

*—Dejame entrar
—Dejame estar aquí para siempre*

Ave plateada de las tormentas.
Entre la muerte y el deseo
los ojos se inmovilizan.
Arrojan escudos, armas, máscara de jade
y demoran
en un cielo helado
las miradas.

En medio de la noche me despierta tu sueño,
el sueño donde estabas.
El cuerpo a medias entregado
lengua boca dedos
tienden los puentes
a la roca giratoria del deseo.
Tu abrazo en otro abrazo,
rosa de los senos donde mamo
En medio de la noche
me despierto y repito *sacro sacro*
el pan ha sido devorado
la miel el vino y las cerezas.

A WU TSAO

I

Húmeda y fresca la noche.
Un suave viento del este
trae y disipa bancos de niebla.
Sueño que veo tu rostro
frente a las lámparas.
Me sonrío tras el leve maquillaje,
mientras tu mano reposa en mi mano.
Amiga mía,
millones de años a través de los cuales el Uni-
verso
asciende y declina,
y vos allí,
en tu vestido transparente de seda
viendo caer
las flores de ciruelo sobre la hierba.

II

Beben el vino
y se recitan una a otra sus poemas.
Si supieran aquellos versos de Safo,
los dirían,
mientras se pintan una a otra las cejas
y extensas nieblas cubren el río.

*—Qué pequeños,
qué hermosos los pies.*

CLAUDIA SCHNEIDER

POEMA

Solamente revelar el sueño.
Partir por ser distinto
ser distinto
abrir la máscara cerrando.

Los espejos hartan desde la noche
es inútil derrotar la forma.

Es mentira: la sombra no se apaga con la noche.

El laberinto tiene luz,
el nombre prueba la divinidad, ésa es la imagen.

La complejidad de los muros
arrastra pájaros al fuego.

Quiénes somos para hallar la puerta
dejar la puerta
inventar la estatura de las manos
y reír con el espectro de los árboles.

Hay complicidad en el cuerpo indiferente
en el desorden de lo obedecido;
solamente revelar el sueño desesperado
y arrojar el verbo,
arrojar la duda hasta el comienzo del abismo...



EDITORIAL de la revista "CANTO" (Número 2, agosto de 1940)

El tiempo pasa gravemente. *Alguien está detrás de una alta ventana, próximo a la tibieza de un velador nocturno, alma adentro. Bajo los mismos astros, un oído final escucha derramar vanamente su sangre por la tierra. El alma, sin embargo, nos acerca en el mundo. Su misterio nos somete a una angustia que pareciera sin origen, que no sabemos explicarnos, pero que rige lo auténtico de nuestras expresiones.*

Vivimos un instante difícil en el que acechan desesperación y soledad. Por calidad de jóvenes y calidad de poetas, presentimos que hasta la muerte más inútil cumple una consecuencia de savia y una misión histórica. Algo se siente naufragar en todo esto, pero la profecía nos sostiene frente al porvenir.

No sabemos callarnos ni esperar. Decimos el testimonio de cada vivencia agregada a nuestro pulso; el alma que parece renunciar y la fe en que nacemos de nuevo. Ahora, como siempre, cuando los fusiles apuntan al mismo corazón de la poesía.

Nosotros recordamos las palabras de Donkersloot: La poesía es un bien precioso y delgado del hombre que siempre ha sido amenazado porque difunde demasiado abiertamente la verdad en el mundo.

La verdad, como un ángel alcanza a nuestra voz, sin apuro pero sin detenerse, porque es exigencia inevitable de una vocación consciente, ardiendo en la sangre.

Miguel Angel Gómez, Julio Marsagot, Eduardo Calamaro

[Tomado de *La Generación Poética del 40*, de Luis Soler Cañas (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, dos tomos, 1981), de reciente aparición y de lectura imprescindible.]

MARIA DEL CARMEN SUAREZ

(de su libro *Entendimiento de los cuerpos*,
Editorial Calidón, Buenos Aires, 1982)

ACECHAN en la noche, atisban, se conmueven, se atraen, tienen un lenguaje único, nos rozan, nos cercan, nos vuelven animales, nos llenan de deseo, lujuria y piedad.

Laberintos de profunda oscuridad. El cerebro y sus asociaciones, los ojos y sus imágenes, los ritos de las manos y sus secretos, los filamentos, las fibras, las células, sus líquidos misteriosos, los sexos extendidos en el brillo de la noche, sus contorsiones y figuras que crecen en el aire.

Los cuerpos fusionados expulsando la muerte, dos en la noche, en el grito final de alcanzarse. Puerto de entendimiento. Vibraciones que nos atan a los otros. El misterio.

CORRESPONDENCIAS

Si me olvidas te olvido
si hachas el árbol en el bosque
ese viejo roble que tragó las lluvias
y cobijó al caminante
cambias todo el lugar
si me besas te beso
si matas al pájaro que descansa en tu ventana
apagas el canto de todas las aves por un momento
si me desnudas frente al espejo de tu habitación más secreta
te estás desnudando frente a mí que soy tu espejo
si arrancas la roja amapola del jardín la tierra se conmueve
si me abrazas y nos movemos como alas en el solitario océano
te abrazas
si no sales de la oscuridad de tu caverna
y no entra en tu casa la luz
estás detenido en la noche y la sombra
y el mundo te ciega
si vamos agotándonos en los cuerpos
gritando
zigzagueando en un vendaval
palpitamos
y nuestra carne vibra al unísono
si regresas después del olvido
regreso para beber de las fuentes del amor

RIVALIDAD EN EL ESPEJO

Yo no te amé
fue la otra
la que cava con sus manos en la ceniza de las tumbas
la que aúlla en la noche donde la sangre rueda por sus rodillas
yo no te amé
fue la que perseguiste en los espejos
cuando se escapaba en las tardes a matar las sombras de los adversarios
hoy venís a buscarla
no la conozco
percibí alguna vez su perfume en la habitación
y supe que era hermosa y se perdía en la oscuridad
soy apenas una admiradora lejana que alguna vez intuyó su voz en esta casa
ni siquiera puedo contarte episodios de su vida
porque esconde detrás de sus ojos un destino inaudito
que nadie tratará de indagar
la busco entre las plantas en el mercado del viento
reviso los muebles para sentir sus huellas
me baño en el mismo lugar para tratar de embellecerme
y sólo encuentro un hálito de traición
una ternura que flota y me sumerge en el olvido
yo también quisiera auscultar sus enigmas y desterrarla de estos reinos
que me cuente de una vez todos los viajes
y esta ausencia que crece
quisiera curar sus cicatrices
mirarla mientras duerme
extraerle las flores del pelo y aprender su lujuria
los ritos que me contás hace con su cuerpo y se esconde después
yo no te amé
fue la otra
esa mujer que buscarás en vano
lleva en su carne los signos de otros mundos.

DANIEL CHIROM

EMILIO SALGARI

I

Una sombra improvisa rabiosas aventuras
en paisajes ninfomaniacos
con hombres a cara o cruz
tostados por el sol y curtidos por el viento.
No hace falta abrir la ventana del cuarto mal
iluminado
para batirse a duelo con los traficantes de
esclavos,
sólo se necesita la fiebre por la vida,
no dejar caer los brazos.

II

El viaje más largo que hiciste fue de Brindisi
a Patras
y sin embargo ¡qué bien huelen tus Odiseas!
Te imagino furioso frente a la hoja en blanco
embebido en esta tinta que fabricabas con tu
sangre,
fumando un cigarrillo antes de tomar cada de-
cisión
al igual que Yañez, quien fumaba cien cigarri-
llos diarios.
Una selva loca invadía tu lecho,
Malasia te mecía en sus brazos
mientras los tigres surcaban el cielorraso de tu
cuarto
y gritos descabellados de extraños plumajes
envolvían tus oídos.
¡Cuántos obstáculos debiste vencer para res-
catar el grito desgarrado de nuestra selva!
Una multitud de fieras conversaba contigo en
las
noches
y nunca te negaste a contestarles,
sabías demasiado como para callar las alucina-
ciones de la mente.

III

La injusticia brama en Malasia
y tú, desde una pequeña habitación surcada
por los huracanes
ciñes la desazón que otros hombres labran so-
bre las barcas.
La fiebre amarilla disuelve tus entrañas,
ensimismado en la voluntad de combatir la
intemperie de los gobiernos ingleses
luchas junto a monos aullantes y piratas dise-
cados por la sal de los mares.
Nada pudo detenerte,
ni la lujuria del cielo del Cabo de Buena Es-
peranza
ni aquellos tigres salvajes que agazapados so-
bre sus pensamientos

esperaban pacientes dar el salto
para atrapar a la presa entre los dientes.
Sandokán no es un mito,
su sangre caliente es de nuestros días;
sólo el poder es un mito
que en la soledad de su codicia
se devora a sí mismo.
Está derrotado quien arriesga
pero está muerto quien no opone resistencia.

IV

Tu geografía es el croquis de nuestro descon-
cierto.
Son muchos los que han perecido en los labe-
rintos de la jungla
mas nunca a tus personajes les pasó nada,
presos en la incandescencia de la vida
eran tomados prisioneros por implacables
enemigos
y luego liberados por incondicionales amigos.
Un maharaja nunca se duerme por completo,
permanece espiando al mundo con su ojo oculto
pues sabe que ninguna ciencia es cierta,
lo que hoy es un emirato mañana será un pre-
coz pantano.
¡Qué nítido se recorta Sandokán en esta tarde
cuando a través de mi ventana veo princesas
cautivas
pudriéndose a la espera de los amantes!
Miente el que dice describir la realidad,
ella es tan fuerte y segura de sí misma
que sólo es posible atraparla mientras soña-
mos enfáticamente
con los ojos desvelados por la alquimia del verbo.

V

En Verona,
sólo en Verona reposan para siempre los aman-
tes.
Allí una gastada lápida delata tu presencia.
Imagino que aún combates en la tumba
contra enemigos escurridizos,
aquellos que te ensartaron dos sablazos
en la incipiente primavera de Turín
cuando de puro distraído pensabas en la muerte.
¡Qué desdicha la del que medita con sus en-
trañas!
nada le es claro, todo tiene gusto a sangre.
¡Oh Capitán... ¡mi capitán!... nuestro espan-
toso viaje ha terminado."

EDUARDO MILEO

(de su libro *Quítame estas cruces*,
Ed. del Escuerzo, Buenos Aires, 1982)

CORDERO EN EL AIRE

La virtud. El ala que la siembra. La víctima que recibe su flechazo en el medio del pecho. Los testigos atónitos de los bosques. La tierra que hospeda a sus muertos. El Cielo que aloja a sus detractores. El inmenso cosmos de los que estamos en medio.

Cordero de Dios: todo ha regresado a la dimensión del espanto. Todo se ha roto como la porcelana contra la piedra. Esa grieta es Nuestro Paso por el Mundo. Nos despertamos en sangre sobre los Evangelios. Hemos dormido más tiempo que el invierno de los siglos. No hemos hecho otra cosa que transcurrir contra la Naturaleza. Contra nuestra misma naturaleza hemos luchado como lobos hermanos, abandonando los campos heridos de nuestras heridas, teniendo como única voz lo que nuestro corazón se niega a reconocer como palabra. Hemos perdido el rastro en el espejo de las aguas. Y tampoco sabremos perdonarnos.

Pues sería el perdón nuestro suicidio.

Los pequeños animales relatan sus historias a la orilla del fuego. Ello les hace arder los picos con la pasión de lo ingenuo. Ellos creen lo que dicen. Y ninguno espera del otro un canto distinto del que oye. Se toleran con la mansedumbre de los lagos en la noche. Y se relatan los versos que más allá de ese sitio nadie sabrá escuchar.

Cordero de Dios: la paz no ha llegado de tu mano, como tampoco ha llegado el pan que prometiste. Tú no eres el placer que salvaje nos habita. Tú eres el reposo. Y el reposo no tiene la condición de este tiempo. La Verdad no es la lengua de nadie. Quien así no lo crea, que purgue sus culpas fuera de esta casa. No seré yo quien vea de cerca las estrellas. No serán tus hijos. Nosotros seremos la voz de los degollados. De los muertos. Seremos el jirón. Cambiaremos de ropa. Y nos iremos lejos a contar otros cuentos.

EDUARDO D'ANNA

(de su libro *A la intemperie*,
El lagrimal trifurca, Rosario, 1982)

LENGUAJES DEL ALMA

Rápido desilusionan los idiomas.
Para mí eran demasiado fáciles: pronunciar implicaba solamente una pose del espíritu; leer era contemplar otras poses ajenas: las del mundo, que cambiaba en la tarde o la mañana por los efectos de la luz.

Así también se transformaban mis estímulos.
Mis profesoras
semejaban madres fáciles de traicionar.
Escrupulosa una — y eso de qué servía;
no hay lunfardos, dialectos, jergas, que con orgullo
se usan? — yo la burlaba sonriendo,
aplicando la lengua de ella misma aprendida.
Se descuidaba, en cambio, la otra. Me hablaba dejándose inundar por otras cosas, sus palabras y las mías iban y venían, y cada uno pensaba en sus propios pesares, entre conjugaciones.

Esta última acapara más cariño en mí, que la primera. Su cara de nostalgia, su soledad en el aire que entraba por el patio pequeño,

son las mías. Pero el idioma ya no me sirve como antes. Una vergüenza, un dolor en el orgullo, una ignorancia desventurada, me llevaban a interrogarme en inglés o francés, y eso era para mí una ópera privada, antiguamente.

Demasiado sencillo. Argumentos no había o yo era el argumento, sin telones o luces. Mi adolescencia, mi orgullo, existían sin intención, sin finales felices o trágicos, ni lágrimas.

Y en esas voces extranjeras yo probaba las conductas criollas y las iluminaba de parodias.
Pero en mi cine nada terminaba.
Hoy no puedo decir que *ma douleur soit sage*, ni puedo entrar a esa sala privada — mejor secreta — donde actuaba y bajaba rápidamente a contemplarme.
Ni narciso ni dios, me afeitó en los espejos, y se han vuelto recuerdos aquellos desencantos. Los idiomas parecen amigos que se han ido.

RODOLFO VALERI

HENRY DE MONTHERLANT, 1972

1974. 16 de abril.

Siempre me acuerdo de la noche en que supe que Montherlant se había suicidado: con la pobre noticia (fruto de esa malformación llamada periodismo) vino una primera lectura de la carta autógrafa, más gris y mucho más intimidante que aquella noche en Tolouse, a las nueve desierta — y sobre todo ese aluvión de máscaras de terracota y rostros de mármol en los que hacía tiempo que Montherlant se había suicidado y mucho antes se habían suicidado los romanos, pero con los que aún sigue viviendo.

1.

El rostro se suicida en mármol duro
o en blanda tierra que el esclavo cuece.
Los rostros; se bunden en la tierra. De ese
irónico entregarse al moho puro

surge el afán más noble y más oscuro
de la fama engañosa: desmerece
el que sospecha que la estatua ofrece
un decoro a la luz, sólo y seguro

asilo amable para el hombre ocioso
que se quita la mano de la frente.
Mira serio la forma; si hay un gozo

que aviva, mientras piensa, indiferente,
el suyo hermoso, es otro rostro: bozo
o barba en fruto, tanto da, paciente.

2.

El que hunda sus manos en la tierra
con sencillez de agrícola, que se alce,
sople el polvo, del musgo lo rescate
limando el verde muerto de la piedra

con los dedos desnudos, con la yema
que goza en ser herida, en desgastarse.
Olvidará la tierra; cae la tarde.
Pule el ojo vacío, al labio deja

húmedo con su aliento, y mientras anda
llevando el mármol roto entre las manos
que ciñe y cuida como si de agua

fuera, medita en el desengañado
que alguna vez, riéndose, posaba.
Le hace un hueco en sus libros; limpio, aireado.

3.

Pero al final el ojo sólo estila
y el polvo cubre libros y retratos
de terracota o mármol, puros datos
que en la memoria se hilan y deshilan

hacia un lugar que vive aunque titila
ya. En la mañana, aún tibia la mano
el ojo la ve gris — mira los vanos
cuadros y sólo encuentra espejos; lila

vago y perdido, el sol en el bisel.
A veces piensa, crea el día aquel:
¿la tarde en la mañana? Esferas muertas

blancas son los relojes silenciosos;
sólo de tanto en tanto, melodiosos,
otros le dan, perdidos, hora incierta.

EDOARDO SANGUINETTI: *Catalecho, 13* (Inédito)

En mi vida he visto ya las chaquetas, los coleópteros, un infierno alterado por un Doré, el cólera, los colores, el mar, los mármoles: y una plaza de Oslo y el Grand Hôtel des Palmes, las bolsas, los bustos:

he visto ya el siete y medio, los anagramas, los hectogramos, los pandulces, los corsarios, los burdeles, los monumentos a Mazzini, los pollitos, / los niños,

Ridolini:

he visto ya los fusilados del 3 de mayo (mas apenas reproducidos en blanco y negro), los torturados de junio, los masacrados de setiembre, los ahorcados de marzo, de diciembre: y el sexo de mi madre y de mi padre: y el vacío y lo verdadero y la larva inerte de las termas:

he visto ya el neutrino, el neutrón, con el fotón, con el electrón (en representación gráfica, esquemática): con el pentamerón, con el hexamerón: y el sol: y la sal y el cáncer y Patty Bravo: y Venus y la ceniza: con el requesón (o mascarpón), con el mascarón, con el mediocañón: y el mascarpio (lat.) a • manuscarpere:

mas ahora que te he visto, vida mía, apágame los ojos con dos dedos, y basta.

ANTONIO PORTA: *Los recodos del río* (Inédito)

Siguiendo los recodos del río Main
recodos suntuosos de mujer fecunda
he olfateado polvo de muertos entrando
en la ciudad de Frankfurt sobre cimientos de muertos
las bíblicas puniciones de los enemigos allí debajo de las suelas
(en un tiempo se construían las ciudades erigidas sobre
los huesos de los enemigos, aquí son los hermanos)
alrededor el joven bosque parece penar,
aún se pueden escuchar los golpes de las hachas francesas,
han hecho leña alemana hasta el agotamiento, hasta el desierto,
los alemanes se quedaron, los franceses
volvieron al otro lado, andrajosos
fingiendo que nada había sucedido...
De los muertos quedan las hojitas de abril
las ondas de los campos de cebada sotavento,
también de mujeres fecundas tendidas en la hierba haciendo
el primer amor, el primer hijo,
como se ha usado siempre en el campo:
los venenos han sido eliminados con cuidado, con años,
las manos de los fantasmas sepultadas en la maleza,
de sus ojos nacen hongos comestibles, excelentes...
He entrado en aquel bosque nuevo
he abierto sus dóciles piernas
en su sexo abierto he bañado la lengua: ahora
estoy aquí para escribiros, para celebrar
lo que queda de la vida.

(Traducción del italiano de Estela Breccia,
cedidos por Gabriela Massuh.)

RICARDO H. HERRERA

(de su libro *La Pasión Infinita*,
Carmina, Buenos Aires, 1982)

CANTO VII

¿Quién soy? ¿Quién soy?
Les pregunto a mis muertos
Hasta empavorecerme de mi carne:

Avanza el bosque de agua muerta
A enturbiarme los ojos,
El coro roído—

Y yo abrazo temblando en el limo, Poesía,
La muerte que es tu amor
Hasta saciarte.

Expío mi contraste:
Disuelvo la opacidad del cuerpo
En la celeste luminosidad del aire
Y me quedo desnudo escuchando el silencio
Que me lame el vello con su lengua de nada.

¿Ves el vacío que me desfigura:
La nada enrojecida, la carne sombría
Que entre tus dos piernas
Me busca los labios?

Soy el viento en la roca,
La llovizna en el hueso,
La lámpara en la sangre.

Me atemorizo hasta la inocencia,
Sufro hasta que amo.

CANTO X

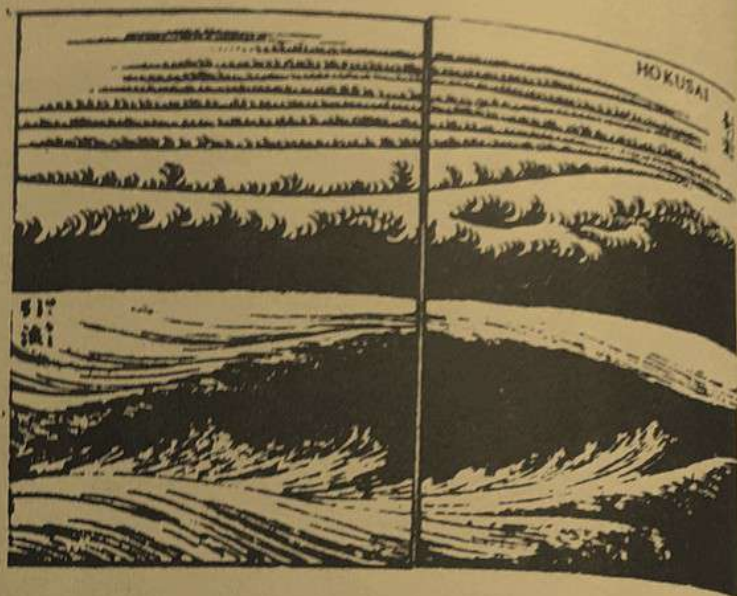
¿Ves, ves al sol
Caer sobre este mar de desventura
Mientras secreto y húmedo va abriéndose
El útero azul-musgo de la noche?

Pareciera que ese oro al extinguirse
Engendrara en la muerta el infinito:
El sueño de las aguas y las nubes,
El llamado inaudible
De unas manos lejanísimas.

Con un soplo, tus labios invisibles
Aventan en mis párpados cerrados
Silencio puro:
Vuelvo a verte nacer, estás naciendo
Adormecida en una gota de agua.

Oh encanto, Belleza, amor mío
Haz el milagro de abrazarme vivo
Que entro en tu ausencia como en un perfume
Y me disuelvo entre tus manos para hallarte

En la cima inaccesible del amor
En los adioses.



CELIA GOURINSKI

(de su libro *Instantes suicidas*,
Torres Agüero Ed., Buenos Aires, 1982)

Hambre palabras poderosas.
La piel más joven un mundo para adentro.
Me piensan yo como sin tranqueras.
Extraño el sol casi espero.
Todo lo que soy son palabras poderosas.
Hambre no siento no claudico.
El sol tan débil se vendió mentira.
Hambre madre púdica padre precoz.
Palabras poderosas objetos mudos.
Hambre palabras poderosas.
Hambre al parto y a la muerte.
Me como a mí mismo.
Y antes de nacer, Yoel.

Los frutos abiertos.
Dientes mansos boca sangrando.
Los frutos abiertos.
Tragar un espejo no responde.
Descubre los frutos abiertos Yoel en el agua
en el aire.
Boca cerrada después de la orgía.
Después de la orgía el golpe los frutos.
El juego amortal.
Amor es la guerra comienza, Yoel.
Yoel en los frutos.
La tierra se atiembla.
Decir que primero la tierra la fría.
El jugo de tierra la orgía primera boca
estrellada el placer.
Amor así un golpe en el Este, Yoel.
Amor así un golpe.
Permiso pedido esconde las heces los frutos
abiertos, Yoel.
Añora una muerte la boca estrellada se abren
los frutos finales, Yoel.

Tropico de Cáncer fue publicado en París, en inglés, en el año 1934 (el texto completo sigue prohibido en los Estados Unidos) y *Tropico de Capricornio* que es más lírico fue dado a conocer en inglés, también en París, en 1939: ambos son una especie de autobiografía. El tema de *Cáncer* es la vida del autor en Francia (París, Montparnasse y, durante cierto tiempo, un liceo de Provincia donde enseñó inglés). *Capricornio* en cambio transcurre en Nueva York donde el autor nació el 25 de diciembre de 1891. En realidad ya no es joven; cuando publicó su primer libro tenía 43 años, pero rápidamente logró notoriedad. *Primavera Negra* está en parte dedicada a la adolescencia, en parte es una fantasía lírica u onírica. Pero en conjunto la obra de Miller es cosa corriente, lo que escribe es sencillo y tiene un sentido preciso.

A propósito de Miller se ha hablado de *monstruosa inmoralidad* (Maurice Nadeau, *Combat*, 29 de marzo de 1946). Pero sin duda alguna, y Nadeau ciertamente lo admitiría, éste es sólo un aspecto superficial. Libros tan singulares, que parecen hechos a propósito para provocar malentendidos (su obscenidad que les procura lectores no es sino un vacío necesario; sus "momentos elevados" parecen a algunos fáciles y logomáquicos), merecen que se los relea con atención después de un primer contacto. Este "monstruo de inmoralidad" es también un santo, y su inteligencia de vendaval, que a veces acoge verdades demasiado blandas, descubre a menudo con brusquedad relampagueante los secretos más ocultos. Estos libros, en verdad, deben ser leídos como si el autor los hubiese concebido "en busca del valor moral perdido", pero, como en el caso de Proust, su búsqueda en nada se diferencia de la vida. Tiene sentido en la medida en que se reducen a la expresión de la vida, desde la infancia hasta la época en que fueron escritos.

En *Capricornio*, Miller cuenta sus primeros años en un barrio de emigrantes de Brooklyn, pequeño reino mágico de la violencia y de lo maravilloso, en donde grupos de niños hacen hogueras en terrenos baldíos, fríen papas, discuten sin fin un montón de historias que los entusiasman, fornican en los sótanos y se pelean. "Largo verano como un idilio surgido en línea directa de la leyenda del rey Arturo".

Estas bandas de muchachos, con ingenua solidaridad, constituyen todo un extraño mundo al revés, cuyas leyes se oponen diametralmente a las leyes de la sociedad. El adulto atribuye valor a su esfuerzo para ganarse la vida. Todo lo que le sucede se valora en la medida de la ganancia realizada (¿está en relación con lo que rinde!): El vive así en un exilio y en este exilio los niños lo arrancan de su tristeza y le dan noticias del país perdido. "No es sin cierta pena nostálgica, confiesa Miller, que me digo que esta vida, tan estrictamente restringida de la primera juventud, parece un universo ilimitado, en tanto que la vida posterior, la vida adulta no es más que un mundo en disminución constante. Cuando llega el día de ir a clase, acabóse el niño, siente que le ponen un cabestro al cuello. El pan ya no tiene sabor; la vida tampoco. Ganarse el pan resulta así más importante que comerlo" (*Capricornio*).

El acontecimiento más notable de la infancia vagabunda de Henry Miller, es según resulta de *Capricornio*, el asesinato del jefe de una banda opuesta. En un combate a pedradas entre las rocas, al borde del río, Miller y su primo Gene lo derribaron a golpes en la sien y en el estómago. "Se desplomó y quedó tendido de una vez por todas, los ojos fijos. Algunos minutos después llegaron los policías y lo encontraron muerto. Tenía 8 ó 9 años, más o menos la misma edad que nosotros. No sé qué nos hubiera sucedido si nos hubiesen llegado a prender. En todo caso... nos dimos prisa en volver a casa... Tía Carolina nos dio a cada uno una enorme rebanada de pan de centeno agrio cubierta con manteca fresca y espolvoreada con azúcar que comimos juiciosamente, sentados frente a la mesa de la cocina, escuchando su charla y sonriendo como unos angelitos". Pero no basta a Miller afirmar esta inocencia: la contrapone agresivamente a la moral de los adultos. "El chico que yo había visto caer muerto, dice más adelante, que yacía inanimado, sin voz, sin quejas, el asesinato de este chico no está lejos de adquirir a mis ojos el valor de un acto de pureza y de salud. En comparación, la lucha por el pan cotidiano adquiere el carácter de una mancha, de una degradación; delante de nuestros padres teníamos el sentimiento que ellos llevaban la marca de la infamia y no se lo podíamos perdonar.

Este grueso trozo de pan que nos tocaba todas las tardes era delicioso, porque, precisamente, no teníamos necesidad de ganarlo. Nunca más tendrá el pan el sabor de entonces. El día del asesinato lo encontré todavía más delicioso. Tenía un tenue gusto de terror que después siempre añoré". El niño que ingenuamente, para vivir sólo tiene como fin *saborear la vida*; en su ingenuidad juzga todo según su sabor. El mal, que los padres prohíben, acrecienta el sabor del manjar y el fruto prohibido es el santo de los santos de su iglesia. "Para mí, este pan de centeno tiene una cualidad que quisiera definir —una especie de vaga delicia, de terror que libera, que lo acerca a las grandes revelaciones. Me acuerdo de otra clase de pan de centeno agrio que se relaciona con un período aún más lejano, cuando mi compañero Stanley y yo robábamos furtivamente en la nevera. Era pan robado, es decir, más maravillosos para nuestro paladar que el pan que nos daban con ternura y amor. Pero era en el acto de comerlo juntos, caminando y conversando, que llegábamos a un sentimiento cercano a la revelación. Sentimiento comparable a un estado de gracia, de completa ignorancia, de verdadera abnegación. Todo lo que yo he podido sentir en esos momentos, me parece haberlo conservado intacto, sin temor de perder el conocimiento así adquirido. La razón de ello es tal vez que esta adquisición nada tiene de común con lo que se suele considerar conocimiento. Es como si nos hubiesen hecho depositarios de una verdad, aunque la palabra verdad es demasiado precisa para lo que quiero decir". Esta paradoja es más profunda que la opinión común. Los padres tienen por obligación introducir al niño en la esfera de la actividad, donde se *debe* preferir lo útil al sabor de la vida. El niño que entra por las buenas o por las malas en un mundo penoso no puede evidentemente quererlo: en estas condiciones, la verdad de la vida se asocia a la negación de toda opresión. Por un lado está la seducción de lo inmediato y por el otro el esfuerzo, el mérito y la recompensa. Es fatal que nuestro mundo de trabajo sea en un principio extraño (hostil) al ser pueril: pues tiende a la máxima reducción del sabor de la vida, la subordina y la vuelve insípida y neutral. El niño, a menos de estar pulido como un engranaje, confunde la vida con el mal (capricho, violencia y sensualidad), y

para él su sabor está en el mal.

Un chico vagabundo no es inmoral; vive la auténtica experiencia de la moral en la banda a la que pertenece. La generosidad, la devoción, la lealtad y los sentimientos de igualdad y justicia tienen tanta importancia para una banda de pilletes como la poca que todavía se les da en la organización occidental del trabajo. (Las dos concepciones de moral y derecho exceden por lo demás la oposición actual de mayores y menores: las ideas cristianas y burguesas de mérito, trabajo, jerarquía, fundadas sobre el resultado de las tareas cumplidas, son desconocidas en las sociedades más antiguas). Pero nada hay en las virtudes espontáneas de la infancia que contradiga el "sentimiento intenso de lo inmediato". Por más generosos y leales que sean los niños, este "sentimiento intenso" no puede ser ahogado en el mundo en que juegan. Es el mismo sentimiento que define con precisión la fórmula de Miller: "Hay muerte en el aire y reina el azar". (*Capricornio*).

Sólo por excepción se vive la infancia con tanta intensidad y sólo por excepción, también, tiene ésta tantas consecuencias lejanas. Lo ocurrido sin embargo no impidió que Miller prosiguiera sus estudios. Pero él siguió afectado por el choque de esta primera experiencia y su misión en el mundo parece ser la de vivir hasta el fin la rebelión infantil. La oposición del niño no puede sino fracasar: solamente es posible al margen y bajo la forma de engaño: "cuando la *persona grande* aparece" el niño calla. No puede material ni moralmente esperar más que prórroga a escondidas. Los maravillosos éxitos que él se labra *en sordina* tienen un carácter "menor". Sabe que tarde o temprano tendrá que humillarse (en el sentido despectivo de la palabra juego). Ocurre a veces que un hombre entre mil persista, se encolerice y no acepte. Es el caso de aquellos que prefieren el arte, que no es sino un juego, al verdadero trabajo. En general ellos conservan de la época pueril el carácter "menor": no ponen dificultad en admitir que el arte es un lujo y que la vida sería es otra cosa. Sin embargo, Miller se entrega libremente a sus ganas de bajar hasta el absurdo, esto es, hasta la despreocupación. Es tan radicalmente insumiso que prefiere con ligereza la abyección a la esclavitud. Esto es tal vez una apuesta a lo Gribou-

lle, pero quizás también un medio para él de llevar hasta el final su fidelidad a la infancia. El resultado de este desafío insostenible es un ser difícil de definir. "El hombre confuso, negligente, temerario, ardiente, obsceno, turbulento, pensativo, escrupuloso, mentiroso y diabólicamente sincero que soy yo". En estos términos se pinta a sí mismo en *Primavera Negra*. El problema de la rebeldía del adulto es que conserva por falta de seriedad el carácter pueril, humillado, de la infancia, perdiendo, si es serio, su carácter divino y caprichoso. Así el rebelde se condena al engaño y ya no se encuentra a sí mismo. "El hombre que lleva a sus labios la divina botella, el criminal que se arroja en la plaza del mercado, el inocente que descubre que todos los cadáveres hieden, el loco que baila con el rayo en sus manos, el monje que levanta las faldas para orinar sobre el mundo, el fanático que para encontrar la Palabra saquea las bibliotecas, todos ellos —dice Miller— están fundidos en mí y contribuyen a mi confusión y a mi éxtasis" (*Cáncer*). En esta situación hay necesariamente algo de locura y también algo inconfesable en el hecho de no estar loco. Harto de todo, Miller se ha preguntado muy acertadamente si la huída es uno de los medios de responder a las dificultades exageradas. Ha renunciado, dice, a la inquietud que le correspondía como ser humano. "Nada tengo que ver con la maquinaria rechinante de la humanidad, ¡pertenezco a la tierra! Me lo digo con la cabeza hundida en la almohada, siento que brotan cuernos en mis sienes. Veo que me rodean todos estos antepasados que me pertenecen, bailando alrededor de la cama, consolándome, excitándome, azotándome con sus lenguas de serpientes, burlándose de mí con sus ojos bizcos y sus cráneos deprimidos. ¡Yo soy inhumano! Y lo digo con una risa insensata, alucinada..." (*Cáncer*). La locura es en sí misma una fuga y ¡qué decir entonces del lenguaje de un loco que a pesar de todo huye más eficazmente de la locura que de la sabiduría! Sólo con crueldad se puede exponer este ir y venir ruidoso, desenfrenado de un espíritu que no puede resolver a la vez las exigencias contradictorias que se le imponen. Pero no está justificado hablar de un fracaso de Miller y tildarlo de inhábil como si se vislumbrara alguna salida. Se puede naturalmente aceptar la esclavitud —ya se sabe que la aceptación paga— pero al rehusarla, se rehu-

sa al mismo tiempo *lo posible*: se acepta en contraposición el ser desgarrado, el quedarse apresado en *lo imposible*. En tales condiciones no se puede ser otra cosa que lo que es Miller, el monstruo que revelan sus libros, insostenibles en todos los sentidos.

Evidentemente, la edad adulta acentúa los elementos indefendibles de la infancia que han perdurado. El adulto pierde la inconsciencia, en la cual las cosas son anodinas e inofensivas. Como tiene que vivir por su propia cuenta, choca con la realidad del orden social. Si trabaja, se limita a cobrar un sueldo, reduciendo su esfuerzo al mínimo. La única conducta satisfactoria sería la de responder con farsas a los deseos del patrón. Me han dicho que, habiendo sido encargado de la dirección del periódico de una pequeña ciudad de Francia, Miller hizo publicar artículos en chino: ¡las letras eran divertidas! El método tiene el inconveniente del fuego de paja: el propietario imprudente despidió a su impagable director. La vida de Miller está hecha de experiencias parecidas, propias para aguzar la conciencia de un principio fundamental: *si das demasiado al momento presente, tu porvenir está comprometido*. Esta conciencia, la educación la inculca al niño, pero, por tratarse justamente de un niño, no obtiene un éxito inmediato. El niño cuya turbulencia se consagra sin cesar al momento presente, dejando a sus padres la preocupación por el porvenir, se conduce así por no tener una conciencia bastante clara de este principio. En Miller, por el contrario, penosas experiencias le han vuelto "nítida y distinta" una certidumbre: que vivir para el momento presente era condenarse a la situación de muerto de hambre. Pero por una vez, el hambre que él conoció sin duda alguna, falló en su propósito. Y el efecto que obtuvo fue lo contrario a una sumisión. Miller continuó fiel al juicio de su infancia. Siendo niño, no hubiera podido afirmarse de este modo —ningún niño lo puede. Tomó conciencia de esa exigencia suya: vivir para el presente y no para el futuro, vivir pero no para ganarse la vida. Los tormentos del hambre demuestran en todo sentido las verdades fundamentales, pero fue la verdad inversa a la común que la cruel necesidad señaló a Miller. Es su experiencia del hambre que habla cuando él dice: "Aquí estoy, sentado en la plaza Clichy, en pleno sol. Hoy, sentado al sol, les digo que me

importa un comino que el mundo vaya o no a la ruina, sea bueno o malo. *Es, eso basta*" (*Primavera Negra*). O entonces: "Hoy, sin necesidad de nada, soy un hombre sin pasado y sin futuro. *Yo soy, eso es todo*" (*Primavera Negra*). Mejor todavía: "Escupir sobre el pasado no basta. Proclamar el futuro no basta, se debe actuar como si el pasado estuviera muerto y el porvenir fuera irrealizable. Se debe actuar como si el próximo paso fuera el último; y lo es" (*Primavera Negra*). A partir de este punto lo que era en el niño una conducta provisoriamente tolerada por el mundo, llega a ser, por el contrario, verdad agresiva, y rechaza los valores fundados sobre su negación: "El sol ardiente castiga a través de la carpa. Yo deliro porque voy camino de la muerte, ¡y a qué paso! Cada segundo cuenta. Ya no oigo el segundo que acaba de pasar, ¡tac, tac! Me agarro como un demente a este segundo que todavía no se ha anunciado... ¿Qué vale más que leer Virgilio? ¡Esto! Este momento de expansión que todavía no se ha definido, ni en tacs-tacs, ni en tocs-tocs, este momento eterno que destruye todos los valores, distancias o diferencias" (*Primavera Negra*). Pues esta conciencia nacida del hambre no ha invertido solamente el principio de la sociedad de los adultos, ella da a los momentos irrisorios y risibles del juego las prerrogativas del éxtasis, que es la más alta cumbre concebible, que es divinidad y también destrucción de la conciencia. "El individuo que simboliza esta sola y única ruta lleva una cabeza de seis caras y ocho ojos; esta cabeza es un faro giratorio y en lugar de triple corona en la cima (¿por qué no, después de todo?), hay un agujero para ventilar el poco seso que encontramos. Muy poco seso, así como lo digo, porque el equipaje es escaso, porque la materia gris al vivir en plena conciencia se vuelve luz. Este es el único tipo humano que se puede colocar por encima del comediante; es el que no ríe ni llora, y está más allá del sufrimiento. Nosotros no lo reconocemos: está demasiado cerca, lo tenemos bajo la piel. Cuando el comediante surge en nuestras vísceras, este hombre, que se podría llamar Dios si tuviésemos que darle un nombre, se pone a hablar. Cuando la raza humana entera esté sacudida por una gran carcajada, quiero decir: por una risa tan dura que hace daño, entonces sí, nos encontraremos todos en el buen camino. En

este momento, ¿por qué no sería posible que alguien fuera Dios o cualquier otra cosa? La conciencia que hace a la materia gris enrollarse en pliegues muertos en la cima del cráneo, aunque fuera, doble, triple, cuádruple, múltiple, la conciencia, digo, queda aniquilada en el instante. En tales momentos se puede verdaderamente tocar con el dedo el agujero que todos llevamos en lo alto de la cabeza; en tales momentos sabemos que antes teníamos un ojo en ese lugar y que ese ojo era capaz de percibirlo todo a la vez. Ese ojo ya no existe hoy, pero cuando reímos hasta las lágrimas, cuando nos duele la barriga de tanto reír, se abre la claraboya y se ventila el cerebro. Nadie nos podría convencer entonces de tomar un fusil y salir a matar al enemigo: nadie tampoco podría persuadirnos de abrir y leer algunos de los fastuosos tomos donde se guardan las verdades metafísicas de este mundo. Quien conoce el sentido exacto de la libertad — libertad absoluta y no relativa — no puede dejar de reconocer que un instante como éste es el mayor acercamiento a esa libertad que se puede alcanzar. Si me sublevo contra la condición actual del mundo no es como moralista sino porque tengo ganas de reír y nada más. No digo que Dios es solamente una risa enorme: digo que hace falta reír duramente antes de acercarse a Dios. Mi único fin en la vida es aproximarme a Dios, es decir, llegar más cerca de mí mismo. De ahí que poco me importen los caminos" (*Capricornio*).

Los términos trascendentales, recurso poco frecuente en Miller al describir estados que otros consideran inmanentes, no inducen en error. Pero si hay un Dios en el mundo podría ser el propio Henry Miller. "Bajando por el río en un velero... lentamente como un gusano en la punta del anzuelo pero tan minúsculo que acompaña cualquier virada. Y, además, ¡escurridizo como una anguila! ¿Su nombre? Una voz aúlla. *¿Mi nombre? Pero llámeme Dios, simplemente — ¡Dios el embrión!* Y sigo bajando. Alguien quisiera comprarme un sombrero. ¿Cuál es su medida, imbécil? vocifera. *¿Qué medida? Pero la medida X, ¡caramba!* (¿Por qué sienten ellos la necesidad de gritar cuando hablan? ¿Me creen sordo?). El sombrero vuela en la primera catarata. *Mala suerte — para el sombrero. ¿Desde cuándo Dios tiene necesidad de un sombrero?*"... En verdad, ser divino es muy poco para Miller. Tiene algo

mejor: "Todas las noches, después de cenar, bajo con la basura al patio. Al subir me detengo con el tacho vacío frente a la ventana de la escalera y contemplo Sacré-Coeur en lo alto la colina de Montmartre. Todas las noches al bajar la basura pienso en mí mismo, de pie sobre una alta colina, resplandeciente de blancura. Ningún sagrado corazón me inspira y no pienso en el Cristo. Pienso en algo mejor que un Cristo, más grande que un corazón, en algo más allá de Dios Todopoderoso: en Mí. Soy un hombre, esto me basta" (*Primavera Negra*).

Hay en Miller una extraña atracción hacia lo religioso, a la cual se contrapone una no menos significativa aversión por todo lo que tiende a lo perfecto. La idea de Dios parece atraerlo como la mayor gloria concebible — tal vez para el "instante", tal vez para sí mismo — pero cuando describe el instante lo hace por medio de imágenes incompatibles con un absoluto sin contingencias: "Hay muerte en el aire y reina el azar" (*Capricornio*). La idea de la perfección lo aburre: "Cuando me muestran alguien que se expresa en forma perfecta, no diré que no es grande, pero diré que no me seduce" (*Cáncer*). De este modo, la gloria del hombre imperfecto, cuyo atributo es la suciedad, tiene al fin de cuentas más seducción que la gloria de Dios. Indudablemente encontramos aquí en cierta medida el sentido de la obscenidad de Miller, que él exhibe sin miramientos, sin escapatorias y sin excusas. Miller es obsceno como si respirara, con avidez, con profundidad, plenitud (como si estuviera por perder el aliento). Como si la obscenidad, y sólo la obscenidad, objeto máximo de nuestros temores, tuviera el poder de revelarnos lo que se oculta en el fondo de las cosas (o sea: el nivel de iluminación que el propio autor cree haber alcanzado). "Si alguien, dice, supiera lo que significa leer el enigma de esta cosa que hoy se llama 'hendedura' o 'agujero', si alguien tuviera el menor sentimiento de misterio con respecto a los fenómenos que se rotulan hoy 'obscenos', el mundo se abriría en dos" (*Cáncer*). Y es lógico que el extravagante Miller adopte al tratar la obscenidad el tono de un predicador religioso. Empieza afirmando que "discutir la naturaleza y el sentido de la obscenidad consiste en el deseo de convertir" (*La obscenidad y la ley de reflexión*, en *Tricolor*, Nueva York, febrero de 1945). La cumbre de la vida espiritual es el momento

agudo —pero insostenible en parte— de la seducción: que este momento se vincule al momento equívoco de la obscenidad, en el cual el deseo de ser seducido tiene por lugar de elección el objeto del asco, esto en sí mismo nada tiene de sorprendente. En verdad, no es todo tan sencillo como lo dice Miller.

Es necesario distinguir, cuando se trata de sacrificar al instante las reservas útiles al porvenir, el sacrificio por exceso que expresa el poder en forma activa, y el sacrificio por defecto que tiene por único origen la impotencia. Ahora bien, la obscenidad no es sólo un equívoco entre la seducción y el asco, también lo es entre el exceso y la impotencia. Es obsceno al extremo un objeto sexual que no seduce (la desnudez de una mujer obesa): no hay nada que hacer, el objeto nos coloca en una situación de impotencia. Ocurre también, por otra parte, que un hombre atraído por un cuerpo grácil desea justamente encontrar en ese cuerpo el aspecto que le repugnaba en otro: en este momento, la obscenidad en lugar de disgustar acrecienta el carácter deseable del objeto. Tratándose de literatura, tal autor se complace en describir un aspecto repugnante de la vida carnal. En esta forma hace saber a quien quiera que la parte de sí misma expresada en sus libros es ajena a la riqueza y poderío del deseo: y la aversión que manifiesta anuncia a la vez que ha elegido preocuparse por el futuro en contraposición al instante presente (pues no puede ignorar que, humanamente, la carne es seductora y no sórdida o imbécil). Es lo que pasa con Miller que, en los Trópicos, deja ver claramente que el placer de la carne le agrada —hasta el exceso. Pero generalmente la impresión *sensible* que transparece oculta el elemento deseable (éste está representado, implícito, pero no se hace *sensible*); acentúa por el contrario el elemento vulgar y tonto. Su sensualidad corre pareja, por principio, con la humillación de su objeto. El deseo y el respeto no se excluyen necesariamente: la seducción sin el respeto no es una seducción verdadera (como también el respeto sin seducción no es un respeto verdadero). Pero la disociación de los dos, la seducción sin el respeto, permite el equívoco de una obscenidad de aspecto sórdido.

Desde este punto de vista se puede apreciar lo que está en juego en la actitud de Miller.

No es raro que un hombre adulto viva "para el instante". Pero comúnmente no lo sabe. Sus esfuerzos se proponen siempre un resultado posterior (cuando va al teatro es con el fin de "haber visto" tal obra que efectivamente se *debe ver*, cuando viaja, es con el fin de "haber visto" más tierras; esto es, por lo menos, lo que cree). Cosa muy distinta es *saber* que se vive para el instante. Implica mantener la atención fija en un punto actual que debe ser seductor (sin lo cual el instante no podría ser aprehendido). En esta concentración de todo el ser en un solo punto está implícito un respeto infinito (recíprocamente, en el respeto infinito del amor está por lo menos dada la posibilidad de alcanzar el instante). Pero en la ignorancia o la negación del momento presente el espíritu es violentamente expulsado del objeto de su interés. Tiene que desestimarlos en beneficio de otra cosa, *que todavía no existe*. Nada hay más favorable a la depreciación de la obscenidad. Es una cosa graciosa *sentir* que (puesto que no se tiene la lucidez necesaria para sincerarse): "Gozo con lo que obtengo, pero evidentemente no es lo que deseo: lo soporto, y es vergonzoso; así es, amo este objeto, gozo con él y también lo escupo. Pues, lo sé, pertenezco al porvenir, a las reservas que debo hacer para ese tiempo futuro. Si *en beneficio del instante* malgasto estas reservas, es una lástima. En fin, soy un cerdo". No hay diferencia entre esta conducta —conducta que en el acceso al instante nada tiene de voluntaria, es meramente pasiva— y la ecuación del instante y del mal. La ecuación lleva en sí los denigrados placeres de la obscenidad. Estos placeres sirven de fundamento a la ecuación. Si el acceso al instante es voluntario, activo, puede subsistir la obscenidad, pero modificada: se desarrolla en este caso sobre un fondo de veneración.

Nada de esto está muy claro en una obra tan confusa. Pero la denigración del objeto confiere al autor una actitud abrumada. Lo que caracteriza las escenas eróticas es, en primer lugar, un elemento de violencia que desorienta, y después una condición de fatalidad. Mientras denigra a la víctima, el héroe de la escena parece soportar y no dominar lo que provoca. Se puede, a mi juicio, vincular este elemento de depresión a todo un conjunto de rasgos. Miller no se limita a desprestigiar a las mujeres que desea; para alcanzar sus fines es

capaz de valerse de sus prerrogativas de contratante (profesión que tal vez haya desempeñado con provecho); roba al pasar un poco de dinero. Acepta, por otra parte, fácilmente situaciones humillantes, mendiga en la calle, lustra los zapatos de un amigo a quien debe plata, o recluta clientes para una casa de tolerancia. Por encima de todo, hace cuestión de mantenerse en el nivel de los que viven como él (aunque inconscientes), bajo el signo del instante (todos los cuales, por su actitud de denigración, se hacen cómplices de una condenación común de la sensualidad —condenación que no sólo es cristiana).

Esta preferencia de Miller por la vulgaridad es sensible en la elección de sus compañeros. Los numerosos personajes de los *Tropicos* tienen un rasgo común, viven *puerilmente* en función del instante (constituyen en conjunto un mundo particular, desordenado, donde la única *verdad* constante es la falta de dinero). Pero Van Norden, Fillmore, Hyme, Schnadig están a merced de libertinajes vulgares, indiscutiblemente asquerosos: son personajes de pesadilla, de subidos colores, horriblemente, sórdidamente vívidos. Las mujeres por lo general tampoco valen mucho, con la diferencia que el autor acostumbra presentarlas muy de pasada: se siguen unas a otras en un ritmo febril (apenas si tenemos tiempo para percibir las, muchas veces sólo de la cintura para abajo). Pero estos aspectos enlodados, viscosos, abandonados a la deriva de la vida humana provienen sin duda de este hecho: lo que *más* podría seducir ha sido vomitado y no puede ahora encontrarse sino en la inmundicia, en un estado de detrito desechado. Por este motivo tenía un valor decisivo la elección que hizo Miller de la vulgaridad. No es en las estrellas sino en el lodo donde se nos escapa el imperio de la seducción. La más lejana verdad de Miller se podría expresar en esta fórmula: *Si no bajamos hasta lo más abyecto, si quedamos atados a la pureza del cielo, perdemos por un engaño y para siempre el diamante del tiempo presente*. Es a este precio —pasando por aquellos que aceptan la denigración, *pero en ella se revuelcan*— que se *recobra el tiempo perdido*.

Así que, cuando Miller se representa a sí mismo "de pie entre sus propias increpaciones obscenas, como un conquistador entre las ruinas de una ciudad devastada", dándose

cuenta entonces "que la verdadera naturaleza de la obscenidad reside en el deseo de convertir" (*La Obscenidad*), hay que tomarlo al pie de la letra. Sólo que no es tan sencillo como él lo cree. Este conquistador de un mundo lunar tuvo primero que arruinarse y hundirse totalmente en su propia devastación. Es éste el íntimo sentido de los sórdidos relatos que constituyen la trama de sus libros. Bajo esta luz, se les podría atribuir un valor próximo al de los mitos de resurrección (lo que no es de sorprender: el mundo en que se mueve Miller se encuentra en el límite de las religiones —por eso es lunar). La caída en la vulgaridad no es al fin de cuentas sino un rodeo: en todo momento, Miller —y aquí ocurre lo inesperado— vuelve como un fantasma caprichoso, mancillado como una mortaja, pero "resplandeciente de blancura". Abrasado del más íntegro y elevado amor por Mona. Iluminado, extático, gritando con violencia de profeta. Confirmando a lo que debe escribir la más loca ambición que jamás se tuvo.

Sus libros, efectivamente, desbordan cualquier trazado, cualquier límite. Tienen el carácter del instante, que abarca de golpe la inmensidad del universo, que sólo logra aprehender lo inasible, que estalla. "Es con el presentimiento del fin —que puede darse mañana o de aquí a tres siglos— que escribo febrilmente mi libro", dice Miller. "Por eso también mis pensamientos se presentan a menudo sofrenados. Por eso estoy obligado a reavivar constantemente la llama, y no sólo con coraje sino también con desesperación —pues no puedo confiar en nadie para que diga lo que debo decir. Atropello las palabras, titubeo, busco todos los posibles e imaginables medios de expresión y es un balbucear divino. *Me deslumbra el grandioso derrumbre del mundo*" (*Primavera Negra*). ¿Sería posible dejar de expresar un anonadamiento sin límites cuando se lleva en sí el poder del instante? Ya no se puede entonces asociar la expresión literaria a lo perdurable sino a su contrario. Ni siquiera es importante que este mundo humano desaparezca de hecho. El instante aprehendido en su plenitud es, de todos modos, la ruina de las cosas ordenadas. Y el único lenguaje apropiado en tal caso sería el lenguaje del "último hombre": sólo tiene sentido en la medida en que todo sentido se pierde, cambia las perspectivas a las que estamos acostumbrados

y les sustituye una visión extática de una realidad que se nos escapa.

"La tierra, escribe Miller, no es una árida meseta, sana y confortable, sino una gran hembra con un torso de terciopelo que se des-pereza: se hincha y se agita con las olas del océano; se retuerce bajo una diadema de sudor y angustia. Desnuda, el sexo desnudo, rueda a través de las nubes en la luz violeta de las estrellas. Todo ella, desde sus senos generosos hasta sus muslos resplandecientes arde en furiosas llamas. Ella se desplaza a través de las estaciones y los años a grandes saltos que le arrancan al torso un paroxismo de furor y precipitan las telarañas del cielo; se desploma sobre sus órbitas con temblores volcánicos. A veces, parece una gacela traída en el lazo y tumbada en el suelo que espera el estruendo de los címbalos y el ladrar de los perros. El amor y el odio, la desesperanza, la piedad, el furor, el asco —¿qué es esto perdido entre las fornicaciones de los planetas? ¿Qué son las guerras, las enfermedades, la crueldad, el terror, cuando la noche despliega el éxtasis de miríadas de soles abrasados?" (*Cáncer*). Y ¿cómo no ver que ningún otro sentido hay aquí sino el deseo de gritar? Miller tiene conciencia de ello cuando compara su libro a una "última danza de agonía" (*Cáncer*). "Pero, ¡que sea una danza!", agrega. No importa: se equivoca al querer definir demasiado. Nada es definible en el instante, el cual no tiene límites y que, si no es "todo", es, en cualquier momento, todo lo que se quiera. Y Miller lo sabe.

Lo molesto cuando se ha tomado este camino, es que hay algo, sin embargo, que subsiste necesariamente dentro de los límites establecidos; y no es una solución feliz ignorarlos bajo el pretexto de que, en esencia, se sobrepasan estos límites. Ya que en el mismo momento se continúa, como es inevitable, desplazándose, hablando dentro de sus dominios. La despreocupación de Miller con relación a todo límite, aunque profundamente justificada, causa a veces desconcierto. El es natural sin lugar a dudas si sus gritos son los del "último hombre". Pero ¡estos gritos se venden en librería! Así, vienen a insertarse en un tiempo que fluye, y es medido por las obras humanas. Miller, mientras grita, se preocupa todavía de juzgar estas obras en detalle. Y si es fatal que al juzgar lo que ya no le con-

GEORGES BATAILLE

cieme, el "último hombre" llega a descarriarse, para los que subsisten, estos juicios no dejan de ser descarriados. Que considere a Elie Faure genial, que sitúe al mismo nivel a Breton y Montherlant, Tzara y Unamuno, vaya y pase. El mismo Nietzsche fue bastante complaciente con Gyp: era por excepción. Pero Miller tiene necesidad, *en general*, de tratar a la ligera cosas que debiera dejar a un lado, o bien considerar con seriedad. Es despreocupadamente tajante en materia política, sin querer ver que aceptar de este modo el sistema establecido es retener en el fondo una actitud

irresponsable de niño. Frente a estas actitudes fáciles es a veces molesta la insistencia de Miller en la vulgaridad. Finalmente, subsiste el equívoco que es inherente a la intención de aprehender el instante: percibiéndose aún que no hay forma de resolver semejante equívoco. Podemos evocar furtivamente las "perspectivas del estallido", nadie estalla: y continuamos escribiendo, publicando, leyendo...

[Tomado de la revista *Ciclo*, número 1, 1948.
Traducción de Marcia Bastos.]

RICARDO MOSQUERA EASTMAN

SAMSARA

Vuelve ya, vuelve ya. Es la primera o la última vez que aquí regresas
Nada puedo decir, ya nada sé ni nunca supe lo que cuenta es la presencia
la insólita presencia acostumbrada la comunión eterna donde yace
un solo corazón la voluntad el miedo ya nada es separado no hay división y nada es / uno.

Dame el silencio de tu voz quebrada el secreto del sol el resplandor
nada puedo decir ni escucho nada lengua ni oído todo está deshecho y espera
Vuelve otra vez que la anterior la misma forma polivalente brazo múltiple
reflejo en cristal infinito que se quiebra y reconoce la luz que es sombra y el color / oscuro.

Cuando se acerque el tiempo a su morada cuando estalle la estrella azul de la mañana
y canten los arcángeles un coro mudo un monólogo innumerables vestidos / de esmeralda y diamante en el frío color que los derrama.

Si mi voz ya no tiene inteligencia ni el secreto se nombra ni la tarde recoge su plegaria
yo sé que estás allí bastión de luz amor del solitario.

MAURICE BLANCHOT: LA AMISTAD

¿Cómo aceptar hablar de este amigo? Ni para alabanza ni en interés de alguna verdad. Los rasgos de su carácter, las formas de su existencia, los episodios de su vida, incluso de acuerdo con la búsqueda de la que se sintió responsable hasta la irresponsabilidad, no pertenecen a nadie. No hay testigos. Los más cercanos no dicen más que lo que les fue cercano, no lo lejano que se afirmó en esa proximidad, y lo lejano cesa en el momento en que cesa la presencia. En vano pretendemos mantener, con nuestras palabras, con nuestros escritos, lo que se ausenta; en vano le ofrecemos el señuelo de nuestros recuerdos y una cierta figura nueva, la dicha de permanecer en la luz, la vida prolongada con una apariencia verídica. No pretendemos más que llenar un vacío, no soportamos el dolor: la afirmación de ese vacío. ¿Quién consentiría en aceptar su insignificancia, tan desmesurada que no tenemos memoria capaz de contenerla y necesitaríamos deslizarnos en el olvido para llevarla, el tiempo de ese deslizamiento, hasta el enigma que representa? Todo lo que decimos no tiende sino a ocultar la única afirmación: que todo debe desaparecer y que no podemos permanecer fieles más que velando por este movimiento que desaparece, al que algo entre nosotros, algo que rechaza todo recuerdo, pertenece desde ahora.

Sé que están los libros. Los libros permanecen provisionalmente, aun cuando su lectura debe abrirnos a la necesidad de esa desaparición en la que se retiran. Los mismos libros remiten a una existencia. Esta existencia, porque ya no es una presencia, empieza a desplegarse en la historia, y la peor de las historias, la historia literaria. Esta, investigadora, minuciosa, en busca de documentos, se apodera de una voluntad difunta y transforma en conocimientos su propia aprehensión de lo que ha tocado en herencia. Es el momento de las obras completas. Se quiere publicarlo "todo", se quiere decirlo "todo"; como si no hubiera ya más que una prisa: decirlo todo; como si el "todo está dicho" debiera por fin permitirnos detener una palabra muerta: detener el silencio lamentable que viene de ella y retener firmemente en un horizonte bien circunscripto lo que la equívoca espera póstuma mezcla aún

ilusoriamente con nuestras palabras de vivos. Durante tanto tiempo como exista el que nos es próximo y, con él, el pensamiento en que se afirma, su pensamiento se abre a nosotros, pero preservado por esa relación misma, y lo que lo preserva no es sólo la movilidad de la vida (sería poco), es lo que en ella introduce de imprevisible la extrañeza del fin. Y este movimiento imprevisible y siempre oculto en su inminencia infinita —el de morir quizás no viene de que el término no puede estar dado por adelantado, sino de que no constituye nunca un acontecimiento que sucede, incluso cuando ocurre, nunca una realidad capaz de ser captada: inaprehensible y manteniendo hasta el final en lo inaprehensible a aquel que le está destinado. Es ese imprevisible el que habla cuando él habla, eso lo que oculta y reserva su pensamiento en vida, lo separa y lo libera de toda confiscación, tanto la de fuera como de la dentro.

Sé también que en sus libros, Georges Bataille parece hablar de sí mismo con una libertad sin coacción que debería dejarnos libres de toda discreción, pero que no nos da derecho a ponernos en su lugar, ni a tomar la palabra en su ausencia. Y ¿es seguro que habla de sí? Ese "Yo" cuya presencia su búsqueda parece aún manifestar en el momento en que aquélla se expresa, ¿hacia quién nos dirige? Evidentemente, hacia un yo muy diferente del ego que los que lo han conocido en la particularidad feliz y desdichada de la vida desearían evocar, a la luz de un recuerdo. Todo lleva a pensar que esta presencia sin nadie que está en entredicho en un movimiento así, introduce una relación enigmática en la existencia de quien pudo decidir hablar de ella, pero no reivindicada como suya, aún menos hacer de ella un acontecimiento de su biografía (más bien una laguna en que desaparecería). Y cuando nos planteamos la cuestión: "¿Quién fue el sujeto de esta experiencia?", esta pregunta da quizá ya respuesta, si es bajo esta forma interrogante como se afirmó en el mismo que la planteó, sustituyendo al "Yo" cerrado y único por la abertura de un "¿Quién?" sin respuesta; no que eso signifique que le haya bastado con preguntarse: "¿Qué es ese yo que soy yo?", sino, mucho más radicalmente, re-

cuperarse sin descanso, no ya como "Yo", sino como un "¿Quién?", el ser desconocido y deslizante de un "¿Quién?" identificado.

Debemos renunciar a conocer a aquellos a quienes algo esencial nos une. Quiero decir, debemos aceptarlos en la relación con lo desconocido en que nos aceptan, a nosotros también, en nuestro alejamiento. La amistad, esa relación sin dependencia, sin episodio y donde, no obstante, cabe toda la sencillez de la vida, pasa por el reconocimiento de la extrañeza común que no nos permite hablar de nuestros amigos, sino sólo hablarles, no hacer de ellos un tema de conversación (o de artículos), sino el movimiento del convenio de que, hablándonos, reservan, incluso en la mayor familiaridad, la distancia infinita, esa separación fundamental a partir de la cual lo que separa, se convierte en relación. Aquí, la discreción no consiste en la sencilla negativa a tener en cuenta confidencias (qué burdo sería, soñar siquiera con ello), sino que es el intervalo, el puro intervalo que, de mí a ese otro que es un amigo, mide todo lo que hay entre nosotros, la interrupción de ser que no me autoriza nunca a disponer de él, ni de mi saber sobre él (aunque fuera para alabarle) y que, lejos de impedir toda comunicación, nos relaciona mutuamente en la diferencia y a veces en el silencio de la palabra.

Cierto es que esta discreción llega a ser, en un momento dado, la fisura de la muerte. Podría imaginarme que, en un sentido, nada ha cambiado: en ese "secreto" mutuo capaz de tomar asiento entre nosotros sin interrumpirlo, en la continuidad del discurso, existía ya, en el tiempo en que estábamos en presencia uno de otro, esa presencia inminente, aunque tácita, de la discreción final, y es a partir de ella como se afirmaba, sosegadamente, la precaución de las palabras amistosas. Palabras de orilla a orilla, palabra que responde a alguien que habla desde la otra orilla y donde quisiera

realizarse, desde nuestra vida, la desmesura del movimiento del morir. Y, no obstante, cuando viene el acontecimiento mismo, aporta este cambio: no se profundiza la cesura, sino que se desvanece; no se ensancha, sino que se nivela, y se disipa ese vacío entre nosotros en que antaño desarrollaba la franqueza de una relación sin historia. De manera que, en la actualidad, lo que nos fue cercano, no sólo ha dejado de acercarse, sino ha perdido hasta la verdad de la extrema lejanía. De esta forma, la muerte posee esa falsa virtud de parecer devolver a la intimidad a los que grandes discrepancias han dividido. Ocorre que con ella desaparece todo lo que separa. Lo que separa: lo que pone auténticamente en relación, el abismo mismo de las relaciones en que se mantiene, con sencillez, el entendimiento siempre mantenido de la afirmación amistosa.

No debemos, con artificios, fingir proseguir un diálogo. Lo que se ha desviado de nosotros, nos desvía también de esa parte que fue nuestra presencia, y tenemos que aprender que cuando la palabra se calla, una palabra que, a lo largo de los años, se ofreció a una "exigencia sin miramientos", no es sólo esta palabra exigente la que ha cesado, es el silencio que ella hizo posible y desde el que volvía, según una invisible pendiente, hacia la inquietud del tiempo. Sin duda, aún podremos recorrer los mismos caminos, podremos dejar venir imágenes, apelar a una ausencia que nos figuraremos, por una consolación falaz, que es la nuestra. Podemos, en una palabra, recordar. Pero el pensamiento sabe que uno no recuerda: sin memoria, sin pensamiento, lucha ya en lo invisible, donde todo recae en la indiferencia. Ahí radica su profundo dolor. Es preciso que acompañe a la amistad en el olvido.

(Tomado de *La risa de los dioses*, Madrid: Taurus).

ARTURO CARRERA

(de su libro *La partera canta*,
Sudamericana, Buenos Aires, 1982)

*discurso donde esplendían mis madres: Año...
Ciclo añil donde ella avizoraba, advenía, um-
bral, semiumbra, la música ya existía, y es-
plendía impresa en la placenta amarga, um-
bría, con sus colores restallantes, oscuros
enjambres en las aguas de los besos. ella puer
(il) ello veía lo demasiado. demasiado "pre-
via". demasiado sutil, demasiado senil. su re-
trato de mimar maravi (yo soy: sí mamá: era
yo como en la carta de Egon Schiele a su ma-
dre: "llegó la época..." Y también hiciste arder
por mí las superficies del mercurio donde no
podía verme, no me tocaba verme vivir. Subía
mi vía a medianoche de todo el arrobó lácteo
en la mitad de un cielo "gaucho". Aparecien-
do a dormir a través de inesperadas casas de
agua.....*

*.....o besando un malcriado alemán: la cabe-
za alemana y los ojitos sésiles de los sembra-
dores de muerte, de bufones..... ¿te acordás?*

*agrícola. La partera empinada y gozando, de-
leitando su mirar a mí. Una de mis locuras:
esos muslos abiertos y la rosa carnívora y ten-
tante donde al lamer lavamos la carita de un
niño: sea que eso no se entregara a la Lamia
del goce: sea que en el atardecer el sentido
tramontara como un gigante hundiéndose en
las salinas de azúcar:*

*las cámaras más lentas. y el pie de la partera.
los nucho sobre las piedras y el chorro de adi-
vinanzas: fiebres. Calenturas del parto porque
no viene "como de costumbres". Y ella gime
sus algias en la techada choza de su cráneo. El
médico duerme. la partera avanza.*

*infusa en tanta sangre quemante en tanto mi-
lenario reconocimiento. Mira el cielo de po-
liestireno negro: las cabritas, las encantadas
imágenes intermitentes.*

la partera adelanta, zarigüeyesco, el otro pie.

NESTOR MUX

(de su libro *Perros atados*,
E. Girard Editor, La Plata, 1982)

ALGUNAS VECES, EL POEMA

Tanteamos en un cuarto a oscuras
esa palabra que alumbra mundos interiores
y testimonia grandeza y miseria
de nuestras pequeñas vidas

pero algunas veces, mientras buscamos,
son otras las palabras que se encienden
(como sueños todavía no soñados por noso-
tros)

y que iluminan con mayor claridad
más allá de la razón de amor
que empuja a nuestra mano cuando escribe:

y entonces el poema.

DESTRUCCION DEL OLVIDO

Más allá de castigos y recompensas
por intentos en soledad que aspiran
a testimoniar la fugacidad
de este huésped que somos

qué otra alegría nos está dada
que no sea la complicidad de los cuerpos
respirando ardientes, uno dentro del otro,
para sentir por un solo instante
que alcanzaron la destrucción del olvido

POETAS CHILENOS JOVENES

MAURICIO ELECTORAT (1960)

UN BLUES PARA CELESTE

Ahora ya te puedo recordar,
mirarte desde la puerta de cualquier taberna, por los alrededores
de la vieja estación, y dos o tres palmeras crujen con el viento
y el viento tiene olor a bodegones, a muros orinados.
Ya te veo, turbante mágico, harapos de guerrera, de extranjera
todavía vagando más sola que una piedra,
más ajada que uno de tus perros, por los puentes, por los callejones
a tres o cuatro horas de otro sol.
La madrugada arde y te moja allá afuera, mientras yo vuelvo a oír
el lamento de los muchachos desquiciados en el viejo Norte,
y veo cómo sus voces finas reptan con el humo por las paredes
y se despedazan como una tonelada de fierros sobre mi cabeza.
Música de aquellos años para que se me encaramen los rostros
de dos o tres muchachas y mi corazón esté más encogido que un insecto.
Ahora debo recordarte,
vieja calva, guerrera carcomida por los piojos,
pastora alegre de las muchachas muertas,
arrastrando tus harapos durante todos estos años.
La madrugada arde y te moja allá afuera,
"por qué piensas que esto podría ser", repetimos con las voces de los parlantes,
y lloramos con el humo, encerrados en un cuarto tan pequeño.
Y por todo lo que fuimos, lo que no fuimos,
por los muchachos que cruzaron el puente y se perdieron en el medio del día
arrastras ahora tu sexo,
arrastras ahora tu cuerpo
como un animal muerto en una pradera de soles rojos.

PAULO JOLLY (1952)

LUIS XIV A LA INFANTA DE ESPAÑA MARIE THERESE

a veces la soledad en ti marie thérèse
es demasiado fuerte
y tú le pides a dios que algo nuevo
suceda en ti
para que él vea
cómo hay espacios en tu vida
inciertos y vacíos que llenar
tú en tu intimidad quisieras
salir en una mañana de sol
a fontainebleau
sin grandes contactos con la nobleza
de espada
tu espíritu de soledad floreciera

como el polen amarillo
que antes cubrió la faz del universo
en las profundidades de tu corazón
brilló el sol
y te transformaste como el agua
de la fuente de los ruisseños
tienes miedo del mundo y tus deseos
son lo que todavía no puede
el corazón
piden días sutiles a dios
porque todo lo tuyo viene de él
y solamente dios sabe cómo tus perlas
te fatigan

LEONORA VICUÑA (1955)

NEGROS CORCELES

Negros corceles de flamantes ojos
salvajes estremecen la llanura.
Hunden los cascos en la tierra dura,
las crines erizadas en manojos.

Vienen, tropeles contra cielos rojos,
ágiles potros de la hueste oscura,
hordas siniestras desde la espesura
sembrando la noche de despojos.

Arde en hogueras la luz de la tarde
cuando los cascos salpican la sal
y el desierto negro en el polvo arde.

En la estampida final contra el llano
se oyen lastimeras plegarias de cal
llorando salmos y rezos en vano.

RAMON DIAZ ETEROVIC (1956)

¿DONDE ESTA LA NIEVE PURA?

¿Dónde está la nieve pura
que tocaba las ventanas con su sombra?
La puerta de la casa está cerrada,
y el viento divide
los rincones impares de la noche.
Caen los astros sobre los espejos de hielo
formados en la geografía humilde del barrio.
Tras un mutismo de agua
mi madre observa la mesa ausente.
No llegará esta noche y ninguna más
el viajero amado,
emergiendo desde la nieve
como una flor dibujada en la madera.

RAUL ZURITA (1951)

A LAS PLAYAS DE LA PATRIA

Radiante contempló el fulgurar de la playa
ante ellos como sueños hasta las piedras
se iban borrando en este valle de lágrimas

Todo Chile se iba borrando en ese valle de lágrimas hasta quedar apenas un jirón doloroso bañado por la costa verde empapado como si una maldición lo volara desprendiéndole el aura de los ojos

- I Todo Chile se iba blanqueando en sus pupilas
- II Por eso las lágrimas se le iban sumando hasta ser ellas el verdor imaginario de la patria
- III Por eso incluso los suspiros se hacían colores frente al verde borrado de Chile aurático
inexistente que la misma luz les iba tornasoleando en la mirada

Porque todas las lágrimas de Chile se iban sumando hasta tragarse los verdes valles que pintaron
dolidos inventándose una playa donde recogerse en júbilo los despojos

- IV Toda la patria fue entonces la resurrección pintándose en sus despojos
- V Por eso hasta los cerros saltaban de gozo con el clamor de la patria
- VI Por eso Chile entero reverdecía mientras le manaban mojándolo las lágrimas como manchas de pintura en todos estos aires expandiendo los valles que cubrían sus gemidos

En que la patria borrada fue renaciendo como una playa que les hacía luz de sus despojos y
donde resurrectas hasta las piedras de Chile se alzaron gritando de dicha delirantes maravilladas
mirando todo el universo saludar la revivida que les vestía de fiesta los ojos

FRANCISCO GANDOLFO

(de su libro *Plenitud del mito*,
El lagrimal trifurca, Rosario, 1982)

PLENITUD DEL MITO

I

Para la proyección final
faltaba concretar con los que vieron el rostro
dejando constancia del encuentro
orientando la búsqueda con referencias
a lo crítico del paso
y al impulso vivo del acercamiento
traído por la muerte
que originó desolación
y un sentimiento de ser abandonado
como delincuente cuya culpa gigante
le impone el castigo de su propia miseria
no mereciendo morir
ni ser guardado en la cárcel.

II

Ante la crisis optó por el alejamiento
sin aislarse sino aislado por aplicación
a su necesidad de relacionarse con personas
cuyo trato requería condensación y espera
mientras renegaba a la perfección
atento a los demás contactos
imposibilitado de contar su secreto
más bien ocultándolo con una hoja de parra
por ser inexplicable como el sexo
mientras tramaba de noche
con los representantes nocturnos
junto a su ventana
el cumplimiento de una nueva relación total.

III

Ni ella ni el amigo
ni los compañeros del tren
ni su madre ni sus hermanos
pudieron comprimir la dimensión de su vacío
vivido con dependencia y libertad
sirviendo intereses primarios
soportando el desabrimiento del sabor
insistiendo en el coloquio nocturno
junto a su ventana
con esos hombres y también mujeres
a través de cuyos mazos de naipes
se jugaba parte milenaria de la historia
experimentados en punto y banca
técnicos en el ajedrez de la meditación
empecinados luchadores
que produjeron ira de momento
admiración y respeto posterior.



IV

La noche decisiva
decidieron dejarlo solo
evitando interferir en el asunto
facilitando la experiencia
mientras él escribía sobre ellos
y la estrella que todas las noches lo miraba
a través de su ventana
dejó que terminase de escribir
para posarse en su pecho
confiando él su destino en ese astro
prendido a su corazón.

V

Así culminaba la ventura
que debía respaldar la actitud
de un futuro incierto marcado
por la obligación de transferir el caso
echando mano a imágenes y conceptos
ante la imposibilidad de presentar
testigos ni objetos
porque verdaderamente eso
era lo insuperable sin olvido
posible de ser vivido no atrapado
libre de darse sin condiciones exigiéndonos
gratuito no gratis ingrato de breve aquí
debiéndonos morir
muriéndonos por alcanzar ese punto
antecesor de la materia.

ODYSSEAS ELYTIS

(de su libro *Seis y un remordimientos para el cielo*, El Archibrazo Editor, con el auspicio de la Embajada de Grecia, Buenos Aires, 1982. Traducción de Nina Anghelidis, con la colaboración de Nicolás Cócáro)

EL IGNORANTE Y LA BELLA

A menudo, en el Sueño del Atardecer, frente a las montañas, su alma recibía un hálito de alivio, a pesar del día inclemente y el mañana ignoto.

Mas, cuando oscurecía del todo y se alzaba la mano del sacerdote por encima del pequeño jardín de los muertos, Ella

Solitaria, erguida, con los escasos moradores de la noche —el aroma del romero y el chisporroteo de las humeantes chimeneas— sobre los umbrales del mar velaba

¡Distintamente bella!

Palabras quizás del oleaje o apenas adivinadas en un rumor, y otras —estremecidas entre los cipreses— semejantes a las que pronuncian los muertos, giraban a su alrededor como extrañas constelaciones zodiacales iluminando su magnética cabeza. Y una

Transparencia increíble, en su recóndita profundidad, dejaba surgir el paisaje verdadero,

En las cercanías del río, donde los hombres de las tinieblas combatían con el Angel para revelar el nacimiento de la belleza

O eso que nosotros, de distinto modo, llamamos lágrima.

Y en tanto duraba su meditación, sentías que inundaba su rostro resplandeciente, colmados los ojos de amargura y con sus inmensos pómulos de antigua Cortesana Sagrada,

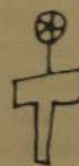
Tendidos sobre los lejanísimos signos del Can Mayor y de Virgo.

"A su lado —lejos de la pestilencia de las ciudades— soñé con un desierto, donde la lágrima no tuviera sentido, y donde, por única luz, nos iluminara sólo la hoguera que todos mis bienes devora.

"Juntos los dos, hombro con hombro, sopor-tando el peso del futuro, prestamos juramento, en la más absoluta quietud y bajo la alianza soberana de las estrellas,

"Como si no supiera, yo, el ignorante, que es justo allí, en la más absoluta quietud, donde se dejan oír los más siniestros ruidos.

"¡Y que, al volverse insostenible dentro del pecho del varón, la soledad se dispersó y sembró estrellas!"



LACONICO

La aflicción de la muerte me ha incendiado tanto, que mi resplandor retornó al sol.

El me envía ahora a la sintaxis perfecta de la piedra y del éter,

Entonces, el que yo buscaba, soy.

¡Oh, verano de lino, juicioso otoño,

Infimo invierno!

La vida paga el óbolo de la hoja de olivo

Y en la noche de los insensatos, con un pequeño grillo, confirma otra vez la legitimidad de lo Inesperado.

GEORGES BATAILLE: La Belleza

...Así, la oposición de la plétora del ser, desgarrándose y perdiéndose en la continuidad, y de la voluntad de durar del individuo aislado se reencuentra a través de los cambios. Si la posibilidad de transgresión llega a faltar, abre la de la profanación. La vía de la degradación, en la que el erotismo desaparece en un vertedero, es preferible a la neutralidad que tendría la actividad sexual conforme a la razón, sin desgarrar nada más. Si el interdicto cesa de entrar en juego, ya no creemos en el interdicto, la transgresión es imposible, pero un sentimiento de transgresión es mantenido, si es necesario, en la aberración. Ese sentimiento no se fundamenta en una realidad comprensible. Sin remontar al desgarramiento inevitable para el ser que la discontinuidad entrega a la muerte, ¿cómo comprenderíamos esa verdad? ¡Solo la violencia, una violencia insensata, que rompa los límites de un mundo reductible a la razón, nos abre a la continuidad!

Definimos de todas maneras esos límites; ponemos el interdicto, ponemos a Dios, incluso la degradación. Y siempre, una vez definidos, nos salimos de ellos. Dos cosas son inevitables: no podemos evitar morir, tampoco podemos evitar "salir de los límites". Morir y salir de los límites son, por otra parte, una misma cosa.

Pero, al salir de los límites, o al morir, nos esforzamos en escapar al pavor que causa la muerte, y que la visión de una continuidad más allá de esos límites puede ella misma causar.

A la ruptura de los límites, le concedemos, si resulta necesario, la forma de un objeto. Nos esforzamos en tomarla por un objeto. Por nosotros mismos, no vamos hasta el extremo más que forzados, en los estertores de la muerte. Y siempre buscamos engañarnos, nos esforzamos en acceder a la perspectiva de la continuidad, que supone el límite franqueado, sin salir de los límites de esta vida discontinua. Queremos acceder al *más allá* sin franquear el paso, manteniéndonos prudentemente *más acá*. No podemos concebir nada, imaginar nada, sino dentro de los límites de nuestra vida, más allá de los cuales nos parece que todo se borra. Más allá de la muerte, en efecto, comienza lo inconcebible, lo que no solemos tener el valor de afrontar. Ese inconcebible es, sin embargo, la expresión de nuestra impotencia: lo sabemos, la muerte no borra nada, deja la totalidad del ser intacta, pero no podemos concebir la continuidad del ser en su conjunto a partir de nuestra muerte, a partir de lo que muere en nosotros. De ese ser que muere en nosotros, no aceptamos los límites. Esos límites, a cualquier precio, queremos franquearlos, pero hubiésemos al mismo tiempo querido excederlos y mantenerlos.

En el momento de dar el paso, el deseo nos arroja fuera de nosotros, ya no podemos más, el movimiento que nos lleva exigiría que nos rompiésemos. Pero el objeto del deseo, que se excede ante nosotros, vuelve a atarnos a la vida que excede el deseo. ¡Qué bueno es permanecer en el deseo de exceder, sin ir hasta el extremo, sin dar el paso! ¡Qué bueno es permanecer ante el objeto de ese deseo, mantenernos en vida en el deseo, en lugar de morir al ir hasta el extremo, cediendo al exceso de violencia del deseo! Sabemos que la posesión de ese objeto que nos quema es imposible. Una de dos, o el deseo nos consumirá, o su objeto cesará de quemarnos. No lo poseemos más que con una condición, que poco a poco el deseo que nos anima se apacigua. Pero, antes la muerte del deseo que nuestra propia muerte! Nos satisfacemos con una ilusión. La posesión de su objeto nos dará sin morir el sentimiento de llegar hasta el extremo de nuestro deseo. No sólo renunciamos a morir: anexionamos el objeto al deseo, que era en realidad el de morir, lo anexionamos a nuestra vida duradera. Enriquecemos nuestra vida en lugar de perderla.

En la posesión se acentúa el aspecto objetivo de lo que nos había conducido a salir de nuestros límites. El objeto que la prostitución designa para el deseo (la prostitución no es en sí más que el hecho de ofrecer al deseo), pero que nos oculta en la degradación (si la baja prostitución hace de él una basura), se propone a la posesión como un hermoso objeto. La belleza es su sentido. Constituye su valor. En efecto, la belleza es, en el objeto, lo que lo designa para el deseo. En particular, si el deseo, en el objeto, apunta menos hacia la respuesta inmediata (la posibilidad de exceder nuestros límites) que hacia la lenta y tranquila posesión.

ROBERTO LABANDEIRA

(de su libro inédito *Perverso oficio*)

PARA SABER QUIEN SALTO desde sí hacia el que soy
hube de hurgar debajo de las paredes, descifrar
cimientos propicios al delirio. Era la infancia.

El hombre bosteza y enciende un cigarro.
Algo se desprende del enorme bloque incandescente
y mancha el papel en el que dibujo mi sombra.
„la casa del fuego no es más que una casa“, escribo.
El indiferente bosteza y se marcha. (¿O se marchó?)

Niños amordazados en torno al ausente. Era la vida.

La loca sustrajo gatos del sueño, gatos como muertes,
como trenes danzantes.

Dios cambia de nombre y de rostro. No te fies de la noche
ni de las promesas de los muertos.

¿Fue conmigo con quien premedité mi suicidio?

HEMOS URDIDO rigurosamente cada estremecimiento, concertado
cada uno de los pliegues de este alarido en el límite del sueño.
Hemos hecho de la cautela, un foso vislumbrado a través de blasfemias
en el que persistimos como sacerdotes de la ironía, aferrados
a una inapelable narcosis.

Así, hemos convocado a las ciegas especies de la oscuridad para que,
amparadas por este perezoso encadenamiento de temblores, acudan
imbuidas de atroces visiones, a enmarcar el deterioro que oficiamos.
Fue preciso. Apagar la muerte, sofocarla dentro de una campana
de recelos como quien, en macabra obsesión, pretende saquear el sol.
Ahora, ¿quiénes ejercen el doble tráfico de imágenes? ¿quiénes son
los anunciados por estos cuerpos vanamente íntegros?

FERNANDO GARCIA

HOWARD PHILLIPS LOVECRAFT

*Temía la otra sombra, la amorosa,
Las comunes venturas de la gente;
No lo cegó el metal resplandeciente
Ni el mármol sepulcral, sino la rosa.*

Jorge Luis Borges

Te entregaste a tu oculto destino
de forjador de innómines horrores
plenos todos de armonía dunsaniana.
De la tierra de Poe, que era tuya,
buscaste las tabernas escondidas
en las calles de los puertos fundadores
donde aún vive el alma de Inglaterra,

lejos de tu patria corrompida.
Mensajero de Nyarlathotep,
hacedor de oscuros universos,
tu sombra aún habita este mundo
huyendo de vulgares alegrías.
Quisiera encontrarte una noche
en la maldecida tierra de Mnar
durante tu enésima ronda nocturna
y sentir tu mirada extraviada
para arrodillarme en tu presencia
como ante un amor inconfesado.

EL COFRE DE SANDALO 2: Miguel Angel Gómez

SENTIDO DEL ALMA

Prefiero lo que brilla como último instante:
la sangre que me quema,
las estrellas que sumen su raíz en la tierra,
el viejo mar que muge y no obstante es espuma.

Y el amor que haga siempre imposible al olvido;
y la revolución que a los hombres devuelva sus
potencias divinas,
que impulse a amar la vida, hermosamente justa
por sus llamas rebeldes;
y que, los sueños tengan cumplimiento en el
mundo.

Prefiero los arroyos que desbordan el pecho,
los vientos de la pampa,
el agua melancólica de implacables orillas,
la eterna poesía que repara en la vida sin engaño
posible.

Prefiero que el azar mi repentino corazón conozca,
las canciones que fulgen hundidas en el alma,
el tronco de los árboles a cuya sombra amamos
cerca del atardecer
y nada que no sea la pasión infinita.

ESCUCHA, QUE ES LA NIEBLA

Escucha, escucha ahora que es la niebla;
su ademán invencible, su desdén por las cosas.
Escucha como rompe el corazón caído,
llegando en telarañas a los ojos.

Como árbol enterrado al pie de grandes ríos
deja rostros, otoños,
corolas donde duerme una lanza inmortal
y nos desgasta ahora
el modo de mirar,
la voz contemplativa,
la débil ilusión de seguir alentando encima de
la muerte.

Escucha en sus espumas de color venenoso
sonidos de marismas repentinas
Alguien desaparece
—quizás tú, quizás yo podamos serlo
descarnado de pronto por crueles minerales

Escucha sus aullidos entre la blanda niebla

Sufre. Somos nosotros

¿Oyes tu corazón que la jauría acosa?

Nosotros vamos solos, prontos a exterminar
nos, envueltos por la niebla;
mas detrás de grisáceos follajes mortecinos,
a través de su piel secular,
en las agrias vertientes que por ella circulan,
recobramos un perfil indolente,
signo de un leve paso por la tierra,
señal de persistentes nostalgias vagabundas.

AIRE PENSATIVO

Cuando estoy melancólico, sé volver a los mares
donde caen ciertos dioses hartos de combatir
los hombres
que, bellamente ciegos,
siguen desembocando en la tristeza.

Veo rodar los brazos de las venas
— ¡oh angustioso color desesperado! —
para acabar de pronto con el pecho y el rayo
en infinitas olas.

Como la pampa estoy sobre la tierra,
y lentamente sueño
que halcones o relámpagos
vuelan a ver de noche los muertos que me
quieren.

Odiosas nubes pasan.
Largos vientos morados, llenos de guerra
entran por la poesía
y las calles comunican su clavel sollozante.

Así también recuerdo,
aquel país en cuyas catedrales ya la luz perece
y el tiempo no es más que el pequeño ataúd
de un príncipe sanguinario.

Me arden las palmas como si un río de vidrio
fuera comiéndome la carne.
Y sé que ésto es inútil — y estoy solo — y ha de
sobrevivirme,
pueda ser que mañana.

(del libro *Tierra melancólica*,
Ediciones Canto, Buenos Aires, 1943)

OTROS LIBROS RECIBIDOS

SIGNOS Y SEÑALES, de Gladys N. Casco Bouchet (Fundación Arg. Poesía, 1982) - POEMAS DE AMOR Y SILENCIO, de Adolfo Marino Ponti (Herca, Santiago del Estero, 1982) - LOS ANGULOS SANOS (El Muelle y la Queja, 1982) - PULARES, de Francisco Luis Lanusse (El Ojo de Agua, Salta, 1980) - BOLEROS, de Vicente Muleiro (El ladrillo, 1982) - PRESENCIAS, de Irene Marks (Kargieman, 1982) - PAISAJE DE BARRIO, de Adrián Rimondino (Oliverio, 1982) - LOS DIAS HABITADOS, de César Cantoni (Acta Literaria, La Plata, 1982) - LOS ESPACIOS DEL DOLOR, de Jorge Miguel Lech (Botella al Mar, 1981) - RONDA, de Nilda Leguizamón (La Lámpara Errante, 1982) - AÑOS DE GOMA, de Javier Cofreces (De la Claraboya, 1982) - EL ORO DE LA REPUBLICA, de Jonio González (De la Claraboya, 1982) - HISTORIA SIN MONUMENTOS, de Martha Berlín (De la Flor, 1982) - POEMAS, de Antonio Ramos Rosa (El Búho Encantado, 1982) - POEMAS INEDITOS, de Rubén Sevlever (El Búho Encantado, 1982) - DIARIO VENECIANO, de Osvaldo Ballina (Ramos Americana, La Plata, 1981) - POR LOS SENDEROS DEL AMOR, de Gabriel Morales (Emancipación, 1979) - CRONICA DEL PEREGRINO, de Alberto Auné (Calidón, 1981) - POEMAS, de Silvia Alvarez (1982) - DE MI PIEL PARA ADENTRO y PERMANENCIA DEL ANGEL, de Leonildo Praglia (Buenos Aires, 1982 y 1979) - POESIA UNIDA, de Néstor Alberto Sofía (1975) - CUANDO LLEGUE UN TIEMPO CALMO, de Renza Marchet (Nuevas Voces, San Fernando, 1979) - EL LIBRO MAGICO DE EMANUEL, de Lina Macho Vidal (Botella al Mar, 1982) - SIN SEÑALES DE ALARMA, de Angélica Beatriz Lacunza (Botella al Mar, 1982) - ARTICULACIONES MERIDIONALES, de Jorge Reboredo (1982) - TERRITORIO DE ESPEJOS, de Edgardo Gugliermetti (1982) - LOS AMIGOS INCREIBLES, Gregorio Santos Hernando (Angel, 1972) - TRANSITO, de Claudio Fagnani (Adoquín, 1982) - LA NOCHE EN LLAMAS, de Esteban Moore (Sátura, 1982) - DEL AMOR COTIDIANO y POEMAS DEL AMOR SIN VUELTO, de Victoria Pignattari de Freire (Botella al Mar, 1982) - ESCRITO EN EL FERVOR, de Evelyne Furstenberg (Sitio del Silencio, 1982) - ALAS Y RAICES, de Delia Goldadler (Botella al Mar, 1982) - ISLA CERCADA y MAS-CARAS, de Emilio Sosa López (Losada, 1969 y 1972) - CANCIONES PARA EL NIÑO QUE NO EXISTE, de Edith Pont de Bordelois (Botella al Mar, 1982) - MANUAL DE DESCRIPCIONES, de Juan Rey (Precursora, 1982) - EL JARDIN DE LAS DELICIAS, de Carlos J. Moneta (Botella al Mar, 1982) - AIRE LIBRE, Antología de Leopoldo Argañarás, Rosa Tenenbaum, Jorge Sichero, Lila Duffau de Rabaudi, Esther Caputo y Fernando Sánchez Zinny (Febr, 1982) - MEMORIAS DE LA NOCHE, de Horacio Laitano (Botella al Mar, 1982) - CILANCO, de María Cecilia Font (R. Alonso, 1981) - LIBEREN A LA LIBELULA y VIERNES DE ACRILICO, de Anahí Lazzaroni (Ushuaia, 1980 y 1977) - LA VIDA SECRETA DE LOS ESCARABAJOS DE LA PLAYA, de Miguel Gaya (De la Claraboya, 1982) - TIERRA COMPARTIDA, de Alfredo Tapia Gómez (Encuentro, 1982; con ilustraciones de Mabel Matto) -



DEL EXTERIOR: SHAHNOZ, de Carlos de la Cruz (Maracaibo, Venezuela, 1982) - LOS ESCRIBANOS DE LOEN, de Nicomedes Suárez Araúz (Editorial Lascaux, Colección Altamira, Conway, U.S.A.) - PASAJERO DE LA AUSENCIA y OBSESION DE AÑO NUEVO, de Ramón Díaz Eterovic (Ediciones La Gota Pura, Santiago de Chile, 1982) - VIOLENCIA DEL SOL, de Enrique Sánchez Hernani (Ruray Ediciones, Lima, Perú, 1980) - ARTE DE MORIR (Ruray, Lima, Perú, 1981) - DESDE MELIBEA, de Edgar O'Hara (Ruray, Lima, Perú, 1980) - TUMOR CANCEROSO, de Fernando García (Barcelona, 1982) - AROMAS, de Víctor Corcoba Herrero (Cla Ediciones, Bilbao, España, 1981) - BANDERA DE SEÑALES, de Francisco José Vacas (Ediciones Mairena, Río Piedras, Puerto Rico, 1981) - CAMINANTE ADJUNTO, de Ricardo Cobián (San Juan de Puerto Rico, 1981) - MONTE DE VENUS, de Manuel Silva Acevedo (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1981) - HOMBRES DE PASO, de Isaac Goldemberg (Ediciones del Norte/Point of Contact, U.S.A., 1981; edición bilingüe) - UN PAGANISMO NUEVO, de Luis Antonio de Villena (Olifante Ediciones de Poesía, Zaragoza, España, 1981) - RONCANDO AL SOL COMO UNA FOCA EN LAS GALAPAGOS, de J. G. Cobo Borda (Ediciones Gaceta Colcultura, Bogotá, Colombia, 1982) - PARABOLA, de Marcelo Brodsky (La Lira Argentina, Barcelona, España, 1982) -

REVISTAS RECIBIDAS

TALITA 2 (CC 297; 1900-La Plata) — PUNTO DE VISTA 15 (CC 39, Suc. 49 (B); Buenos Aires) — PIE DE PAGINA 1 (Av. Belgrano 2358, 2do. 'G'; 1069-Bs. As.) — SIGNO ASCENDENTE 2/3 (CC 220, Suc. 25; Bs. As.) — RURAY 2 y 3 (S/D; Lima, Perú) — Boletín CECI/MIA (Alsi-na 3229; 1207-Bs. As.) — ALTERNATIVA Cultura 3 (Boedo 236, 1ro. '5'; 1832-Lomas de Zamora) — TIEMPO Y LUGAR 2 y 3 (Maipú 746, 7mo., 1er. Cuerpo; Bs. As.) — NUDOS 11 (CC 3424; 1000-Bs. As.) — AUQUIN 7 (CC 124, El Bolsón; Río Negro) — HISPANIC JOURNAL (Exchange: Indiana University of Pennsylvania; 465 Sutton Hall; Indiana, PA 15705; USA) — MANXA 19 (General Rey 10, Bloque IV, 1ro. 'D'; Ciudad Real, España) — ZONA FRANCA 28 y 29 (Apartado 76978, El Marqués, Caracas, Venezuela) — KOSMOS 14 (De las Artes 1125; 1424-Bs. As.) — SER 22 (Jordana 50; Concepción del Uruguay, Entre Ríos) — COURRIER du Centre International d'Etudes Poétiques (Bibliothèque Royale, Boulevard de l'Empereur 4, 1000-Bruxelles, Bélgica) — QUIJOTE 4 (Elcano 3234; 1426-Bs. As.) — RAYOS DEL SUR 15 (CC 25; 1834-Temperley) — Todos Juntos 5 (Haití 2260; 1640-Martínez) — Zum Zum 29/30 y 31 (CC 27; 1728-San Antonio de Padua) — HUAICO 15 (Sanabria 3166, Dto. 4; 1417-Bs. As.) — MAIRENA 8 y 9 (Himalaya 257, Urb. Monterrey, Río Piedras, Puerto Rico 00926) — LIENZO 2 (Oficina de Asuntos Culturales de la Universidad de Lima, Perú) — MEMORIA Y BALANCE 3 y 4 (CC 202, Suc. 12 (B); 1412-Bs. As.) — PLURAL (Reforma 12-505, Centro, Deleg. Cuauhtémoc, 06030, México 1, D.F.) — LA PLUMA (Carmen 9; Madrid 13, España) — PLIEGO DE MURMURIOS (Portugal 81, Sabadel, Barcelona, España) — Resumen Literario EL PUENTE (San Cosme y San Damián 20. 4to.; Madrid 12, España) — El Eco de Canarias (Apt. 640, Las Palmas de Gran Canaria, Islas Canarias, España) — ALSUR 6 (CC 17; 1826-Remedios de Escalada) — NUESTRA ALTERNATIVA 3 (Teodoro García 2250, 4to. 'A'; 1425-Bs. As.) — ACUARELA 4 (9 de Julio 3117; 2000-Rosario, Santa Fe) — NUEVAS LETRAS 8 (Aráoz 1185, P.B. 'C', 1414-Bs. As.) — ENCUENTRO 22 (CC 42; 1712-Castelar, Bs. As.) — LA GOTTA PURA 3, 4 y 5 (Cassilla 95, Correo 14, La Cisterna, Santiago de Chile) — XUL 4 (CC 179, Suc. 53, Bs. As.) — LA DANZA DEL RATON (Pje. Renacimiento 2791, P.B. 'A' — ACENTO 3 (Cerrito 1154, 6 p.; 1010-C.F.) —

Adieu, moze Lou, Adieu

Gu-

NUESTRO RECONOCIMIENTO PARA Alejandro Elissagaray, Emilse Pradolongo, Roberto Villacé, Carlos Barbarito, Juan Luis Salvi, Jorge Reboledo, Federico Gari Canteros (Montevideo), Víctor Hernando, Eugenio Previgliano, Ricardo Guiamet, Martín Prieto, Oscar Taborda, Claudio Encina, Miguel Angel Vitagliano, Daniel Russo, Laura Gigli Rousseaux, Sergio Bizzio, Patricia F. de Cabrera, Cristian Aliaga, Kuraiem, Norma Riggiorozzi, Boris Hiche (Sgo. Chile), Damián 'Oasis', Daniel Ramos (Artesur), Edgardo Gugliermetti, Ana Emilia Lahitte, Liliana S. Doyle, Eva Puente, Horacio Preler, Orlando El Niño (Paternal), Ana Becciú, Jorge Córdoba, Roberto Aguirre Molina, Mario Arteaga, Daniel Rafalovich, Adolfo Lejtman, Patricia Coto, Eduardo Rousseaux, Benjamín Rap, Carlos Di Paolo, Felipe Demauro, Federico Quintana, Juan Esteva (Barcelona), Carlos Vitale, Teresa Mamiaro, Alicia Zoppi de Herrera (Santa Cruz), Susana Pereira, Juana Ciesler, Carlos 'Chino' Vallina, Luis Mazzarella, María Chemes, Pablo Alabarces, Walter Merlo, Pablo Coll, Gustavo 'Príncipe' Bonamino, Marcelo González, Susana Szwarc, Daniel Mourelle, Horacio Detomaso, Remedios La Madrid ("doncella del Norte"), Ana Iram, Bubi Kofman, Marita Minellono, Justa Ordoñez, Los Gnomos, Graciela Racedo, Nora Viater, Benjamín Alonso, Javier Cofreces, Cristina García, Jonio González, Liliana Ponce, Daniel Freidemberg, Mirtha Defilpo, Paul "Isla" Stringa, Miguel Gaya, Irene Gruss, Reynaldo Jiménez, Violeta Lubarsky, Alberto Muñoz, Diana Bellessi, los organizadores de la 1ra. Feria de la Poesía Argentina, y Ana Inés Infantino, José Cuervo y Lautaro Azcuy.

Un reconocimiento especial para Horacio García y Norberto Pérez, a través de cuya Distribuidora Catálogos, *Ediciones Ultimo Reino*, a partir de este número, llega a todo el país, y a Elisabeth Montale, que colaboró en la traducción de Laure.

"...las palabras están en todas partes, en mí, fuera de mí, vaya pues, hace un rato yo no tenía espesor, las oigo, no hace falta oírlas, ni hace falta una cabeza, imposible detenerlas, soy de palabras, estoy hecho de palabras, de las palabras de los demás, cuáles otros, el lugar también, el aire también, las paredes, el suelo, el techo, palabras, todo el universo está aquí, conmigo, soy el aire, las paredes, el tapiado, todo cede, se abre, deriva, refluye, copos, soy todos estos copos, cruzándose, uniéndose, separándose, adonde quiera que yo vaya me vuelvo a encontrar, me abandono, voy hacia mí, vengo de mí, sólo una parcela de mí, recogida, perdida, fallidas palabras, soy todas estas palabras, todos estos extranjeros, este polvo de verbo, sin fondo donde posarse, sin cielo donde disiparse, encontrándose para decir, huyéndose para decir, que los soy todos, los que se unen, los que se separan, los que se ignoran, y nada más, sí, algo muy distinto, que soy algo muy distinto, una cosa muda, en un lugar duro, vacío, cerrado, seco, neto, negro, en donde no se mueve nada, no habla nada, y que escucho, y que oigo, y que busco, como una fiera nacida en jaula de fieras nacidas en jaula de fieras nacidas en jaulas de fieras nacidas en jaula..."

Samuel Beckett